

Helga Patzsch: Berlín (Alemania). Verano 1975

Acaso ya por aquel entonces hubiere yo sabido de la existencia de las parientas rusas de mi paisano alcalaíno Fernando Macarro. En otros lugares quedan recogidas las secuencias literarias de mis, hasta ahora, cuatro viajes a la Unión Soviética, a partir de 1976. Pero aun así creo que todo ello es lo de menos. Lo de más es estar convencido de que a ciertas disposiciones de espíritu les hace falta poca, escasísima provocación para encontrarse engolfadas en los mares altos de la aventura, rotas las amarras de la rutina conformista y de la pereza del alma.

Probablemente tuvo que ser de ese modo; tuve que aducir, como principio, mi pretensión vaga de... encaminarme hacia Moscú cuando guarecido, encofrado en el habitáculo de mi Mercedes 200-D, me puse en camino desde mi casa de Alcalá de Henares, ya no sé si con el alba, un día de verano de 1975. Permítaseme referirme a ciertos detalles de nuestra historia social de aquella época. Antes de nada, recordar que el gran autócrata y anterior Jefe de Estado español todavía contaba con vida. Pero para sorpresa y beneplácito de algunos de nosotros, supongo que intelectuales curiosos y aperturizados, la política exterior que a la sazón dirigía el ministro don Gregorio López Bravo, había conseguido acuerdos bastante razonables, en lo que a eliminación de trabas burocráticas se refiere, con algún que otro país de detrás del Telón de Acero, por ejemplo y por todos, con la así llamada Alemania Democrática o DDR, y con Checoslovaquia. Se trataba de una de las típicas cuestiones, entre otras muchas, cuya comprensión, pasados algunos años, los suficientes, me sería a mí asequible para generar la adecuada dosis de perspectiva... Y según entiendo ahora, todo aquel amago de aperturismo y comunicación, todo aquel comienzo de compadreo entre los componentes de la OTAN y sus amigos, de un lado, y los del Pacto de Varsovia, o sea, los del bloque filo-soviético, de otro, tenía que ver con la también así llamada Öst-Politik de Willy Brandt, por aquel tiempo creo que Canciller de la República Federal de Alemania; o si no, Alcalde de

Berlín. Eran cotas ulteriores, si bien moderadamente restringidas, las que se iban ganando en lo que a la libre circulación por Europa se refiere. El caso con la URSS seguía siendo más coriáceo e impenetrable. Conservo un llamativo mapa de 60 x 50 centímetros, en papel cuché, “Scheme of Automobile Tours” con fecha de impresión 1976, que en todo caso me atrevería a asegurar que recogí de la Embajada soviética en Madrid varios años más tarde, casi con toda probabilidad después de mis tres primeros viajes de 1976-1977-1978, y también después de descartar por completo el interés y la conveniencia de llegar a Moscú en coche. Porque en el fondo, todas estas ofertas de poner a Moscú al alcance teórico del automovilista europeo occidental, no eran sino una manera –un poco refinada, eso sí– de marear la perdiz. El mapa en cuestión señalizaba la red de rutas conducentes fundamentalmente a Moscú y alrededores; a toda la parte este de la República de Ucrania, digamos entre Kharkov y Donetsk; y a una buena sección de la República de Rusia propiamente dicha, en su parte sud-oeste: desde Rostov, en la orilla más oriental del Mar de Azov, hasta la República Caucásica de Georgia. Todos estos nombres, aun reducidos al mínimo de los elencos posibles, así, en su simple enunciación pudieran parecer imponentes, correspondientes a vastas extensiones de territorio soviético. Una inspección simple sobre el mapa demuestra más bien lo contrario. Se trata de rutas contiguas, prácticamente “pegadas” a toda la línea fronteriza de la URSS con los países europeos del bloque del Este; con el Mar Negro; y con Turquía. Dejo a propósito aparte la transitada frontera desde Finlandia, por Tarfyanovka y Brusnichnoe, y a través de Viborg, hasta Leningrado, y Moscú, porque dicha comunicación ha venido gozando, desde prácticamente siempre, de un trato preferencial, normalizado. En las dos ocasiones en que, años más tarde, visitaría Leningrado, eran literalmente hablando, docenas de coches con la matrícula de Suomi los que podían verse estacionados en, o discurriendo por, las plazas y calles de la ciudad del Hermitage. La leyenda de la afición de los finlandeses por el vodka, de una parte, y el cada vez más creciente volumen en la utilización de los servicios de construcción de casas y

de hoteles, a cargo de ingenieros y arquitectos finlandeses, por parte de los soviéticos, de otra, justificaban convenientemente el tráfico turístico de dicha frontera. El resto de las vías de acceso a rutas motorizadas, o bien tenía lugar entre Turquía y Armenia (por su capital, Erevan); o bien desde el Mar Negro, prácticamente un lago soviético en toda su sección norte-oriental; o bien, como señalé, desde los Estados de la órbita soviética, de detrás del Telón de Acero: desde Rumania, hacia Kishinev (Moldavia) y hacia Chernovtsy; desde Hungría hacia Chop; desde Checoslovaquia, hacia Uzhgorod; desde Polonia, hacia Lvov y hacia Brest... Brest pertenece a Bielorrusia; y las otras cuatro localidades, inmediata y anteriormente citadas, a Ucrania.

Pero, como digo, esto sobre el papel. Para empezar, en la época de la URSS al viajero normal y corriente no se le evidenciaba distinción ninguna en virtud de la posible singularidad de una u otra República. La URSS en su momento, como Yugoslavia, en el suyo, ofrecía a los ojos del extranjero turista un bloque compactado en una sola y única identificación. Esto, por un lado. Por otro, el turista occidental, digamos, alguien como yo, se encontraba de entrada con el formidable obstáculo de tales primeras instancias, el muro de los países satélites, fueren cuales fueren, antes de poder hallarse en alguno de esos puntos fronterizos con la URSS.

Aquí y después de tan inevitable explicación puedo decir que regreso a mi punto de partida; a mi meterme en mi coche y... tirar hacia el Este, hasta donde pudiese yo, o me dejaran llegar. Aquí también, a efectos de hacer siquiera un poco inteligible el ambiente geopolítico de 1975, es donde se acomoda el esfuerzo diplomático de nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores, plasmado en los acuerdos sobre supresión de algunas trabas fiscalizadoras e intervencionistas con algunos países, sobre todo respecto a la circulación de viajeros. No tuve que profundizar mucho en mis averiguaciones para dar por sentado que el turismo en coche *dentro* ya de la Unión Soviética estaba sujeto a todo tipo de vigilancia y control, como no podía ser de

otra manera; algo así como tener informadas a las “autoridades competentes” de... ¡¡todo!!: de dónde y cuándo piensa uno pararse; de dónde y cuándo piensa comer; de si piensa dormir solo o acompañado... y de si su mente alberga algún pensamiento o maquinación lesivos a los principios del materialismo histórico. Bueno, pido disculpas al lector por esta expansión lúdica y maximalista, con la cual, sin embargo, de forma plástica he sustituido trasladar a mi crónica la farragosa y cargante especificación de condiciones reglamentadas que la Intourist hace públicas a los virtuales automovilistas en el ya citado “Scheme of Automobile Tours”. Sin dejar de reconocer que tales medidas constituían un tímido inicio de aperturismo, no otra cosa podía razonablemente esperarse del totalitarismo bolchevique.

Tal era el diseño de posibilidades *reales* que se ofrecía al viajero normal, por libre, occidental, como yo por ejemplo, en 1975. Si, como alguien sugiere [aunque yo no lo recuerdo] se me oyera decir, “Voy a ver si llego a Moscú”..., comprenda el lector la total laxitud no vinculante de tal pronunciamiento. No quiero parecerme a los malos historiadores que siempre con la pretensión de justificar lo enteco de sus facultades y lo canijo de su imaginación están achacando lo insulso de sus escritos, lo inoperante de sus resultados investigadores, a la ausencia de datos. Bueno, pues para lo que a mí ahora me concierne, puedo asegurar y aseguro que para una buena parte de mi recorrido campea una total inexistencia de detalles, aunque contrariamente a la conducta de los delatados malos historiadores, supongo que tuve buena razón para no enredarme con fruslerías, y salvaguardar los momentos de primacía que hicieron de aquel viaje una experiencia notable...

Sé que de una tirada solía conducir grandes trayectos, teniendo buen cuidado de no comer. El litro de leche que acostumbraba a tomar por las noches, y el descanso y la higiene del alojamiento me hacían recuperar fuerzas. Una vez, deshidratado como iba, recuerdo que en una de las Rest Areas o Áreas de Servicio de algún punto de las rutas

francesas, me quedé en bañador, llené de agua la regadera que llevaba en el coche, la colgué de una astilla de rama que sobresalía en un arbolito y haciéndola bascular logré una estupenda y bienhechora ducha. No puedo olvidar, eso sí que no puedo olvidarlo, que una vieja con pinta de norteamericana, que se dirigía hacia el edificio central de la cafetería y restaurante, al verme se detuvo, y con un movimiento de cabeza, de arriba hacia abajo y vuelta otra vez, de pura aquiescencia, me espetó: “¡How ingenious!”. No podría imaginarse, acaso, la buena señora lo mucho que celebró mi alma semejante piropo. El caso es que en un par de jornadas o tres me planté en Eisenach, patria, por cierto, de Bach, ya dentro de la DDR o así llamada República Democrática Alemana, que parece que cuanto más alejados están los nombres de ciertas realidades [lo de llamar *democráticos* a los regímenes comunistoides bajo la batuta de Moscú guardaba mucha menos sensatez que la de, por ejemplo y sólo como ejemplo, identificar mis partes *pudendas* con una mata de geranios] ... más hincapié se hace en ellos.

Pasar de la Alemania Federal u occidental a la Democrática u oriental era como pasar del traje de “smoking” al mono y la alpargata; del cuero y chapa de primera calidad de los coches [cualquiera de las marcas, para no desdeñar a ninguna] a la ridiculez del plástico y la hojalata del modelito oriental Trabant que más bien parecía un Biscúter moderno que otra cosa; de las autopistas cuidadas, a los cientos de kilómetros inutilizados, cerrados y abandonados a los hierbajos y matojos creciendo libremente por doquier; de las Áreas de Servicio a todo tren imaginable, a unos garitos depauperados, ruinosos, sucios, con unos pocos productos básicos (leche en polvo, sopa, etc.) de donde elegir a efectos de hacer una comida; de los uniformes de los *maitres*, como uno se puede imaginar, a unas vestimentas raídas, mugrientas, pringosas. Viajar por la Alemania del Este era como la experimentación sobre un fondo o substrato opulento (lo alemán, por antonomasia), con arreglo a fórmulas postizas (el socialismo marxistoide y empobrecedor)...

Claro que a mí todo aquello me daba prácticamente igual. Así añadía yo mordiente a mi experiencia; así agudizaba mi capacidad de distinguir entre las cosas. Técnicamente era cierto que me daba, bueno, que me importaba muy poco. Mi coche era uno de los pocos que circulaba por las autopistas de la DDR [me adelanto a informar que me dirigía a Dresden, y desde allí a la frontera con Polonia, en Görlitz] así que, aun con la mitad de su superficie para mi uso y aprovechamiento, me sobraba; en cuanto a la comida, mi sobriedad es proverbial y manifiesta. Pero había detalles plásticos que por nada del mundo, quiero decir, por ningún accidente pueden desvirtuarse..., como el de que en una de las Áreas de Servicio en ruta [quiero recordar que entre Eisenach y Görlitz únicamente me percaté de dos de los tales establecimientos] donde, es justo reconocerlo, me sirvieron un plato de sopa exquisita, muy parecida al ‘borsch’ ruso, el camarero con una servilleta llena de lámparas y deshinchada “limpió” la mesa, restregó el plato y sacudió las migas de la silla: ¡Todo en una!

Bien, volviendo un poquito hacia atrás, en Eisenach me miraron con extrañeza los encargados del puesto de policía y Aduana, como si no tuvieran aprendidas las innovaciones del reglamento en lo que respecta a que un español pudiera circular sin más trámites. Sin embargo, me preguntaron que a... a dónde iba, y que... qué pensaba hacer, etc. A pitón pasado, pasma la ingenuidad que presidía mi estado de ánimo de entonces. Recuerdo vagamente, pero lo recuerdo, que les dije que mi plan era llegar a Dresden, desde allí seguir a Görlitz, atravesar la frontera y continuar por Polonia, hasta donde me dejaran. Muy típico de estos regímenes que implican un funcionariado de esbirros con el cerebro docilizado, lavado y fregado con un cepillo de raíces..., muy típico de estas pobres gentes, digo, es lo de no dar explicaciones, mantenerse en un hierático y hermético mutismo y cumplir con el cometido que las altas instancias les tienen asignado. Así conmigo y con la funcionaria que me atendió –una alemana morena y joven, bastante atractiva, aunque con un dejo de mecanicidad fatalista en sus expresiones. Me miró, debió de pensar que yo estaba fuera de mis cabales, me devolvió mi pasaporte, hizo

unas anotaciones [luego supondría yo con todo sentido que se trataba de mi intención de pernoctar en Dresden] y nos despedimos.

Lo que anticipadamente he relatado de las autopistas y de los servicios en ruta es lo que tuve amplia oportunidad de constatar en mi trayecto hacia Dresden; como tampoco fui ajeno a las resonancias históricas y universales que despertaban en mi conciencia algunas de las ciudades por donde atravesaba la autopista: Erfurt y Jena, como lugares que tuvieron que ver con acontecimientos políticos y/o batallas en tiempos de Napoleón; Weimar, y la República de 1919; Karl-Marx-Stadt (moderna Chemnitz)... Lo de menos es que yo probablemente confundiera la asignación de las realidades histórico-políticas que fueren a los dichos lugares; sí, eso era lo de menos, sobre todo en la tesitura de ir rodando en coche hacia unos destinos absolutamente futuribles, y con la incumbencia inmediata de mi propia orientación y salvaguarda del... minuto a minuto. Lo que más me importaba era una como desdibujada percepción, aunque envolvente y real, de que en la misma proporción en que la DDR era una parte relativamente desconocida de Alemania para la mayoría de los turistas (yo por ejemplo), en esa misma proporción se encontraban en ella ciudades, sitios, motivos histórico-culturales cuya realidad despertaba un interés fuera de lo común, fuera de lo trillado. Y bien me repetía yo que en el fondo de todo aquel sistema de concienciaciones singulares primaba la disparatada realidad de tener que considerar a una parte de Alemania como afectada a una modalidad de convivencia que “no pegaba ni con cola”; que no encajaba, al menos, en mis esquemas cosmovisivos.

En Dresden hice noche en un hotel algo sórdido. Para qué insistir: Se trataba de otra concepción, de otro estilo, de otra forma. Lo hemos repetido hasta el aburrimiento: Los regímenes socialistas marxistoides [póngase el nombre que se quiera: es tan sólo para entendernos y poder continuar] consisten en la más portentosa máquina, disparatadamente burocratizada, para intentar repartir con cierta equidad, eso sí, la pobreza, la cutrería y la miseria que

previamente se han desvelado en generar, aunque para ello se hayan tenido que enredar en cataclismos y holocaustos. Porque –deben de pensar, supongo– tales y tan tremendos medios no pueden merecer fines de menor entidad.

A la mañana siguiente pongo rumbo a Görlitz y al cabo de una hora aproximada de conducción llego allí así por las buenas, por libre, a pelo. Me encamino al área fronteriza y ya me encuentro con el primer mazazo de frustración: Unas colas arracimadas de vehículos llenando todos los espacios posibles. Estaciono como y donde puedo..., y me dirijo a las barracas que sirven de dependencias de policía y aduana. Allí me dicen que sin visado es totalmente imposible pasar a Polonia. La política de nuestro ministro Sr. López Bravo no ha podido taladrar la parte de telón que corresponde a estos mierderos, mea-pilas, come-hostias de polacos. Nada: Que sin visado no hay nada que hacer. Nada de hacerlo allí mismo, tipo, por ejemplo, Hungría donde mediante una tasa y la entrega de dos fotillos de esas de circunstancias se gestionaba “in situ”, sobre la marcha, el visado. Estos polacos, más papistas que el Papa, son la mar de restrictivos en lo que se refiere a permitir que entren turistas en coche a su país. Recuerdo que encontré a un italiano que pretendía lo mismo que yo: Entrar con su coche en Polonia; y no llevaba visado ni pollas en vinagre que lo fundara, y..., lo que son las cosas, no hay situación por deplorable y deshumanizada que sea, que no contenga un germen, una larvita de ilustración: Aquel italiano, con cara seria, aunque con ademanes despreocupados, con un aire a lo Vittorio Gassman, pensaba de buena fe que con merodear por allí y por allá iba a resolver las cosas. Me preguntaba el hombre que... dónde había dejado yo mi coche, mi ‘machina’, sin parecer importarle el grado creciente de mala leche que iba yo adquiriendo..., ni parecían importarle las colas, las muchedumbres, el abigarramiento de la situación. Curioso tipo. Quiero recordar que llevaba una camisa ‘sweater’, tipo T, impecable, moreno, inasequible a las putadas comunistoides. ¡Pintoresco fulano! Por mi parte, barbotando la convicción de que estos... muertos de hambre piojosos de socialistas lo arreglan todo con colas, para que no

nos olvidemos de que las excelencias de su diseño de vida hay que adquirirlas con cuentagotas y con el mayor consumo inútil e improductivo de tiempo..., pertrechado y rezumante de tales convicciones, como digo, me abrí paso como pude entre toda aquella legión de, llamémosles así, viajeros, me metí en mi coche y salí zumbando.

Helga Patzsch, mi amiga de Radolfzell, llevaba ya viviendo un par de años en Berlín, donde trabajaba de profesora en un... lo que llamaríamos Instituto de Segunda Enseñanza. Para qué negarlo. La había mantenido como mi bala de plata en la recámara, como mi postrer referencia..., y ahora me parecía de todo punto razonable cumplimentar su existencia. Decidí ir a Berlín, conocer algo de Berlín, y sobre todo decirme a mí mismo, comulgar yo mismo con la realidad de haber estado en Berlín. Así que... ¡a Berlín! Desanduve el trecho de autopista hasta el empalme, ligeramente al norte de Dresden, y seguí en dicha dirección. Puedo asegurar que en esos casos circular requiere toda la atención imaginable, atención que en el supuesto de un país como Alemania se ve recompensada con la captación inequívoca de toda la materia informativa de que se trate y sobre la que tengamos que hacer descansar nuestro quehacer, nuestra decisión concreta. Los servicios públicos de la Europa mejor y próspera dan ciento y raya a los españoles. Las señalizaciones viarias en España han sido y siguen siendo uno de los páramos más impresentables y más tercer-cuarto-quinti... mundistas. Parece increíble y de broma que lo fundamental, lo básicamente imprescindible en tal asunto se acometiera en los años sesenta, durante el ministerio de Fraga Iribarne en aquello que llamábamos Información y Turismo. Hoy todavía en regiones de Andalucía lo único que queda en cuanto a señalizaciones se refiere son las flechas aquellas en chapa de cinz y/o aluminio, en blanco y negro, que la cerrilidad ágrafa de las gentes hasta ha partido, o descabezado, o despuntado. Se evidencia así que después de aquel esfuerzo original, incipiente y, como tal, insuficiente, aunque tan meritorio, de nuestros gobernantes de entonces, en proporción a la construcción de nuevas

arterias viarias, la señalización en España ha continuado siendo algo caótico, disfuncional, menguado...

Dicho esto, huelga añadir que Alemania [igual que los USA y Canadá por lo que respecta a mi concreta experiencia] era un paraíso para el automovilista, aun cuando estemos hablando ahora de la Alemania Oriental. Ahora bien, las autoridades de la Alemania del Este ejercitaban un maléfico truco en lo que se refiere al acceso a la ciudad de Berlín; y es que, sobre todo pretendiendo hacerlo desde cualquier dirección que no fuese clara y antonomásticamente *el oeste*, no sé por qué sistema de señalización proceloso y ambivalente el automovilista se encontraba desembocando en el Berlín oriental. No me gusta aducir el ejemplo de los demás, de los muchos, para justificar mi carencia de habilidad, o mi resuelta torpeza. No. Aquí se trata de que, al tocar el tema a lo largo de los años con un numeroso muestrario de viajeros, resulta que a todos nos había ocurrido lo mismo. Supongo que todo aquel que, como en mi caso, quisiera decididamente llegar a la zona oeste, iría con mil ojos, sobre todo conforme uno se aproxima al “cinturón o circunvalación”, el “Berliner Ring”; supongo que al entrar en dicha circunvalación todos extremaríamos nuestro cuidado por dirigirnos hacia el oeste, siguiendo las indicaciones, todas y cualesquiera que así lo hicieran visible... Supongo... Supongo que la atención que se presta en circunstancias tales no guarda mucha relación de parentesco con el grado de brillantez o mediocridad intelectual del conductor. Supongo que éste es un buen ejemplo de que si, en mi personal estadística, *todos* los viajeros que hallándose en tales tesituras dieron con su coche en el Berlín Oriental... es porque la cosa tendría que encerrar algo de truco...

Mi plan, claro, era llegar a Berlín; alojarme, de momento, en un hotel, y al día siguiente contactar con Helga. Yo, con la tensión natural de la búsqueda de orientación en un sitio completamente novedoso..., no me percaté de que ya estaba en la zona oriental. Cuando una funcionaria garrida, rubia, con un uniforme azul marino con algo de sombras grises por el uso, me dijo... “Señor, está Vd. en el

Berlín Oriental”, aparte de sonarme a frase de diálogo de película de guerra fría..., me evidenció lo erradas que habían resultado mis apreciaciones. El caso es que me encontraba en la Alexander-Platz, algo así como el Treff-Punkt o punto de encuentro por antonomasia, el centro natural del Berlín-Este, el patio principal de los Monipodios marxistoides germanos. Bueno, se estaba haciendo tarde y decidí poner en práctica un plan básico de emergencia. Ya no sé si llamé a Helga desde allí [porque no descarto la inviabilidad de tales comunicaciones telefónicas] o más tarde..., ya se verá. Recuerdo que entré a un restaurante a comer algo, y el mismo aspecto, el mismo diseño de lo que había visto en las Áreas de Servicio de las autopistas: Camareros con uniformes raídos, lazos negros mugrientos, servilletas con hilachos colgando dobladas sobre el antebrazo..., y sobre todo, con un aire, acaso sólo perceptible para cierto tipo de turista occidental..., con un aire de encontrarse haciendo aquello de lo que se tratara..., por obligación, e importándoles tres pollas en el fondo, con una desgana, un desánimo reflejando sin decirlo, recitando sin decirlo... “¡para lo que me van a pagar!”

En la historia de las realidades socio-políticas que yo conozco, tal vez los casos de Cuba y de la Alemania Oriental hayan conformado dos de los ejemplos máximos, dos de los paradigmas más puros de cómo algo se intenta meter con calzador, y cómo se produce el rebote, el rechazo, la repulsa más estrepitosamente rotunda ante semejante intento. Hablo de ciertas realidades cosmovisivas, sobre criterios convivenciales, en sujetos que hayan alcanzado su mayoría de edad y tengan –para bien, para mal, o para peor– su discernimiento desarrollado y forjado. Los nacidos y sometidos a tal o cual lavado de cerebro del régimen imperante, esos, por no constituir categoría excepcional alguna, no cuentan [Muy pronto verá el lector a lo que me refiero]. Pero aquellos a quienes la imposición les ha pillado ya de mayorcitos ofrecen los ejemplos, los cientos de ejemplos que pude ver en Cuba y en cubanos en Moscú; y que pude ver, por todos, en aquel camarero de aquel restaurante de la Alexander-Platz de Berlín oriental. Por más que yo le daba vueltas, sus facciones, sus gestos, no

me exteriorizaban más que un tipo de mensaje más o menos parecido a un... “¡Y a mí qué me cuentas, si yo no he inventado todo esto y estoy aquí a la fuerza!” Y eso que los ciudadanos del Berlín Oriental podían considerarse afortunados al tener frontera con la otra parte de Berlín, con el Occidente pujante. Como todo el mundo sabe, la paridad oficial o teórica del marco era absoluta en una y otra zona, con la pequeña salvedad de que el dinero oriental no valía más que allí, en dicha zona; o sea, basura. Y que los marcos occidentales eran la presa más codiciada de los súbditos orientales. Además de la imposición a los viajeros de una a la otra zona de Berlín [quiero decir, por parte de los orientales a los occidentales] de cambiar una cantidad mínima de marcos, los orientales veían encantados que sus servicios se pagasen con marcos occidentales. No hacía falta que el desgajado del camarero que me atendió me dijera que yo podía pagar (así, como con generosa condescendencia y todo) en... ¡¡marcos occidentales!! Creo que fueron 5 DM lo que me costó un plato de carne con ensalada, un vaso de leche y un postre. Muy razonable, desde luego. Bueno, hecho lo cual, había que salir. Hubiera sido demasiada cortesía, demasiado desprendimiento que las señalizaciones ideadas y dispuestas en territorio de la Alemania Democrática me hubiesen llevado a Berlín occidental. Y así, ahora se trataba de salir, de largarse del paraíso democrático y entrar en la parte del Berlín corrupto y capitalista...

Muy bien. Hechas las averiguaciones pertinentes, se me informa que el paso natural y obligado desde el sector en que me encuentro a la zona Oeste de Berlín ha de hacerse por el así llamado Checkpoint-Charlie o control sito en la Friedrich Strasse. Pues bien, vamos a ello –me dije. Hay ciudades que suscitan un formidable conglomerado de relaciones y de vivencias, convocadas por la literatura, por el cine y por los propios testimonios de algunos de nuestros mayores. Así con Berlín. Recordaba yo una película clásica, “Cuatro en un Jeep”, en blanco y negro, y no demasiado puntera en las bogas de la popularidad. No podría ni siquiera conjeturar sobre la identidad de sus protagonistas. Sólo sé que la “echaron” en una de las salas de Alcalá de Henares, todo lo más, todo lo más a comienzos de

los cincuenta; si no a últimos de los cuarenta. Me encantó. Se trataba de las peripecias en que se ven envueltos los cuatro soldados miembros de la policía militar berlinesa –uno por cada país vencedor garante de la paz en el Berlín de post-guerra. El americano, huelga decirlo, es el que se lleva el gato al agua en lo referido a heroísmo, generosidad y rasgos humanos edificantes y sobresalientes. El ruso, por el contrario, y siempre dentro del bastidor de alianza que al menos en teoría todos habían representado respecto del otrora enemigo común, Alemania, el ruso no podía dejar de ser el contrapunto, el... si no villano, al menos el no-héroe, el antipático de la película. La testimonialidad de las dos restantes potencias vencedoras, Gran Bretaña y Francia, en el caso específico del guión marcaban tan sólo una discreta comparsa. Una gran película de mis años de Bachillerato. Tiempo después asimismo pude presenciar otra, de corte más sofisticado, aunque también en blanco y negro, protagonizada por Ernest Borgnine. Tanto en la de “Cuatro en un jeep” como en esta segunda más moderna los escenarios aparecían bien logrados: Montones de escombros, soldados con capote gris husmeando con perros-policía los posibles escondrijos de gente fugada o en trance de escapar; situaciones tensas, sustentadoras de un “statu quo” de conveniencias, precario, presto a desmoronarse, a explotar... Bueno: eso que hemos entendido como “guerra fría”.

Eso iba yo reproduciendo en mi cerebro, hasta llegar al control. Los típicos pasillos señalizados: Alambradas, sacos, parapetos, muros. Uno va conduciendo con todo el cuidado del mundo, consciente de no transgredir la más insignificante norma de... qué, bueno, no se sabe, de convivencia, de estilo, o de manera impuesta por el que en cada caso mande... Señalizaciones y más señalizaciones. De nuevo, las secuencias sonoras y visuales de las películas... “Está Vd. ahora entrando en el sector...” ... “Está Vd. ahora abandonando el sector...” Por fin llego a lo que parece el punto final; quiero decir, que tengo que detenerme porque hay otros dos coches más delante de mí. Enfrente, en trazos grandes, instrucciones: “Put your lights off and wait inside your car for your turn” (Apague las luces y espere su turno dentro del

coche) También en alemán. Me oriento. Sí, el punto es correcto. Este es el control Charlie. Si lo había oído antes, no estaba seguro. Pero en todo caso aquello se trataba de *the real thing*, de la cosa misma. Así que, ¿para qué conjeturar si la realidad conjuntaba todos los posibles aspectos y consecuencias del asunto? A unos 15 metros, a la derecha, las oficinas o barracones del puesto aduanero y policial. Y entre estas dependencias y la continuación del pasillo, ya hacia la zona americana, se encontraban dos “vopos”. Claro, ahora lo recuerdo. Tal es el nombre de los gendarmes policías de la Alemania del Este. Se trataba de dos chicos jóvenes, creo que ninguno llegaría a los 25 años, vestidos de uniforme verdoso oscuro. Estaban comiendo. Muy bien. Tienen derecho, me sentí yo inclinado a conceder. Pasó una media hora y los vopos habían terminado de comer lo que estuvieran comiendo. Ahora ya no comían. Se hallaban sentados, haciendo como que miraban a uno u otro lado; a veces, cambiaban alguna palabra. Nosotros, los coches, a unos 20 metros de distancia, allí surtos, con las luces apagadas y esperando nuestro turno de ser intervenidos como nos recordaban inequívocamente los paneles levantados mediante sólidos bastidores de hierro. Pasada más de una hora, un poco indolentemente los dos jóvenes policías se levantaron y se dirigieron al primer coche de los dos que tenía yo delante, no sin antes aprovisionarse de unas ligeras carretillas o trolleys. Se nos había conminado a permanecer dentro del coche hasta que se nos instruyera en contrario, y así, en un principio me fue trabajoso hacerme idea de lo que aquellos cachivaches podían ser, y para lo que pudieran servir. Al aproximarse los vopos al sitio de los coches y comenzar a manipular los artilugios en cuestión, me fijó en que eran espejos; espejos planos y dobles que, introducidos por debajo de las carrocerías de los coches permitían la inspección del detalle de sus fondos y de todas sus tripas interiores... ¡Serán cabrones! –pensé. Mientras que uno de ellos recorría con los espejos toda la parte inferior del chasis del vehículo, el otro, con el capó levantado y el maletero abierto, se dedicaba a registrar los interiores, también de los asientos de los pasajeros. Creí observar en los dueños o usuarios de los vehículos

inspeccionados un aire como de resignación, como de haber pasado por ello otras veces, y no parecían darlo más trascendencia. Mi caso era distinto. Salvo la porfía de aquel aduanero jovencito y cretino de la frontera suiza de Ginebra unos años atrás, cuando las filminas de Teresa Geissman, relatado en su lugar correspondiente, salvo eso, digo, yo no había experimentado un control automovilístico tan salvaje y tan concienzudo y en grado tal que transformaba en experiencia desdeñable todo lo anterior...

Por fin me tocó el turno a mí. Con el capó levantado y la maleta abierta, y mientras uno de los angelitos hacía rodar el carro de espejos por debajo, el otro se dedicó a sacarme el asiento de los pasajeros de detrás, para pasmo mío que, ante tan nueva manipulación, temía por la integridad material de la tapicería. Por suerte para mí el funcionario aquel demostró una gran pericia mecánica respecto de semejantes menesteres, y además y para tranquilidad mía, aunque sorprendido por tratarse de la primera vez que veía yo desmontar tan por las buenas todo el asiento trasero de mi Mercedes 200-D, éste iba acoplado al chasis mediante unos espigones o clavos curvos que permitían el desglose desde detrás y hacia arriba de todo el asiento corrido, sin más consecuencia excepto mi natural alarma. Huelga decir que visto lo que quisieran y tuvieran que ver fueron devolviendo a su posición original las partes afectadas: Capó bajado; asiento encajado y.... Vaya, resulta que al merodear en el maletero, el más concienzudo de ellos, el que había llevado a cabo la inspección del interior de los demás rincones del coche, veo que coge en su mano un..., oh, bueno, claro, el taquito o fajo de direcciones, en fichas, que ni siquiera me había yo molestado en meter dentro del bolso que también estaba allí, abierto. Y aquí empieza la película. Me pregunta el tío que qué era todo eso, que... qué significaba..., y que qué llevo yo ahí. Pues lo que Vd. puede ver: Una serie de direcciones de amistades, tanto de España como de Europa, sobre todo de los países por donde he pasado o puedo pasar, por si necesito referirme a ellas, mandarles una postal, etc. Es la típica respuesta desarbolada, carente de mayor significación, de tan impertinente y tan fuera de

lugar como nos suena la pregunta. Pero el caso es que el fulano no se da por satisfecho: Baraja las fichas o papelitos, los hace chascar, los remira, hace como que lee el nombre de alguien que, por orden alfabético, aparece consiguientemente en primer lugar... y que no es otra que Vicky Alamos [una de mis amigas malagueñas]... deletreando el nombre /Vi-ki-A-la-mos/ hasta casi producirme risa de lo absurdo en que ha embarrancado la situación. Es de ficción cómica, pero *es... está siendo*, y no hay manera, en todo el espectro de virtualidades, no hay manera de desasirse de este molestísimo entramado de malentendidos. El policía por toda ejecución mantiene, retiene, el taco de direcciones y se mete en las oficinas. Al poco rato sale, me dice que ponga mi coche a un lado y que espere. Así lo hago, con un indescriptible sentimiento de indefensión y de orfandad de recursos. Al cabo de otra media hora aparece el que tiene que ser necesariamente el superior de los dos vopos, y con gesto algo más conciliador, me alarga el taco de direcciones y me dice que me puedo marchar. Intercambia instrucciones con sus subordinados y éstos me hacen señal de que me marche, de que siga...

No sé por qué lo hice, pero el caso es que... previendo tal vez la inconveniencia de visitar a Helga a tales horas... posiblemente les preguntara si conocían algún hotel recomendable del sector americano, al que me hallaba yo a punto de acceder. Bien. Hay cosas que no se despintan; cosas no obligatoriamente solemnes; ni voluminosas; acaso una palabra; una expresión; un ademán, una vibración. Algo parecido percibí yo entonces: Con el gesto hierático, como recocado de odio y desprecio, de desapego vengativo, va y me dice el tío, en alemán siempre y por supuesto, el equivalente exacto de: *No tengo ni idea de lo que hay ahí, detrás de esa línea*. Me quedé de piedra, pero nada me pareció más oportuno que proseguir y separarme de aquel paraíso del Berlín marxistoiide. Quería abandonar lo antes posible el maldito Check-point Charlie, los registros, las suspicacias [¿Qué pensarán estos piojosos que puede uno llevarse de su emporio? –me pregunto?...] y sigo, continúo el pasillo de frontera, los carteles ahora cobran un signo redentor... “You are now entering

the American sector... (¿o “zone”, qué más da?)”. Me encuentro aliviado. ¡Oh, boy! He aquí una de las vivencias geopolíticas que más somatiza el alma del viajero: Los niveles de adecuación de su espíritu con respecto del hábitat o bio-topo por el que en cada momento le toque discurrir. Lo áspero y poco convincente unas cuantas jornadas en el pretérito se torna acogedor y providencial en el presente. Es uno de los fenómenos más elocuentes y que con más rotundidad prueban las arenas movedizas en las que se asienta el criterio humano, la descorazonadora inconsistencia de los valores que normalmente nos acompañan. Con motivo de mis vacaciones en Bulgaria, al regresar de nuestra excursión a Turquía, traspasar la frontera y encaminarnos de nuevo a Albena, sentí –ríase el lector– una especie de liberación del abigarramiento atípico de impresiones y encuentros que había supuesto Turquía, y consecuentemente un acoplarme bajo la protección del ambiente búlgaro, mucho más cercano a mis parámetros de convivencia. ¿Y ahora? Tremendo, sencillamente sin igual. Aunque vaciado del deseo de regresar al ritmo de vida USA, cuando observé al negrazo sonriente y parsimonioso que controlaba el acceso al sector oeste, o zona americana, me sentí seguro, me consideré protegido. Se me notó en mi forma de hablar, me lo noté yo mismo cuando me dirigí a mí..., benefactor, con una jerga confiada y cómplice de entendimiento. Algo le tuve que decir, como... “¡Joder, qué mal rato me han hecho pasar esos hijos de puta que he dejado atrás!”, a lo que quiero recordar que el negrito me contestó: “¡Wow, man! [¡pero hombre!]... aquí se han terminado todos tus problemas. ¡Considérate en casa!” Más de una vez he pensado si por sistema y adrede al viajero por la DDR que quiere entrar en Berlín, le conducen hacia la zona Este; y si una vez allí, y quiere salir, le dirigen al tristemente célebre Check-point Charlie. También he pensado si estos prójimos de la República Democrática Alemana, cada vez que intervinieran una agenda o cuadernillo de direcciones de cualquier viajero estuvieran prestos a creer que se trataba de una relación de contactos subversivos, de referencias sediciosas, conspiradora-complóticas.

No puedo pensar ya cómo se sucedieron los detalles. Lo único que recuerdo es que fueron más de dos horas de reloj las que me tuvieron en aquel control de vehículos encabronado, entre los dos Berlines; que era ya bien entrada la madrugada, pero que al fin pasé la noche en el número 15, ático, de la Martin Luther Strasse, domicilio a la sazón de Helga Patzsch. Mis problemas podían considerarse ahora cosa del pasado.

Berlín occidental me gustó tanto, me impresionó tan positivamente que tres años más tarde le dedicaría una estancia de ocho semanas, pretextando repasar en el Goethe Institut mis conocimientos de alemán. Fueron sólo dos noches las que entonces –quiero decir, en este viaje de 1975– hice allí. La primera que prácticamente no contó, y una siguiente y última. Con todo, Helga se dio maña a enseñarme aquí y allá, lo justo y pertinente para engancharme y convocarme yo solo a un ulterior y más detallado merodeo. Me impactó la montaña, ahora verde y florida, que los berlineses habían formado artificialmente con los millones de toneladas de escombros de después de la contienda. Un ejemplo portentoso de reciclaje de una situación. Aunque fugazmente, pude percatarme yo de alguna de las singularidades de Berlín. Ciudad cerrada dentro de sí misma por “El Muro” (“Die Mauer”) y fuera también por las fronteras naturales con la DDR, no tenía más remedio que potenciar, que dinamizar al máximo las posibilidades y recursos que la conjuntada ayuda del exterior le proporcionaba. Orden y concierto como en pocos sitios, tal vez ninguno, hubiera visto yo. Me explicaba Helga que el tráfico se acomodaba a cuantificaciones matemáticas de espacio y de número de vehículos, teniendo en cuenta que en un porcentaje cercano a la totalidad los coches circulaban dentro de la limitación de la ciudad, sin estar sujeto este movimiento a ninguna perturbación por incremento o por mengua apreciables.

En Berlín hay multitud de restaurantes funcionando como tales las 24 horas. La noche, o mejor, la mañana antes de marcharme, me llevó Helga a eso de las 03:00 am. con un matrimonio amigo suyo a

cenar, he dicho bien, a cenar a la terraza de uno magnífico en el que el servicio de cocina funcionaba “round the clock”; o sea, las 24 horas.

Pero había que irse; con un botín sensacional de vivencias, es cierto, pero había que empujar el viaje, ya de retirada. Checoslovaquia, sin embargo, estaba al lado, allí abajo, y decidí conocer Praga. Deshice el camino desde Berlín hasta Dresden y penetré en el país por Teplice. Tampoco hacía falta visado sino una constancia identificativa del pasaporte y del vehículo en la frontera. Ese mismo día de mi salida de Berlín me planté en Praga. Debí de servirme de alguna prestación turística por la que, si bien el tráfico de vehículos era permisivo, se ejercía cierto control mediante la asignación al visitante de un determinado Hotel, etc. Me recomendaron el Alcron, calle Stepanska 40, no lejos de la plaza de Wenceslas. Conservo papel de escribir, con membrete, de dicho establecimiento. Por aquel entonces la divisa canadiense disfrutaba de su Edad de Oro; su dólar tenía algo más de capacidad adquisitiva que el homólogo USA. Y yo portaba dinero canadiense en cantidad; por esa parte no había problema, percatado como estaba de que en todos aquellos países de detrás del Telón de Acero que se autoproclamaban complacidos de recibir visitantes, los precios eran artificiosamente, políticamente altos.

Dos únicas noches estuve en Praga. Las horas diurnas las pasé curioseando por las calles, mirando cosas, empapándome en evidencias..., tales como que el socialismo estatista y centralizado sofoca prácticamente todo. Es como si hasta la realidad independiente de las manifestaciones artísticas estuvieran lastradas por una pesantez del espíritu que se interpusiese entre ellas y la fecunda captación de todos sus valores por parte del espectador. Praga es una ciudad singular, con bellos edificios de esbeltez gótica, casas de ladrillo marrón oscuro, granate, puntiagudas en sus aleros y en sus áticos, muestras todas ellas de un pasado adscrito al esplendor germano-austro-húngaro. La impronta de Alemania es proverbial. La realidad es una, una. Las decisiones geopolíticas son otras. Desde 1945 para

acá una serie de países cayeron bajo la férula del gran hermano del Este, la URSS, y así como con fórceps han venido calzando unas formas de convivencia que mal se compadecían con su substrato artístico anterior. Lo vi en Hungría; lo estaba viendo ahora en esta parte, la más germanizada de Checoslovaquia; y no digamos nada, porque ya lo hemos dicho, de la Alemania Oriental, donde la bota de tachuelas del totalitarismo soviético se había tenido que meter con calzador de hierro en los pies de aquellos habitantes hasta que no sintieran nada, hasta producir unos monstruitos –estoy pensando en los jóvenes *vopos* del Check-point Charlie– con el cerebro lavado, resultado químicamente puro de un proceso de substitución cosmovisiva de todo un tipo de estructuras mentales. Y Praga no era excepción. ¿Bonita, elegante, artística, pintoresca? Sí, y mil veces sí. Pero también triste, opaca, apagada, amortiguada, como todo aquello que tuviera por encima de sus conciencias el palio paternalista de la vigilancia soviética...

Guardo de Praga el botín de una idea: la de que estuve allí. Salí de Checoslovaquia vía Pilsen y Waldhaus, ya dentro de la Alemania Federal. Recuerdo que los aduaneros policías checos del paso fronterizo se comportaron un poco bordes con una familia de holandeses que coincidieron conmigo y que iban cargados de trastos en su “tourer” o *caravan*. La cosa no llegó a mayores pero aquello lo entendí como un signo, un aviso, una dosis de advertencia de que todavía nos encontrábamos a merced del estatalismo totalitarista, nada comparable, claro, a la cerrazón robótica de los gendarmes del Berlín Oriental, de la Friedrich Strasse, del Check-point Charlie; pero al menos un fiel reflejo.

Una vez que mi coche se encontró en territorio de la Alemania..., Alemania, como buen potranco que anticipa el pesebre de su cuadra, cobró bríos haciendo de todo el recorrido de regreso a casa un puro trámite.

**Angelina y Larissa Macarro; María; Valentina, Svetlana y Ana;
Olga: Moscú (URSS), verano 1976**

Dispersa y repetidamente, en latitudes espontáneamente separadas de mis escritos, he tomado conciencia de las tan... heteróclitas, tan impensadas motivaciones que pueden impulsarnos a viajar. Las porciones territoriales de que en cada caso se trate pueden asimismo corresponderse con una nueva remesa de interés, o de curiosidades profesionales, o simplemente de diletantismo vivencial, alojados necesariamente en una franja temporal de nuestras existencias. Mi deseo de visitar la otrora Unión Soviética [y cuando se vale uno de dicha denominación el primer lugar de entrada con que se cuenta suele ser Moscú] comenzó a fraguar su diseño en la década de los setenta, sobre todo después de mi inicial incursión en algunos países socialistas de detrás del así llamado Telón de Acero: Hungría en el verano de 1972, al terminar mi curso de alemán en Passau, en la Baviera oriental, haciendo frontera con Austria; y la propia Alemania del Este y Checoslovaquia en 1975. Por su status tan *sui generis*, en el sentido de aperturismo e independencia dentro del citado concierto del socialismo europeo, dejo de incluir con toda intención a Yugoslavia. Por otra parte, una excursión organizada a Albena, junto al mar Negro (Bulgaria) a finales de verano de 1972 me había permitido asimismo visitar la vecina Rumanía. Todo ello junto con otras peripecias en Turquía ha quedado suficiente y monográficamente tratado en mi novela *Amor se dice obitcham en búlgaro*.

Pero hay más. Entre las complicidades que contribuyeron a mi impulso de viajar a Moscú está la de un amigo mío de Alcalá de Henares, “Nani”, más o menos de mi edad y compañero de escuela de Primera Enseñanza. Un buen día de aquellas épocas, sin poder yo ahora determinar las causas de nuestra conversación, resulta que me informa que la mujer y la hija de su tío José [huido a Rusia en razón de la Guerra Civil española, y muerto pocos años más tarde luchando contra los nazis en el frente de Stalingrado]... viven en Moscú; que hablan español, y que nada les complacería tanto como conocerme y

regalarme el máximo posible de su compañía y de su asesoramiento turístico durante los días de mi estancia. Debo decir aquí que Angelina y Larissa, nombres de madre e hija respectivamente, nunca habían roto su comunicación con España, ni en lo puramente personal y subjetivo, puesto que mantenían vivo el recuerdo de José Macarro, marido y padre también respectivamente; ni en lo técnicamente objetivo, ya que el ideólogo y escritor Fernando Macarro, más conocido como Marcos Ana, y hermano de José, había estado en la URSS en variadas ocasiones como invitado de cierto rango del, bueno, igualmente así llamado Partido Comunista Soviético. Larissa inequívocamente mantenía el apellido Macarro; y Angelina jamás quiso instrumentar respecto de ella otra identificación que no fuese la de viuda de José Macarro, republicano español, y caído, repito, como héroe nacional soviético durante el cerco que las tropas nazis impusieron a Stalingrado. Ambas, madre e hija conservaban “la sangre espiritual” de la lengua española, siendo Angelina más fluida en el habla mientras que Larissa disponía de mayor competencia en la expresión por escrito. Larissa era Licenciada de Universidad en Ciencias Sociales e Históricas. Angelina y ella dentro de su status de ciudadanas soviéticas trabajaban de administrativas contables especializadas en una factoría de productos de industria ligera.

En el verano de 1976 me decidí a iniciar mi aventura rusa mediante una primera cala en Moscú tan sólo. Los usos y costumbres soviéticos comenzaron a mostrar su particularidad: La necesidad rigurosa de visado en mi supuesto adquiriría una dosis extra de singularismo por el hecho de que yo viajaba solo, como individuo, como unidad personal. En el curso de unos cuantos años los oficiales del Consulado ruso en Madrid, de la calle Carbonero y Sol 34 llegarían hasta recordarme. La noción de individualidad para una mente soviética quiebra la mayoría de las veces. Su cosmovisión, su manera de hacer y de concebir las cosas es... comunal, corporativa, gregaria, en grupo, rigurosamente hablando en plan “soviet”. Quiero decir que ya el hecho de hacer turismo uno solo en la URSS comportaba una cuota de extrañeza para nuestros buenos prójimos.

Todas sus manifestaciones sociales y operativas, ya se sabe, estaban enérgica e inequívocamente dirigidas desde un principio de poder, desde un criterio central indiscutido. En lo referente al turismo la “forma” totalitaria de plasmarse era mediante los oficios de *Intourist*, ente estatal, agencia central, encargada en exclusiva de velar por los intereses de los visitantes. Habrá multitud de ocasiones específicas para reseñar las más sobresalientes características de la manera de actuar de los soviéticos. Baste decir aquí que su noción del tiempo tiene muy poco que ver con el canon “occidental”; su noción del trabajo, lo mismo. La fórmula para tener a todo el mundo ocupado es una pamplina, por ejemplo: Si hay dos mesas y dos sillas en una habitación, se encarga a un grupo de varios obreros moverlas de sitio cada tanto tiempo para que al final de la jornada queden en el mismo lugar que tenían al principio. Salvando este intencionado exceso lúdico, la verdad es que se produce muy poco; se crea muy poco. Pero como en todo caso el Estado [papá pobre pero voluntarioso] va a correr con los gastos básicos de subsistencia, así, al menos, se tiene al personal entretenido, sin darle oportunidad a que maquinen contra el orden y la estabilidad.

El turismo en la URSS, instrumentado por la *Intourist*, se acoge a esas pautas de centralismo, tanto vaya uno en grupo como si lo hace por libre, como fue mi caso. La intervención de pasaportes y documentos acreditativos que sean en el aeropuerto, a la llegada, es lento, tedioso [Ya llegará el momento de referirme a ello pero me interesa adelantar ahora que en mi cuarto y último viaje se superaron todas las expectativas: Un viaje Madrid-Moscú cuyo vuelo de un tirón dura algo más de cuatro horas se convirtió en una penitencia de más de diez horas, contando con una escala técnica intermedia, y las casi dos horas de hacer cola en el aeropuerto esperando la autenticación y proceso de pasaportes... Como digo, todo a su tiempo]. Luego, empleados de la *Intourist* me esperaban para llevarme al hotel que se me hubiera asignado en Moscú. Otro detalle de los que uno se va percatando es que no cabe especificación de alojamiento por parte del cliente, sino la aceptación de buen grado del Hotel que *Intourist*

determine en razón de las disponibilidades. Lo mejor es dejarse llevar y que lo sorprendan a uno. A mitad de camino entre el aeropuerto y lo que podría considerarse el “down town” de Moscú los soviéticos han conservado con esmero una réplica [o acaso el original absoluto, aunque no lo creo] de las fortificaciones anti-tanques que marcan la última línea que alcanzaron las tropas alemanas en su avance. De allí no pasaron. Allí se ven los bolardos en forma de picos entrelazados en cruz, hincados en tierra. Me llevan al Hotel Rossia (“Rusia”), el mayor de toda la URSS, con capacidad para seis mil personas, junto a la Plaza Roja. Cada sección de piso o pasillo tiene una gobernanta que controla a las personas, los pases, los documentos identificativos, etc.

Mi encuentro con Angelina y Larissa no puede ser más cordial. Ellas, como la inmensa mayoría de los ciudadanos moscovitas, habitan en un pisito de 35 metros cuadrados en las afueras de Moscú. Por aquel entonces aún vivía la madre de Angelina, la abuela “babulinka”. Angelina es una mujer jovial, vigorosa, con un estupendo español, y de unos 55 años. Antes de cumplir los veinte se había casado con José Macarro con quien tuvo a Larissa, ahora ya de unos 36 años. Como he dicho, poco más tarde, sobre finales de 1942, José sucumbiría en el sitio de Stalingrado. Larissa es bajita, rechoncha, con una carita como de muñeca ‘matrioska’, enormemente expresiva, irresistiblemente servicial, bondadosísimamente dispuesta. Lo primero que tuve que hacer fue familiarizarme con mi hábitat. El acceso al Hotel Rossia tiene lugar preferentemente, que yo recuerde, por sus fachadas Este y Norte. Prácticamente contigua se encuentra la Plaza Roja, algo así como el corazón por antonomasia de Moscú y el centro representativo, simbólico y ambiental de toda la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El Kremlin, de planta triangular y con un perímetro de dos kilómetros constituye la fachada o lado oeste de la Plaza, con el medallón del mausoleo de Lenin pegado en su frente; los otros tres edificios demarcadores e inequívocos son: la catedral de San Basilio, con sus típicos bulbos bizantinos por cúpulas, al Sur; los almacenes GUM al Este; y el Museo Histórico al Norte, pasado el cual se desemboca en otro gran espacio, con el Museo Lenin y el Hotel

Moscú, a la derecha, y la Plaza Karl Marx y el Hotel Metropol detrás de ellos; y ya en dirección Norte, la calle Gorki, con los Hoteles National e Intourist en su mismo arranque, en la mano izquierda, conforman el bio-topo por antonomasia de la “movida” moscovita; quiero decir, donde se cruzan y se encuentran los intereses de los turistas y de las chicas de alterne; donde pululan los cambistas de dinero en el mercado libre; donde los taxistas tienen sus paradas más concurridas. En lo referente al valor del dinero y a las mercancías que se puedan comprar con él, cuando se ha visto el primer país socialista el modelo se repite prácticamente calcado en todos los demás. Si me entretengo ahora de pasada en reseñar el tema es por tener presente un sucinto breviarío a efectos de pauta metodológica. El valor que adquiere el \$, dólar, en el mercado libre viene a ser tres veces mayor que el estipulado “oficialmente”. Ahora bien: es improbableísimo que cualquier occidental tenga deseo de obtener algo que no se ofrezca exclusivamente en las tiendas “Beryozka” en las que necesariamente hay que satisfacer en divisa el producto que se adquiera. Pero, y dado que las excursiones a la URSS (o sea, régimen de alojamiento, pensión completa, visitas, desplazamientos, etc.) quedan abonadas en su totalidad en el lugar o país de origen de donde se salga, un ciudadano occidental de clase media normal, acomodada, ¿qué demonios puede querer comprar fuera de la estúpida sinrazón consumista? Yo respondo: Muy poco, prácticamente nada. La única adquisición atractiva que existe según mi criterio y mis entendederas, son algunos productos de artesanía soviética (camisas, muñecas matrioskas, etc.) que *también* existen en ciertas tiendas para todos los ciudadanos. Claro es que si se compran rublos en el mercado libre, tales productos salen incuestionablemente baratos. Todavía habría que salvar la pega de justificar el origen de los rublos con los que uno ha comprado dichas mercancías. En mi caso Angelina y Larissa constituían mi cobertura al tratarse siempre de poca cantidad y poder explicarlo como una manifestación del consabido souvenir o regalo. Los rublos en el bolsillo de un turista sirven para los taxis, para las comidas que se hagan por cuenta propia, y cosas así, servicios y

prestaciones que obviamente no requieren ante las autoridades de factura ninguna para justificar su disfrute por la, también obvia, imposibilidad de hacer un seguimiento de las distracciones en que cada turista pueda incurrir. En definitiva, las cosas de verdadero valor, como el caviar, como las putas..., eso hay que pagarlo en divisa, el primero comprado en las *Beryozka*; las segundas, donde se tercie. Las excepciones como la que he apuntado respecto de las camisas, de una magnífica tienda a la entrada de la calle Gorki, a la derecha, y a donde Angelina y Larissa diligentemente me condujeron..., y como la de poder comprar alguna [cada vez más escasas] lata grande de caviar en algún buffet del Hotel Rossia, por ejemplo, y pagarla en rublos, justificarla en la aduana del aeropuerto como regalo, o aducir ya, rizando el rizo, que se destinaba a pautas dietéticas valetudinarias prescritas por un médico..., esas excepciones sacadas con calzador y como hipótesis de trabajo, refuerzan la regla general.

Larissa pidió permiso en su trabajo para dedicarse a estar conmigo un par de días, acompañarme y asesorarme sobre las cuestiones básicas. Una mañana en la Plaza Roja vimos a un montón de parejas recién matrimoniadas, como bandadas de aves blancas y de color, por ellas y por ellos. Le pregunté a Larissa que cómo se decía “guapa novia”; me dijo que “krasívaya dniviesta”, muy aproximado, claro, salvando las peculiaridades del transvase del cirílico al latino, y así se lo fui espetando a varias de las chicas: No hubo ni una sola que no se sonriera y que no hiciese ademanes de complacencia y halago por mi cumplido. Aquello me agradó y siempre lo tomaré como un referente en lo de contar con un “antes” o entonces; con un “más tarde”..., y con un “actualmente” o ahora. Me refiero a todo el turista pionero o de vanguardia respecto de un país como la URSS, que estoy seguro de que cuando se estrenara recogería a raudales estas formas espontáneas, carentes de traducción y de manipulación. Pero el turismo tiene una contextura poliédrica y junto con su bondad más evidente, más incontestable de..., de acicate del propio modelo de vida, de adquisición de divisa, etc., junto con esas y otras cosas más o menos indiscutibles, también entraña unos potentísimos gérmenes

destructivos del medio donde se desarrolla. Si pudiera servirme de un ejemplo plástico y maximalista diría que sus dos cotas máximas quedan visualizadas por la práctica impenetrabilidad de los años cincuenta, de un lado; y la caída del muro de Berlín treinta y cinco años más tarde, y la liquidación del correspondiente paradigma doctrinal que lo erigió, de otro.

Conservo cinco fotos en blanco y negro de 10 x 7 centímetros que me hizo Larissa: dos con la catedral de San Basilio a la espalda; otra, delante, aunque a distancia, del Museo Histórico; otra, bajo una sección almenada de muralla del Kremlin; y la última, con el telón de fondo de una fachada del Hotel Rossia, como un gigantesco y uniforme panal de ventanas a modo de celdillas. En cualquiera de las cinco perspectivas se patentiza esa parte de la ciudad de Moscú como, acaso, la más significada, la más representativa de todo el imperio soviético. Los hoteles como establecimientos estatales públicos se encargan en exclusiva del aspecto de hostelería del turismo y aun de los propios soviéticos cuando procediere. Más de un día invité a Angelina y Larissa [a partir de ahora “las rusas” cuando su mención resulte inequívoca] a cenar conmigo en alguno de los varios comedores del Rossia. Estas cosas tan naturales, en Moscú podían albergar un algo de aventura, de azar, de sorpresa imprevista, grata o desagradable. Se ha dicho siempre, y con semejante visualización se nos ha quedado a muchos occidentales colmada nuestra retina, que las gentes que habitualmente marchan por las calles de una ciudad soviética –y aquí Moscú nos sirve de paradigma general y válido– van provistas de bolsones, de cestillos, carteras grandes o sacos..., de cualquier recipiente donde se puedan echar cosas y llevarlas, porque nunca se sabe con qué artículo de consumo a buen precio puedan encontrarse. Es un tópico aireado por todos los comentaristas, viajeros, periodistas..., pero que conviene tener presente en su dimensión de realidad plástica y con la que se convive mientras se está en la URSS. Bien. Pues a eso me refiero en cuanto a la carga de azar que hasta puede encerrar la cena en uno u otro comedor del inmenso Rossia. Para empezar hay que decir que la gente que frecuenta estos

hoteles y sus correspondientes servicios, es muy variada: Junto con los extranjeros propiamente dichos se destaca una tremenda variedad de tipos provenientes de, y pertenecientes a, las 16 Repúblicas que integran la federación soviética: Un ruso blanco se distingue de un kirguistano; un moldavo, de un uzbeko..., y cosas así. El Hotel Rossia es una ciudad que cuando se halla a tope puede albergar en algún momento a cerca de 10.000 personas. Orientarse por su laberinto de secciones y niveles es algo, si no complicado, al menos muy entretenido. Las rusas y yo descubrimos un comedor al que había llegado una partida de vino Campo Viejo español, y lo repetimos. Inútil pretender enterarse de si algo con lo que uno cuenta en un instante dado va a estar disponible más tarde, mañana, dentro de los días que sean... Como con la gente de las bolsas grandes, si uno se encuentra algo obtenible, hay que aprovechar, olvidarse de las preguntas... y sanseacabó. Una de las pegas más señaladas con que yo me enfrenté en Moscú respecto de la comida era la casi total carencia de fruta..., fruta fresca, de esa que está en los árboles, se recoge y se comercializa. Si acaso alguna ciruela canija, o alguna manzana verde del tamaño de nuez. Imposible encontrar fruta. Las comidas en el hotel podían consistir en una sopa rica de esas que llaman *borsch* [de col, repollo y/o coliflor], seguida de carne o pescado, y terminando en un postre de confitería, o a base de helado. Todo muy rico y muy abundante, pero lo más adecuado también para echarse uno encima tres o cuatro kilos en unos cuantos días. Fruta, por ninguna parte. Siempre el mismo problema de la distribución. Mientras que en lugares de otras Repúblicas –y por supuesto dentro de la misma Rusia– podrían estarse produciendo millones y millones de kilos de peras, melones, manzanas, etc, a Moscú no llegaban. Estoy hablando de 1976. Poco a poco y con decidida pujanza fueron abriéndose camino y adquiriendo carta de naturaleza los mercados en que los granjeros podían vender sus propios productos. Un día me hallaba yo en la Plaza Roja, y en uno de los escaparates de los almacenes GUM, allí enfrente quiero decir, vi unos platos con manzanas esmirriadas, supuestamente en venta. Algo es algo –pensé. Entré allí sin perder de

vista la mercancía, me puse en la correspondiente cola, y al llegar a la altura de la camarada dependienta tuve la suerte de que no sólo las manzanas del escaparate quedaran visibles desde donde yo ahora me encontraba, sino que otro plato más de ellas estaba también en uno de los vasares contiguos a la posición de dicha vendedora. Le expresé de forma inequívoca que quería comprar aquellas manzanas, bueno, si no todas, algunas... Kaufen, acheter, buy... Apfeln, pommes, apples... “Het... Het, niet, niet... Warum? Pourquoi? Why? Niet, niet”: ¡¡Que no, que no, y que no!! No hubo manera de sacarle nada más a aquella funcionaria. Las manzanas estaban allí, supuestamente a la venta pero al menos a mí no me las quisieron vender. Uno de esos detalles típicos de la cerrazón de estas pobres gentes totalitarizadas.

En otra ocasión las rusas quisieron llevarme a cenar por su cuenta a un sitio distinto del Hotel Rossia y concertamos vernos a tal hora del día señalado que fuere a la entrada del Hotel Budapest, de la calle Petrovka, no muy lejos del centro y siempre dentro de un radio de andar. Al llegar yo allí a mi hora me encuentro con un impresionante gentío y con las rusas que habían formado cola en cabeza desde dos horas antes esperando ya que se abriera el restaurante con el fin de asegurarse el sitio. Y nadie se quejaba: Era el sistema asumido por todos como lo mejor, o siquiera lo menos malo. Una vez dentro la cena y la sobremesa se desarrollaron en un magnífico y distendido ambiente. En una mesa contigua se encontraban unas conocidas de Larissa con la que intercambiaron algún que otro comentario, creo que referido a mi persona. Durante todo el tiempo hubo música..., y yo, cantarín por naturaleza, cumplí con el grato ejercicio de cortesía de retener la melodía de alguna de las piezas e intentar ejecutarla. Había una, en especial, que decía algo así como “Nie minute pacuoia”... y que Larissa, muy impuesta en el tema y muy dada a la sentimentalidad, me dijo que se trataba de que el protagonista expresa “no poder vivir ni un minuto más sin la presencia de la amada”. Como verá el lector, de una candidez enternecedora. Pero aquella gente disfrutaba de lo lindo. Cuando más o menos todos acabamos de cenar y discurría la sobremesa vino el turno del baile. Yo

hice lo que pude por dejar bien alto el pabellón hispánico de la improvisación y de los recursos pues ensayé algunas secuencias de esas danzas cosacas... o no cosacas, en que el bailarín se queda en cuclillas sobre un solo pie, estirando el otro hacia el frente y alternando. Me aplaudieron el intento. Antes de marcharse observé cómo religiosamente todo el mundo recogía con sumo cuidado la comida que no se hubiera consumido, y se la llevaban a casa.

Las rusas me hicieron un señalado servicio al prestarme un martillo pequeño, clavos y un paño o colgadura grande con el que tapié el hueco del ventanal carente de persiana de mi habitación del Hotel, todo ello con el consentimiento de la gobernanta del piso y con el gesto aquiescente de otras camareras que se acercaron a ver mi obra. Como se hallaban allí las rusas para explicar el sentido de tal medida “ambiental” [i.e. que yo no podía dormir con luz, etc., etc.] oía yo de aquella gente sus conclusiones aprobatorias mediante los correspondientes “jarashó, Jarashó” (bien, bien), conciliándose con la industria inventiva que yo había instrumentado.

No me podía quedar sin ver el Metro y aunque estrictamente hablando bien podía abstenerme de su uso por tener toda mi incumbencia en el centro turístico y topográfico de Moscú, cuya completa cobertura la hacía yo a pie, las rusas me llevaron a él una vez que fuimos a su piso [ellas solían desplazarse en autobús que también costaba 5 kopecs]. Pocas cosas del mundo soviético han quedado más explicitadas que el Metro de Moscú, ni con mayor consenso respecto de su grandiosidad. Imaginemos que una buena parte de la riqueza de nuestros palacios, de nuestros museos, de nuestras catedrales, etc., y estoy hablando de cuadros, lámparas, trabajos de orfebrería, estucos, vidrieras, bronces, bajorrelieves, repujados arquitectónicos, frisos y paramentos marmóreos y sospecho que hasta criselefantinos, candelabros, artesonados por paredes y techos, estatuas, etc., ... imaginemos, digo, que todo eso se ha trasladado a las galerías y a los vestíbulos del transporte subterráneo, y se tendrá lo más aproximado a una cabal noción de lo que intento expresar. Y ya en disposición de

concebir el bosque, por encima de la posible descripción de los miles y miles de árboles que lo compongan, nos podemos preguntar: ¿Qué significa todo esto? Pues significa que el soviético encarna esa desindividualización subjetiva pero real, en aras de una comunalización objetiva pero virtual; es una forma de hacerle ver que es dueño de todo cuando en puridad no le pertenece nada; es la mostración más portentosa de un sistema, de un procedimiento..., es el “todo para el pueblo”, con la salvedad de que cada uno de los que constituyen ese pueblo ¡no puede ser propietario de nada! Por cierto que ese sentido de lo colectivo, de la disolución de lo individual en la instancia del grupo, tuvo su materialización más obcecada y más rotunda una ocasión en que a la hora de cenar pretendí acceder al Hotel Rossia por una puerta lateral secundaria. Al portero no le cabía en la cabeza que yo anduviera solo [¡qué pena no haber sabido ruso para matizarle eso de “mi polla y yo”, fórmula con la que el concepto de soledad queda superado!...]..., que yo no estuviera dentro de un grupo, y al buen bolchevique todo se le hacía repetirme con insistente exigencia... “gruppe, gruppe”. Lo de menos ahora es precisar cómo le hice ver que mi andar solo obedecía a una opción perfectamente legítima y absolutamente legal. Otro aspecto ampliamente difundido por cualquier visitante extranjero de aquella época y que se correspondía con la verdad era el prácticamente inagotable margen de seguridad personal que se respiraba por cualquier punto de Moscú a cualquier hora. No puedo precisar con motivo de qué exactamente, pero es el caso que una noche, ya de madrugada, me fui a comprobar dicho extremo, saliendo del Hotel y sin dejar la orilla del río hasta la Komsomolsky Avenue, continuando luego por el puente que sirve asimismo de estación de Metro, hasta llegarme a la Universidad Lomonosov, sin nadie a mi alrededor, en la más absoluta y preciosa soledad, para pasearme entre los manzanos silvestres, a la luz neblinosa de unos focos de neón.

Mi primer contacto con las “diébutchkas” o chavalas soviéticas no se hizo esperar, y ello ocurrió al salir yo cualquier día de echar un vistazo de la Beryozka del Hotel Rossia. Extranjero, saliendo de una

“tienda de dólares” (dollar shop) como popularmente, y para entenderse, se denominan estos establecimientos estatales de captación de divisas, pues era sinónimo de amigo potencial y pudiente. Se llamaba María, era alta y supongo que guapa aunque [por ser la inicial de una frondosa cosecha que a partir de entonces recogería, contando con las tres visitas más que en años subsiguientes dedicaría a la URSS]... siempre mejorable. Estuve con ella un par de veces sólo, la segunda vez consecuencia directa de la primera, porque la chica me había dejado un número telefónico; y la primera vez, porque yo tenía un interés sociológico especial en comprobar el grado de autonomía financiera, de independencia social [sobre todo en lo referente a disponer de vivienda propia] que podía concurrir en alguien como María, chavala de 22 años, estudiante, etc. Y descubrí que las condiciones para alguien que pretende disponer de un... pisito propio, para sí, son muy precarias. María casi se me ha borrado: Hablaba un poquito de inglés, como todas las chicas que no descartaban el mercado del alterne con algún extranjero. Además de la vivienda de sus padres, María aparentaba alojarse en una habitación con derecho a cuarto de baño, en un inmueble de vecinos. Y ahora que hablo de cuartos de baño, aprovecho para recordar la tremenda economía de espacio habitable que el Estado socialista soviético imponía a sus ciudadanos. Donde esta carencia de amplitud cobraba una manifestación más palmaria era precisamente en el cuarto de baño donde, sin embargo, era posible servirse de las diversas prestaciones esperadas con sólo aplicar un mismo adminículo a varias funciones. Recuerdo que el grifo de manguera que servía agua al lavabo, también lo hacía al baño –tina, más bien– con sólo girarlo; y que mediante otro tubo de goma fácilmente adaptable se podía usar de ducha. No creo que todo ello, junto con el inodoro propiamente dicho, estuviera dispuesto en mucho más de *un metro y medio cuadrado*. Las puertas necesariamente, o bien tenían que abrir hacia fuera, o eran correderas del tipo de panel deslizante.

Pero donde se produjo la “highlight” de mi estancia fue en un singular encuentro. Había salido yo del Rossia por la noche, después

de cenar, y me hallaba deambulando por las superficies arboladas de cerca del malecón Moskvoretskaya... De pronto, veo que vienen enfrente de mí... tres chicas, nada menos. Era imposible evitarse porque en ese momento acaso fuésemos los únicos cuatro viandantes por aquel lugar. Venían habladoras, festivas, muy alegres, y muy con ganas de satisfacer su curiosidad. Fue prácticamente nada lo que tuvimos que hacer para encontrarnos intercambiando las inevitables frases de despegue hacia las cotas de la intimidad. Se trataba de Valentina, Svetlana, y Ana, tres amigas que venían de dar una vuelta y se dirigían a no sé dónde, probablemente a casa de una de ellas. Ana era rubia, Valentina morena y Svetlana castaña, al menos por la tonalidad que –natural o no– mostraban sus cabellos. Exploté a conciencia el tema de las canciones: Por aquella época sonaban también mucho en Moscú soniquetes discotequeros españoles como “La playa estaba desierta, / el mar bañaba tus pies”... Empecé por ahí y derivé a un sin fin más de ritmos clásicos y universales, además de españoles. Fue un impacto pleno, de esos que no admiten desperdicios. Hablaban un poquito de inglés, lo suficiente. Me llevaron al piso de Valentina, que era la mayor de las tres, con alrededor de 30 años. Svetlana, la más joven, tenía 22; y Ana, 25. Valentina estaba bien relacionada y disponía de un apartamento que, para standards soviéticos, suponía un lujo. Me pareció entender que era secretaria de una Agencia de apuestas de carreras de caballo y cosa así. Surgió el tema del amor, y con mucho tacto, aunque con regocijo por parte de ellas, quedamos en que me podía acostar con las tres..., una detrás de la otra..., y que les haría un regalo conjunto de 100 \$, si bien en aquel momento sólo llevaba en el bolsillo setenta y tantos, y lo comprobé allí mismo con el fin de dar a mis palabras una carga total de veracidad. Valentina fue la primera y... me encantó. Era la más callada: Sólo sonreía y se había limitado a no contradecir lo que de ella me participaban sus compañeras más parlanchinas, a saber: Que estaba divorciada [como la inmensa mayoría de las mujeres soviéticas de menos de 40 años], y que era muy buena amante, como animándonos a que comenzásemos el recital. Valentina me encantó:

Discreta y prudente, se desnudó con pudor y respondió a mis besos con una exquisita y reduplicada entrega. Salí de estar con Valentina vestido y lavado, y me puse a charlar un ratito..., como si no hubiera pasado nada. Decidieron que pasara Svetlana, y así fue. Aquella chavala me comió, me zarandeó. Era la más robusta de todas ellas..., y lamenté que mi proverbial incontinencia no le hiciese los honores. Por sus amigas me había parecido entender que se había divorciado hacía unos meses, y que prácticamente desde su separación de su marido no había estado con varón alguno. Me maldije una vez más por no poder cumplimentar de la forma debida a mujeres así, de tan excepcional talla. Cuando salí de estar con Svetlana.... Ana se había tenido que marchar. La esperaban en su casa y no quiso demorar más. Su encuentro conmigo, en todo caso, hubiese sido *entonces* problemático. Yo hubiera necesitado una hora por lo menos de total relajación para haber celebrado con ella. Expresé mi disgusto, exacerbando mi frustración por no haber podido estar también con Ana. Nos habíamos intercambiado ya direcciones y habíamos quedado en vernos en cuanto que yo regresara de nuevo a Moscú otra vez, otro año, que me prometí que sería el siguiente en 1977. Les dije que tal y como les había ofrecido, y aunque sólo había estado con dos de ellas, y en gesto de buena voluntad, que estaba dispuesto con toda conformidad a completarles mi regalo hasta los 100 \$ pactados, y puesto que Svetlana vivía en una parte de Moscú, para ir hacia la cual le cogía de paso el Hotel Rossia, concertamos que se viniera conmigo en el taxi, que se esperase en la puerta unos minutos mientras yo subía a mi cuarto y recogía el dinero. Así lo hicimos: Llegamos al hotel, quedó el taxista enterado de la maniobra, y tan pronto como me fue posible regresé con los veintitantos dólares restantes. Svetlana me pareció más preciosa y más joven que antes: La verdad es que se quedó contentísima al comprobar mi inmejorable disposición de ánimo en todo lo que había constituido nuestro encuentro. Nos prometimos encontrar cuando fuere, y se marchó con el taxi al que yo previamente aboné toda la carrera hasta el sitio en que Svetlana lo dejase. Desde aquel instante no se me fue de la cabeza la idea de tirarme a Ana, la

tercera de mis amigas, y que por limitaciones ineluctables se había ido... viva! Por el simple y brutal hecho de no haber podido cumplimentar nuestro proyecto de estar juntos, Ana se destacó ya desde aquel momento en adelante como la asignatura pendiente de aprobar en mi recién estrenado curriculum moscovita.

Mis días de vacación estaban iniciando la cuenta atrás de sus horas..., y ya sólo se trataba de ordenar las ideas, replegarse uno en las vivencias de valor con que se hubiese encontrado, y tomar nota para próximas y siguientes excursiones. Una cosa quedó clara: Y es que entre los hoteles Rossia e Intourist, en todo aquel espacio de ciudad, se encontraba el corazón, la verdadera sala de máquinas de todo el imperio soviético. Conociendo aquello se llevaba uno, turísticamente hablando, la visión más de compendio que se pudiera ofrecer a un visitante de la Europa occidental.

Creo que fue la noche antes de regresar cuando me fui un poco así, libre y conscientemente, de caza al tramo de acera de la calle Gorki [¡cómo me acordaba de su novelita *Varenka Olésova!*] entre los hoteles National e Intourist. Era tarde. No contaba con que a tales horas hubiere ninguna chica paseando por allí. Los servicios de restaurante habían cerrado y... Pero no hago más que cruzar la calle cuando me encuentro con una chavala a la que, busto y cara captados en ese asedio instantáneo y de compendio, juzgué en extremo atractiva, con un gesto en el que me pareció adivinar algo de desencanto o desazón o impaciencia... como por querer rematar la velada y no haber encontrado pareja. La abordé... No se me olvida: Hizo un mohín como de reproche, de desconfiada insatisfacción. Probablemente a mis casi cuarenta años le parecí no el italiano guaperas veinteañero, ni yo sé qué paradigma de príncipe azul nórdico. Pero nada más comenzar a hablar, en cuestión de segundos se tranquilizó. La dije que era español... y que me hubiera gustado saber que la iba a haber encontrado con el fin de haberla traído un regalo regio en consonancia con su simpatía y con su belleza. Me dijo, así, un poco por probar mi deseo de estar con ella... que si estaba dispuesto a

darle 50 \$. No sé la cara que puse pero sí recuerdo que quedó convencida de que me sobraban ganas y dinero. Pasó un momento al Hotel National, compró una botella de espumoso y nos metimos en un taxi camino de su alojamiento. Se trataba de una habitación: el baño estaba pasillo adelante y me encareció que no hiciese ruido porque había vecinos. Así, como si nada, pero asegurándome que lo veía ella, dejé en una mesita los 50 \$ y me hice el desentendido. Se llamaba Olga. Celebramos los dos nuestro encuentro, más que con la botella de espumoso que se aprestó a descorchar nada más llegados a su modesta morada, con las mostraciones de cariño y de mutua aceptación que tan activamente compartimos. Aquella criatura me ilusionó. Cuando me despedí de ella me aseguró en su inglés elemental que yo era “a good man”, “a fine man and a gentleman”... y también “a good lover”...

Mi vacación en Moscú había terminado. Mi primera cala en la URSS había concluido. Las rusas, Angelina y Larissa, me acompañaron al aeropuerto Seremetievo. La parte del hall de salida de nuestro vuelo estaba lleno de chavales uniformados que resultaron ser el grupo de “La Ciudad de los Muchachos”, con sede, creo que en Orense, Galicia, y que habían actuado en Moscú. Esta circunstancia hubiera resultado perfectamente baladí de no haber sido por el hecho fortuito de que en el avión me tocó de vecino un thailandés, que era precisamente el médico naturista-acupunturista de los chicos. Aquel detalle puso su cuota de impulso en la dirección de mis curiosidades turísticas y en mis deseos de conocer Tailandia [que se materializarían a finales de 1983, con un primer viaje al que seguirían casi una docena más de ellos en el curso de los años]. Vinimos todo el camino charlando y bromeando. Me escribió en su lengua la versión única de las típicas frases y picardías en español: Decidor, jovial y chancero, vio que yo no me quedaba atrás en capacidad de bromear, y aquello se transformó en un pugilato de chascarrillos y donaires. Las sufridas y educadas azafatas del Tupolev tuvieron que aguantar la tanda incesante de chocarrerías que les espetábamos: Yo le decía a una azafata rubia, y muy atractiva por cierto, que el thailandés me había confesado *a mí* que ella le gustaba mucho... “poom shaap kun”,

recalcaba yo, pero que él no se atrevía a confesarlo. La disciplinada chica hacía gestos de amable complicidad, que estoy seguro que querían decir que no esperaba haberse encontrado con un par de payasos tan cualificados. Mi amigo se llamaba Prasob Heng, y en el mismo cuaderno en que conservo las frases que me escribió Larissa, junto con otros apuntes fruto de mi iniciativa, aparecen asimismo las locuciones de cortesía y picaresca del thailandés, médico acupunturista de ocupación, y cachondo mental supurante en sus ratos libres. Un delicioso final de viaje.

Fahtma: El Cairo (Egipto); empleada de Camst Viaggi: Roma (Italia). Navidad-Noche Vieja, 1976

Se trata de las fechas navideñas de 1976 y el comienzo de 1977. En mi formato laboral –funcionario docente-investigador de Universidad, como soy– eso que *sensu lato* se entiende como “vacaciones”. Justo en mis cuarenta años. En lo que yo comenzaba a considerar como niveles o cotas viajeras alcanzables, detrás de mí quedaba ya la mayor parte de Europa; la América del Norte (USA y Canadá), y el sector del África nor-occidental transitado con ocasión de mi bien reseñada expedición al Sahara y al Níger. No era poco. Ni mucho, a decir verdad. Era lo exacto para constituir una pequeña plataforma válida desde la que articular la perspectiva, dirimir las opciones, y discernir las preferencias. ¿Por qué, entonces, Egipto? Como en tantos otros episodios, para el momento en que me he puesto a escribirlos no obraba ni en mi memoria ni en mi documentación una referencia concreta relativa a razones o pretensiones. Algo sí tenía muy claro. Y ello era que puesto que el viaje lo iba a llevar a cabo enteramente con Alitalia, a mi regreso y antes de llegar a España intercalaría una estancia, acaso cortísima pero suficiente, en Roma con el fin de dedicar a la “Ciudad eterna” una cuota monográfica de concernimiento, y saber a qué atenerme. Quiero rescatar ahora el sentimiento indudable de que por aquellas épocas se viajaba ya muchísimo en avión; pero la proporción entre rutas e índices ocupacionales de las flotas de la mayor parte de las grandes compañías permitían aún cierta flexibilidad con el juego de fechas de los billetes, que de forma inmediata y directa repercutía en la comodidad del viajero para diseñar sobre la marcha la duración de sus estancias y hasta la modificación de sus trayectos dentro de un amplio organigrama de oportunidades.

Digo esto porque lo único que me consta de aquel viaje, en lo tocante a la materialidad de fechas, es que tuve necesariamente que obtener un billete para volar a El Cairo desde Madrid, con escala técnica en Roma, y con Alitalia en todo caso; y que el regreso,

también previsto para volar con Alitalia, lo dejé abierto sin mayor problema. Por aquel entonces los de la agencia Meliá, tanto en Alcalá de Henares como en Granada, se encargaban de la pequeña infraestructura administrativa de mis viajes. Y fue a través de ellos como reservé mi alojamiento desde España. Si me estoy aplicando por justificar y cubrir mediante viñetas más o menos de urgencia unos cuantos episodios viajeros de la década de los setenta es por evitar que los menguados datos con los que todavía cuento puedan desasirse de la plataforma de mi retentiva y volatilizarse por entero, dando al traste la apoyatura material, básica, mínima, de los correspondientes reportajes.

Hay países en los que, nada más pisar, siquiera sea por su vía de acceso más proverbial, los aeropuertos, puede uno compendiar de unos cuantos vistazos lo más significativo de su sociología y del lugar que ocupan en una posible escala de valoraciones. El aeropuerto de El Cairo era un sitio más, acaso selecto, acaso convencional, donde se retrataba la sociedad de este país cinco veces milenario o más... Por cada oficial cetrino portando uniforme, una legión de desharrapados, barbudos, chilabosos y sandaliosos. Tal parece ser la proporción despiadada. Mientras se nos inspeccionaban los pasaportes y las rutinas de rigor de todas las llegadas a un aeropuerto internacional, y más si se trataba de “zona caliente”..., mientras esperábamos “por allí”, me fijé en un tipejo, vestido con un traje verde chillón, pantalón de bajos acampanados y con calzado de tacón alto tipo botines, que se paseaba con aires de suficiencia, sabedor de que la realidad que se encarnaba y se materializaba en él, la realidad de poder pasearse con aquel traje horriblemente charro y macarra, verde..., eso y lo que pudiere ser y que él supiese, estaba posibilitado por el pulular de toda aquella otra escoria humana, carne de derelictos, trasmundo. Con la excepción de la breve y tan anecdótica cala en Estambul cuatro años antes, el Medio o Cercano Oriente me era desconocido. Me hacía cargo, eso sí, de la inexorabilidad de ciertas reglas por las que se regían las prestaciones turísticas de sitios así, a saber: Todo lo que no fueran los emporios de cinco estrellas de los hoteles de las grandes

cadenas multinacionales (Hilton, Meridien, etc.) podía considerarse cercano a la basura. En parte porque no quería gastarme el dinero a todas luces asumible y costeable por los prebostes y las empresas petrolíferas para sus ejecutivos; en parte porque quería huir del ambiente estereotipado que supone un hotel de 5 estrellas de estas características, esté donde esté, sea la 5ª Avenida de New York, o sea el país más cutre y salvaje de África; en parte porque el descenso de alguna estrella no me pareció constitutivo de ningún cataclismo, por lo que fuera o fuese, el caso es que contraté la estancia en el Hotel Le Nil, un cuatro estrellas en la margen derecha del río, con estupendas vistas.

El primer día lo debí de pasar inspeccionando... las existencias. Desde fuera todo parece ser un poco de mito respecto de Egipto. En unas notas escritas sobre un papel con membrete "On board an Alitalia jet" [necesariamente, en mi viaje de regreso] aparece esto: "El primer día de hotel tuve que compartir el cuarto de baño, en un tipo de habitación doble con antesala. Horrible". He copiado al pie de la letra el apunte, sin poder aventurar ningún detalle más. Tuvo que tratarse, por supuesto, del primer día, por razones de fuerza mayor, de forma que a partir del segundo la situación se normalizaría dentro de lo posible. Mi nueva habitación era espaciosa, cubierta por esa clase de alfombrado muy transitado, muy trillado, muy de batalla, sobre el que se pasa una escoba o un aspirador muy de tarde en tarde. Nada más instalarme me apercibí de grandes depósitos de pelusa prácticamente por todas partes. Llamé a los criados, unos hombrones barbudos e indolentes, vestidos con esas túnicas de color ala de mosca o panza de burra, acamisonadas. Les dirigí hacia donde se parapetaba la guarrería, los depósitos de pequeños detritus, pelusa y polvo, hecho ya rollos, bolas..., y los tíos con aire de extrañeza, y un poco así, como a regañadientes trajeron unos escobones y fueron reuniendo con parsimoniosa pesantez toda aquella broza almacenada impunemente. Hotel de cuatro estrellas, no se olvide. Increíble pero cierto. Ese primer día quiero recordar que lo consumí ajustando mi retina y los compartimientos de mi cerebro a la observación, desde mi hotel de

una sección de los casi diez millones de cairotas, en un país que ya sobrepasaba los 40.000.000 de habitantes. Egipto, entre el fanatismo belicoso de los menos de cuatro millones de libios, por el oeste, y el pasotismo adinerado de la Arabia Saudí, al este, era el perfecto parachoques de las irreprimibles ganas expansionistas de los israelitas, contra los que llevaban ya 9 años de guerra, y a los que habían tenido que ceder todo el Sinaí. Un gigante depauperado perdiendo batallas contra un recién nacido furioso. Yo percibí una colosal demagogia esgrimida contra todos aquellos desgraciados desheredados. Lo mejor con lo que habían contado era Nasser, el de la batallita nada menos que contra Francia e Inglaterra. De aquel bofetón en plena cara que le dieron, sólo como aviso, el pueblo había heredado la típica gaseosa del nacionalismo, mientras que al forastero turista todo le resultaba muy claro; o sea, que si salieron del régimen de los reyezuelos y pachás gordinflones y corrompidos (Farouk, por ejemplo), ahora tendrían que hacer su travesía del desierto no se sabe cuántas generaciones hasta dejar de ser un país de harapientos. Como si el peso de la historia gloriosa de los faraones hubiese consumido de por vida cualquier otro resurgimiento. Recorrí el hotel. Desde su terraza se divisaba un buen trozo de Nilo, y un buen segmento de la ciudad. Tremendo. Ya lo dije: 10.000.000 de individuos allí metidos. La imaginación no dejaba de afanarse por compaginar épica histórica, grandiosidad del pasado, con realidad trivializada del presente: de Keops, Kefrén, Micerinos..., pasábamos a los personajes políticos ya mencionados. Ahora gobernaba Sadat, el más sensato de todos, el más pro-americano de todos. A ver, a la fuerza ahorcan. Los USA necesitaban el petróleo del Sinaí, bien en manos egipcias, o en las de sus aliados naturales, los israelitas. Nasser en opinión de algunos fue el típico bla, bla, bla, peón de la URSS y víctima de las grandes potencias. Si todo el dinero gastado en hacer la guerra infructuosamente a Israel lo hubiese empleado en servicios públicos, Egipto sería otra cosa. Desde la terraza del hotel contemplo lo que parece ser el entrenamiento de algunos nadadores tragamillas. Ahora comprendo mejor, que Egipto haya proporcionado algún que otro

atravesador del Canal de la Mancha y del Estrecho de Gibraltar. Parece que se tiran al agua en una dársena, plataforma o embarcadero frente al Semiramis Hotel, cerca del puente El Tahrir, ascienden contra corriente diez o doce kilómetros y vuelven a bajar. Por lo que pude observar se trataba de un entrenamiento a lo bestia, en un medio natural carente de sofisticaciones.

La primera noche cené un buen pescado en el comedor del Hotel: los maîtres, uniformados de alta etiqueta, sudando la gota gorda. Yo no quería pensar en las manos ni en las actitudes de todos aquellos, cocineros o no, pinches o no, a través de los cuales había adoptado la forma final todo lo que nos estábamos comiendo. Sigo informándome bajo cuerda pero de manera inequívoca sobre las disponibilidades que conceden allí las costumbres. De momento, el legalismo puritano no permite subir huéspedes a las habitaciones. Lo veo escrito y me lo confirman. En mi caso el tema concreto es el de coger a alguna descendiente bonita de Cleopatra y subírmela a follar. No parece posible..., y además de no parecerlo tiene todos los visos de *n o ser* posible. Primer conato de frustración. Con todo, di por superado mi primer día en Egipto.

La segunda jornada el panorama se me despejó. Recuerdo que especulé con la posibilidad de contratar a alguna guía especializada, y visitar con ella la parte del Alto Nilo, Assuan, por ejemplo, y los puntos que más se destacasen por su significación. Descarté tal posibilidad al percatarme de que ciertos servicios llevarían emparejados las típicas servidumbres de pagar por un día entero de compañía cuando en estos casos, pasadas las primeras rondas o ratos de comunicación, el interés decae en progresión geométrica. Tampoco guardo el registro concreto sobre cómo trabé conocimiento con Ahmed, un joven taxista que hablaba algo de inglés, lo suficiente para el trapicheo expresivo de los asuntos esenciales. Probablemente fuese a través de algún empleado del Hotel Le Nil, que me lo recomendará. Acaso, quiero recordar, lo vi estacionado, me acerqué, comenzamos a hablar y consolidamos nuestro pacto de ayuda mutua. Se trataba de un

muchacho despierto, intuitivo y respetuoso, dentro de los parámetros comparativos que permitía el país. Nos dimos el aprobado. Ahmed celebró mucho que yo le pagase en dólares USA, ya que él sabría potenciarlos convenientemente, sobre todo porque al menos en teoría en Egipto el mercado negro no estaba permitido, y la tenencia de divisa extranjera era prácticamente inviable para los nacionales de a pie. Quedamos en que con toda flexibilidad Ahmed se dedicaría en exclusiva a mí los tres o cuatro días más que yo pensaba permanecer en El Cairo; que yo le pagaría al final de cada jornada, en razón de las horas, o simplemente conjuntando en una cantidad global todos los servicios. Quedé muy complacido del acuerdo, y todo lo que a continuación sucedió vino a corroborar aquella primera impresión. La estrategia consistía en tomar el taxi por la mañana, visitar turísticamente los lugares que procediera, comer en algún sitio, devolverme al hotel de forma que yo pudiera descansar, lavarme, etc., y por la tarde otra sesión de la intensidad y forma que conviniera. En total, no creo que nunca contabilizáramos más de siete horas al día que podrían pasar como jornada laboral completa. Ahmed se liberaba de callejear a la caza de clientes, cobraba generosamente en dólares y... bien para él. Por mi parte encontraba a Ahmed avisado, razonablemente culto, perceptivo, deferente, y con cierto conocimiento de otros ambientes europeos, como Italia, y creo que Grecia, donde había trabajado como peón algún tiempo. Por lo tanto, bueno para mí. Diseñamos la estrategia turística y puesto que había que hacerlo, cuanto antes, mejor...

Me refiero a las pirámides. Lo más llamativo de estas construcciones es que las rampas de ascensión progresiva hacia el vértice final son algo muy distinto de la superficie aparentemente lisa que nos invitan a imaginar las reproducciones impresas y las fotografías. Se trata de pedruscos cuadrados, moles paralelepípedas, erosionadas, descascarilladas, mordidas. Todo el lugar de las pirámides, como se puede uno imaginar, está superpoblado de viajeros, turistas armados hasta el sofoco y la extenuación de aparatos tomavistas, artilugios filmicos a cual más sofisticados y potentes. Pero

lo que hace de aquel sitio una experiencia incambiable es la legión indiscriminada de guías, supuestos mentores, cicerones, todos ellos en chilabas deslustradas y sucias, todos impertinentes: Lo que se dice, una plaga; le asaltan a uno, le persiguen, no cesan, no permiten que uno pasee a su gusto por allí, despachándose las dosis de contemplación que mejor le plazcan. Son un engorroso agobio. Ahmed, el hombre, fue leal a mí, ayudándome a ahuyentar a espontáneo tras espontáneo que se empeñaban en orientarme por los sitios que yo podía ver por mí mismo. Una experiencia. Luego me llevó a la Esfinge. Estaban de reparaciones. Desde luego que aquellos tíos de alrededor de tres mil años atrás montaron un tinglado en toda regla, y la teoría de los vasos comunicantes o la búsqueda de la nivelación hacía comprensible que su factura en *historia humana* la estuvieran todavía pagando sus paisanos de finales del siglo XX. ¡Qué gastos no harían, en qué fastuosidades de vida no incurrirían los egipcios de nuestra leyenda, de nuestras novelas, de nuestro cine, como para haber dejado hipotecados durante siglos y siglos a sus descendientes! A lo largo de nuestro recorrido Ahmed y yo tratábamos de hablar de todas las cosas de mi interés. Yo procuraba ajustar la balanza de sus valoraciones en su justo medio, pues la tendencia natural del nativo complaciente, que quiere aparecer como culto y progresista a los ojos del turista extranjero, es la de agudizar la percepción crítica de las cosas de su casa. Por ejemplo, me decía que el país vivía exactamente igual de mal o peor que en la época del rey Farouk. El mito de la presa de Assuán era eso; un mito. El *humus* depositado que dejaban las anteriores inundaciones periódicas ya no existe y la tierra se va gastando. Si Israel destruyera la presa de Assuán –me aseguraba Ahmed– medio Egipto perdería la vida directa o indirectamente. Bueno, pensé, he aquí una forma de ver las cosas.

Probablemente aquella mañana con Ahmed la termináramos visitando *el* palacio o en todo caso uno de los palacios de los pachás: Allí las camas aparecen rodeadas de una tela metálica a modo de mosquitero. Algunas paredes, con pinturas preciosísimas de mujeres árabes. En mis notas tengo reseñado: “La cena, buena, en el

restaurante popular donde comí arroz”. Creo referirme a ese primer día que de manera lata lo dediqué al tributo convencional y esperado de la visita de los “monumentos turísticos” por antonomasia.

El segundo día con Ahmed quise imprimir un sello más personal y “por libre” a mis andanzas. Le pregunté si podía poner rumbo a Alejandría porque me hubiera encantado conocer la patria de... tantos nombres; comprobar si quedaba algo que pudiera inferir el ambiente que suscitara a Lawrence Durrell su celeberrimo *Quartet...*; rastro de Kavafis, olores de la mítica biblioteca, señales del Faro..., y cualquier cosa que en semejantes trances expansivos y despreocupados se injerta en la conciencia del viajero para formar la argamasa de esas instancias iniciáticas e intransferibles del propio criterio. Pero la policía interrumpió nuestro pretendido viaje nada más traspasado el cinturón de El Cairo, pretextando que se trataba de “zona restringida”. El país, por si no lo recordábamos, se hallaba en estado de guerra “fría” y latente, aspectos sobrados de justificación como para impedir que un turista por libre merodease a su antojo figoneando lo que no procedía.

Aquella jornada la dedicamos a transitar las calles, dejándome yo anegar del espectáculo de la vida real. La regla respecto de los hoteles parecía cumplirse a rajatabla: Fuera de los de lujo lo demás era una pura cochinada: Por el exterior parecen algo, pero por dentro se caen a pedazos, faltos de conservación. Ahmed me metió por los barrios marginados: También la misma canción, el mismo problema demográfico: Las pobres gentes tienden a abandonar el campo e incorporarse a las grandes urbes, agarrados a sus miserables cinturones de suburbios siempre en expansión, como garrapatas luchando por asirse a la piel del animal en el que se alojen. Me iba fijando en el mundo de los artesanos, las –por así decirlo– empresas de una sola persona dedicada a cualquier menester manual. Mucha indolencia; mucha guarrería, como correspondientes a colectivos concentrados en espacios de gran saturación humana. Mucha basura por las calles. Los autobuses sobrecargados hasta límites de película

surrealista. Vimos el gran mercado Jan Jandili y otros mercaduchos más modestos. El tráfico, enloquecido; la situación no da para normativas minuciosas ni regulaciones que se puedan hacer cumplir. Pasamos frente a un matadero de reses y hasta allí vimos encaminarse a distintos carromatos mugrientos, transportando la carne al aire, plagada de moscas y de cualquier bicho volador que sobre ella quisiera aterrizar. Las túnicas, camisolas o chilabas que veía yo puestas sobre los viandantes se llamaban, según Ahmed, “galabeya” para hombres, y “milaya” para mujeres. Pienso que si Egipto de verdad pretende incorporarse al ritmo occidental y a su esfera de influencia tendrá que cambiar su alfabeto al latino. Me enteré de que Albania tenía Embajada, y hasta allí me llevó Ahmed, sólo para entrevistarme con dos funcionarios de cara amoriscada ambos, y uno de ellos exhalando un hedor nauseabundo por aliento, que no me dijeron nada que no supiera yo: Más o menos que España y Albania no mantenían relaciones de ninguna clase, y que de no ser por invitación o en comisión especial no era presumible que yo pudiera entrar. ¡Vaya par de piojosos muertos de hambre –pensé! Al hilo de todas aquellas cosas, y como relleno mental, iba yo reflexionando sobre uno de esos corolarios cruelmente irrefutables; y es que –me decía– hay un primer mundo: América del Norte; Europa industrializada. Un segundo mundo: España, América hispana, etc. Y un tercer mundo: Los demás.

Aquel mismo día, tercero o cuarto de mi estancia en El Cairo, le dejé caer a Ahmed el tema de las chavalas de folleteo, y mi previsión de no marcharme de Egipto sin firmar. Me dijo, no sin alguna vacilación, que le parecía bien; que era difícil [cosa que ya sabía yo], pero que lo intentaríamos. En esta cuestión es obvio que la mutua confianza, la camaradería y el transvase de convivencialidad que había estado operando entre nosotros sirvió para que Ahmed desechara cualesquiera reticencias. Al final de cada jornada ajustábamos la compensación económica y yo percibía la íntima satisfacción de Ahmed al recibir los dólares que fuesen, así por derecho, tangibles. Bien para él que se ahorrraba zascandilear por ahí

en busca de parroquianos. Bien para mí, que confiaba a los servicios de una sola persona de confianza los menesteres dispersos que mi condición de turista me acarreaban.

En mi hotel quise hacer un intento con una sirvienta camarera de mi habitación, jovencita y algo esmirriada, prácticamente la única que vi, ya que los trabajos de limpieza estaban mayormente encomendados a los moracos esos, barbudos y cetrinos, grandazos y guarros de los que hablé. La chavala, de nombre Sonia, era terror lo que tenía porque la vieran conmigo. Podía más su espanto que su deseo. Era una pobre criatura a quien le hubiera encantado acompañarme un rato durante la siesta, eso me constaba. Y cualquier contraprestación generosa que hubiera mediado por mi parte hubiera colmado de todo punto sus expectativas. Pero reflejaba en su expresión el horror que la producía siquiera imaginarse retozando conmigo y verse sorprendida por alguien del hotel. De manera que tuve que desistir por completo lo de procurarme juntamiento con hembra allí, en Le Nil. Por otra parte, en aquellos tres días pasados, intensos, me había dado maña en compactar una buena visión de El Cairo para mis necesidades turísticas y sociológicas del momento. Ahora lo voy viendo más claro: Había salido de España el día 25 después de pasar la Nochebuena en casa, y veía también que lo mejor sería llegar a Roma el 30, y quedarme allí un par de días o tres, recibiendo en todo caso el Año Nuevo. Contaba, pues, con todo el día siguiente 29 de diciembre para estar en El Cairo, reservar mi vuelo y también mi alojamiento en Roma a través de la Agencia filial (o fraternal) que los de Meliá me habían consignado.

El quinto día en El Cairo, 29 de diciembre de 1976, se me presentó como jornada de remate, de atar cabos, de terminar los perfiles. Y todos esos quehaceres se me antojaba a mí que no los conjuntaría sino concediéndome una buena sesión de follar. Lo primero que hice por la mañana fue reservar el vuelo para Roma el día siguiente. El tema del hotel quedó pendiente hasta por la noche en que me dirían los de la Agencia el resultado de sus gestiones. No les puse

topes, con tal de que estuviese en el centro y se tratara de un lugar decente, tirando a bueno. No recuerdo en qué pasé la mañana. Acaso permaneciera en el hotel, escribiendo. Por aquellas fechas me hallaba yo enamorado de la egregia calientapollas de Rosarito, mi compañera de Derecho de Granada, y no me chocaría que la dedicara algún rapto de literatura de los que ella decía gustar tanto. Sí, creo que transcurrió buena parte de la mañana escribiendo, acaso en las hojitas de color crema que me había traído de mi vuelo con Alitalia hasta El Cairo.

Ya bien entrada la tarde nos encontramos Ahmed y yo. La consigna monográfica era que yo quería contactar con un par de chicas guapas, selectas y pegarme una follada intensa con ellas. [Como el lector tendrá ocasión de empezar a observar... ya mismo, la cosa adquiriría dificultades como si se tratara de cuestión sinuosa, apta sólo para desarrollarse conforme a canales y protocolos de gran entidad. Toda una película] Ahmed quería complacerme, sin dejar, por otra parte, que los designios caprichosos de un pudiente y rijoso europeo pudieran pisotear y mancillar irreparablemente sus principios de orgullo respecto de su propio patrimonio espiritual. Yo procuraba tener en cuenta con objetividad la doble incumbencia de Ahmed, su condición de nativo, y su supeditación laboral a mí, que no dejaba de constituir una de las mayores bendiciones con las que el hombre pudiera haberse topado. Pero al mismo tiempo yo estaba decidido a emplear aquella última velada en El Cairo en procurarme conocimiento femenino, a costa de lo que fuera, al precio que fuese...

Comenzamos la caza. Ahmed, el pobre muchacho, estaba lleno de contradicciones, acaso, y como sugerí, fruto y resultado de su deseo de complacerme, y de la realidad de las cosas, que no era otra sino la de que los árabes sauditas, los faldonazos esos motilones, copaban al parecer todos los recursos expansivos y de alterne que El Cairo tuviese que ofrecer. A Ahmed tan pronto se le hacía asegurarme que lo difícil era encontrar un piso franco donde poder follar [porque abundaban las chicas, según él], como lo contrario: Que lo difícil eran

las chicas porque los árabes sauditas las tenían cogidas a todas, etc., etc. Ese tipo de planteamientos a mí me disgustaban, como se puede figurar el lector, porque quebraban los principios inalienables de la lógica; y más que nada porque me reconfirmaban mediante el inesquivable zarpazo de la evidencia, que cuando uno está entre piojosos..., lo más probable es que resulte contagiado. La ley despiadada de los contrastes relativos, y de los absolutos objetivos aquí se me desplegaba ante mi conciencia en toda su crudeza y siniestralidad. El árabe saudí, nadando en petróleo y en dólares, pero no teniendo más que eso... y arena que llevarse a la boca en su país, se trasladaba a Egipto que aunque misérrimo a standards occidentales, representaba entonces el *non plus ultra* de las posibilidades. El tremendo principio de la oferta y la demanda, el “cuentan de un sabio, que un día”... Por fortuna para mí, tenía mucho tiempo, toda una tarde-noche; tenía ganas y tenía dinero. Ahmed, con intención más o menos enaltecedora, me contaba historias acerca de la virginidad de las mujeres, y de las costumbres familiares ancestrales, como la ablación, y cosas así, a las que yo prestaba una atención muy menguada, interesado y preocupado como estaba de llevar a buen fin mi afán. En general, yo me encontraba satisfecho con Ahmed, al que intuía como el mejor de todos los colaboradores con que me hubiera podido encontrar en aquel país abigarrado de pordioseros. Ahmed ensayaba a veces cierta visión, cierta valoración cosmopolita de las cosas por el hecho de haber estado trabajando algún tiempo en Europa. Entenderme con él a veces, sobre todo cuando se trataba de sutilezas, llevaba consigo penosidad. El inglés que tenía yo que emplear no era “broken” sino más bien “torn to pieces”, rebajando trabajosamente mi competencia y poniéndome a la altura de mi interlocutor. Claro que en descarga del bueno de Ahmed, eso me ocurría con prácticamente todo el mundo de entre los subalternos del hotel con los que me había tenido que comunicar..., sobre todo con la camarerita Sonia, a la que, como medio semiótico más inequívoco le mostraba yo la cama, señalizando el menester de extenderse, abandonarse en su horizontalidad.

Ahmed, a petición mía, me instruyó en el uso de algunas frases de aplicación inmediata: “Ismac é?” (¿Cómo te llamas?) “Ismi... me llamo” “Inti halua / Inti gamila: Qué bonita eres”, y pamplinas por el estilo. Me dijo también que “arusa” significaba “mujer casadera”. Seguimos patrullando la ciudad y los barrios donde potencialmente podía hallarse la caza. Fueron muchas las vueltas, y muchas las prospecciones, aliviadas, de un lado, por mi abundancia de tiempo y de recursos; y enconadas por la pertinaz y contumaz resistencia que oponía la realidad. Faldones negros y coronillas de los árabes saudís, por todas partes. Un mito asqueroso éste de la Arabia saudí. Tienen dinero pero no tienen en qué gastarlo, excepto en hacer más dinero y en ser propietarios de campos de arena con petróleo debajo y alacranes encima. Por eso vienen a El Cairo. Siempre he pensado que a estos pájaros lo mejor sería mantenerlos juntos, sin permitirles mezclarse con nadie más. Como en todo, la realidad de la evidencia se imponía. Los USA explotan los yacimientos de los árabes; les dan a éstos buenos dineros que a su vez se los gastan en comprar tecnología y productos a los USA. El círculo completo...

Ahmed a todo esto divisa a una pareja de chavalas con buena pinta. Me dice que va a ver. Le urjo a que concierte con ellas... lo que sea; llevamos dos horas de merodeo y la cosa empieza a ponerse pesada. Ahmed se baja, habla con las dos chicas... tienen buena pinta, sobre todo una, con una corpulencia armónica, morenas las dos, un poco alocadas. Ahmed regresa al coche y me dice que se han citado para dentro de media hora porque las chicas tienen que ir a no sé donde. Bueno, pues a esperar media hora. Busquemos la habitación para tenerlo todo listo cuando nos encontremos definitivamente. Hemos quedado aquí, en el mismo lugar donde nos hemos topado con ellas. La búsqueda de un sitio para acostarse es un infierno de dificultades. Sistemáticamente todos los garitos que parece conocer Ahmed están cogidos, alquilados por árabes sauditas; y además, los precios, muy en consonancia con la realidad de todos estos países en los que del aire acondicionado del hotel de 5 estrellas se pasa al barracón muladar de braceros, los precios, digo, no parecen guardar

proporción con nada, como si estos piojosos desgraciados no tuvieran la más remota idea del valor del dinero. El caso es que no quedamos en nada, no nos da tiempo; así que recogemos a las chicas y los cuatro juntos hacemos un intento en un caserón cuyo dueño, un barbudo viejo vestido con chilaba de color hueso, nos sale pidiendo 50 dólares USA por el alquiler de unas dependencias modestísimas por un par de horas. Ahmed, me consta que con la mejor fe, lo consigue por 40 dólares. Se trata de dos habitaciones separadas, un living y un cuarto de baño, todo pobretón pero, al parecer, lo mejor con mucho que puede lograrse en tales circunstancias. Se me hace ver por vez enésima que los árabes sauditas son los dueños de todo el mercado de la carne, y que pagan el precio que sea..., por lo que sea. Las chicas, me parece entender, hablan con el dueño del piso y por simpatía pide también cada una de ellas 50 dólares USA, una barbaridad, pero ya no estoy en disposición de regatear, y les digo que sí, pero que tienen que follar una vez cada una con nosotros dos; tal es el regalo que le quiero hacer a Ahmed, el cual, al principio, reticente y puritano, no sabe qué decir y... no dice nada; sólo, que me despache yo primero como y con quien quiera de las dos chicas... y que él se quedaría por allí... vigilando.

Me paso a la mejor de las dos, Fahtma y me doy cuenta de que es una preciosidad de hembra, con dos de las tetas más opulentas, compactas y proporcionadas que hasta entonces hubiera yo visto. Es una puta consumada pero respetuosa. Me come la polla a conciencia y la disfruto a tope. Termina con un polvazo. Me quedo hablando un rato con ella, bueno, haciendo que hablo..., diciendo su nombre... Fahtma, Fátima, y ensayando lo del "Inti halua / Inti gamila". Me levanto, me lavo como puedo con agua fría y digo que me pasen a la otra. Llega, menos opulenta que Fahtma, no recuerdo su nombre, no lo llegué a registrar. Pero es agradable, como sabedora de que sus encantos corporales no son de la categoría de los de Fahtma, y tiene que potenciar todo lo demás. Me entretengo más con ella. Es dócil. Celebramos. Prácticamente no hablamos nada. Pero sonreímos. Doy por terminada la sesión. Me levanto, voy a lavarme de nuevo y para

mi sorpresa y complacencia me encuentro a Ahmed por el pasillo, en un sucinto *slip* de color azul, viniendo de lavarse él también. Así que, debió de pensarlo mejor y ha tenido un cuerpo a cuerpo con Fahtma. De todas formas pagaba yo toda la fiesta. Nos reunimos los dos ya vestidos... y ahora ocurre lo más grande de toda la velada. Ahmed me dice que ha descubierto que las chicas son ágrafas, analfabetas totales, y que no saben leer cifras, que no entienden de números; o sea, que no distinguen un *cinco* de un *cinquenta*, y así me dice que les dé a cada una un billete de cinco dólares, he dicho bien, cinco dólares, porque no saben leerlo. Bueno. Así lo hago. Justo castigo para su desmedida codicia. Las chicas lo reciben, se lo guardan, y nosotros nos marchamos. Yo no tengo la culpa de que en estos pueblos de religión “del libro”, en este caso *Corán*, se críe tanta estupidez y tanto desacato al sentido común. En definitiva y en sentido estricto, los 50 dólares USA que he pagado por todo es lo que en justicia entendí yo generosamente que valía la fiesta, repartidos entre el dueño del garito y las chicas como mejor les diera la gana; eso ya no era cuenta mía. Me agradó comprobar que Ahmed probó así lealmente el reconocimiento a mi liberalidad. Fue un botín no desdeñable sobre la solidaridad humana el que mi alma se llevó. Eché cuentas respecto de mi relación con Ahmed y vi que había sido buena. La técnica del taxi para mí solo la encontraba realista y dinámica. Las cosas que vi, las impresiones de la vida corriente no las podría haber realizado por mi cuenta. El coste del taxi, con la gratificación de mi esplendidez, fue algo absolutamente asumible. Me despedí de Ahmed y le deseé la mejor de las fortunas. Contacté con la administración de Le Nil y me confirmaron la reserva de un hotel en Roma para, en principio, las fechas 30 y 31 de diciembre; que luego en caso de quedarme no habría problemas; que pensaban que no me importaría pues se trataba del Palace Ambassador, Vía Veneto 70, “a bit expensive” pero que supusieron que, eso, que “I would not mind”. Pues no; no me importaba. No tenía idea del hotel en cuestión pero no me preocupé lo más mínimo.

Al día siguiente, el de mi partida a Roma, 30 de diciembre de 1976, los mozos de mi habitación y supongo que los que no lo fueran también, más pedigüños y serviles que nunca, más sinuosos e insoportables que nunca, al tener noticia de que me marchaba. Liquidé mi cuenta restando el depósito preceptivo en libras egipcias que el hotel exige, y me dejé llevar al aeropuerto. Allí árabes sauditas, grandazos, sentados y con faldones como tiendas de campaña dobles, montaban sus mesitas, sirviéndose té, rodeados de subalternos y correligionarios, con un aire sencillamente indigesto, de prepotencia, de indiferente sordidez. La cultura “del Libro”, en este caso *El Corán*. Lo dicho: Como para no volver más y dejarlos solos. Con tan sólo una vez sobraba.

Roma se me apareció como un reto. Mis dos anteriores visitas a Italia la habían pasado de largo, por condicionamientos concretos de tiempo y de espacio. Y ahora era mi gran oportunidad de dedicarla una estancia todo lo corta que pudiese ser, pero monográfica, exclusiva. El primer detalle de suntuosidad me lo proporcionó el hotel. Se trataba, efectivamente, del Ambassador, en la Vía Veneto, un cinco estrellas clásico, alojamiento habitual –según me informaron– de los Jefes de Estado extranjeros, altos dignatarios, y destacadas personalidades de la vida pública. Entonces, y de un golpe de imaginación, cobraron sentido las palabras de la señora que se encargó de mi reserva en El Cairo: “It is a bit expensive, you know? We hope you don’t mind”. Pues no; no, señora; no me importa. Más cara me resultaría la mortaja... de eso no hay duda. Los “cairotas” de El Cairo [salta la proximidad con *carota*] se aprovecharían de una buena comisión y... todos tan contentos.

Ese día 30 de diciembre de 1976 en Roma sólo hice tomar contacto con la realidad, pertrecharme de capacidades porque estaba seguro de que iba a emplearlas a tope, y más que hubiera tenido. Seguía yo sin descartar la posibilidad remotísima de poner pie firme en alguna plataforma desde la que un viaje a Albania fuera posible. Una cosa sí tenía clara desde siempre: Y es que dentro de la Europa

Comunitaria, Italia seguía siendo el país que, con mucho, más ascendiente desplegaba respecto de los intereses y las incumbencias de Albania. Italia era la potencia que aquellos desheredados y maltrechos albaneses tenían enfrente, monopolizando todo lo que de modernidad, independencia y progreso pudieran imaginarse. A través del Adriático, Italia era la tierra de promisión, la gran superpotencia. Y así, necesariamente, era también Italia la que administraba cualquier posibilidad realista de organizar visitas a Albania. En realidad, y sacado de alguna revista, española o extranjera, probablemente *Triunfo*, llevaba yo el anuncio de Camst Viaggi. Agenzia di Roma, Vía Guattani 9, supuestamente especializada en la organización de visitas en grupo a Albania. Para regalo mío aquella calle se hallaba bastante cerca de la Vía Veneto. Han trascurrido más de 21 años, y la fijación de los detalles se ha ido deslizando hasta ese ámbito típico de la vaguedad y del desdibujamiento. La Vía Veneto la recuerdo haciendo un doble viraje y en cuesta; y aquella Vía Guattani creo que estaba en la parte de abajo respecto del Hotel Ambassador. Aquella agencia de viajes se trataba de un establecimiento de aspecto y de dimensiones nada ostentosos. Eran ya cerca de las 20:00 pm. pero tenían abierto. Comenté e indagué las cuestiones convencionales sobre la posibilidad de que alguien como yo, desde España, pudiera enrolarse en alguna excursión que ellos gestionasen desde Roma, y ese tipo de cosas. Me confirmaron, en efecto, que sí; que el dato que obraba en mi poder sobre su “especialidad en viajes a Albania” era correcto; que lo habían realizado anteriormente, pero que en la actualidad se habían suspendido indefinidamente, “*sine die*”, debido a dificultades en la política interna de Albania. Lo típico, lo socorrido que no por ser cierto dejaba de ser menos decepcionante.

Pero las cosas guardan a veces acordes insospechados que poco o nada pensamos que tendrían que ver con la partitura prevista. Italia es todo: Forma, substancia, imaginación. Una de las dos chicas, empleadas, tal vez dueñas, de la Agencia me impactó subitáneamente, nada más verla. Era un paradigma de alabastro en su piel, de morenía en su pelo, de proporción en sus mensurabilidades. Agónicamente

bonita, esplendorosa en la dejadez tan natural, tan asumida de sus dintornos, de la organización eurítmica de sus atributos. Me colmó la vista y el deseo, y el alma; pero más que en actitud militante de conquista, como la última thule donde hacer descansar para siempre todos los destinos de mis previsiones; todos los nirvanas de mis transcendencias... ¡Oh, sí, Italia era forma, imaginación, entidad, plasmaciones vivas portadoras cada una de esa cuota imperecedera de estética asumpta! Aquel torso, aquellos hombros, aquel místico alabeo de su regazo, aquella parsimonia suficientemente activa de su gesto y de su palabra..., ahí, en ella sentí yo inequívocamente que residía la eternidad, que se hacían fuertes todos los resortes de la gloria y de la catapultación a ámbitos señeros en su opulencia beatífica, en lo iniciático de su acendramiento. Ni siquiera la pregunté el nombre, ¿para qué? si ya pasaba a constituir dato primordial dentro de mi historia, de mi intra-historia, de mis ansias irrenunciables de eternidad, de mis centrifugaciones teleológicas. Salí embriagado, ungido en signo más, circundado por el enaltecimiento. De todo mi pasaje sobre Roma esta anónima criatura constituyó la cúspide y el mirador de mis afanes y de mis referencias, y por eso así aparece co-justificando el título de la viñeta.

Después de mi indagación en la agencia Camst Viaggi y de mi impregnación a expensas de aquella egregia *ragazza*, me di una vuelta por las tiendas de los alrededores, en busca de camisas “Arrow” con los picos del cuello largos y abotonados. No las tenían pero el camisero de uno de los establecimientos se ofreció a hacérmelas en cosa de 24 horas..., menos, si teníamos en cuenta que el día siguiente 31 de diciembre y último del año las tiendas deberían cerrar bastante antes. No lo vi claro y desistí. Las prisas sólo podían generar problemas, el más tipificado, por ejemplo, el de que hubiera que retocar algo y no hubiera tiempo material, y, o bien habría tenido que llevarme algo contrario a mis expectativas; o bien, la cosa hubiera desembocado en disensión e incomodidad. Con todo, apunto el dato como indicativo del carácter emprendedor del comercio de ciertos sitios. No es maravilla que Italia, a pesar del circo en que tiene

convertida su vida política, fuera uno de los fundadores de origen del Mercado Común; que en 1976 ocupara el puesto cinco o seis en el elenco de todos los países industrializados del mundo, y que la iniciativa –sumergida o no, pero siempre personal, autónoma– de sus ciudadanos supusiera el 25 % de toda la producción. La actitud del tendero de aquella camisería, probablemente de la Vía XX Settembre, me confirmó las razones por las que algunos países medran y otros se quedan estancados.

Esa noche ya, antes de recogerme, me fui a un restaurante cerca del Hotel y me comí un succulento plato de spaghetti. Lo digo con intención marcada porque un dato de significación tan accesoria al menos tendía a contrarrestar lo que hasta entonces había entendido yo como regla general, a saber: Que todas las demás veces que en Italia había decidido yo comer pasta [con la excepción, acaso, de la lasagna de Venecia que justifica en otro lugar una viñeta de viaje; y de lo que comiera en Trieste], ninguna se había destacado por su excelencia. Todo lo contrario. La pizza de Lino's, de Kingston, Ontario, Canadá, seguía siendo el referente a batir e imbatido. Algo semejante a lo de encontrar buenas “paellas valencianas” en cualquier parte excepto y/o además de Valencia. Es una pena que no guardara una servilleta, la factura, o algún papel con la dirección de aquel restaurante sin pretensiones, pero que me sirvió, regado con un buen vaso de vino tinto, uno de los platos de spaghetti más exquisitos que yo pueda recordar. Quizá se tratara de la calle Corso d'Italia, con la que la Vía Veneto por arriba limita su curso, ya contiguo al verdor de Villa Borghese.

En el Hotel Ambassador, en mi habitación, me percaté de que la ropa de cama era de primerísima calidad. Las sábanas, como de lino purísimo, inmaculadas holandas. Ahí radicaba uno de los secretos del precio por las cinco estrellas. Yo tengo la, ni buena ni mala, la... simple costumbre de la limpieza; pero penetrar en aquella cama, acogerse entre sus valvas no podía cumplimentarse así sin más, por las buenas; necesitaba poner en marcha un pequeño protocolo con

voluntad de ceremonia. Me volví a duchar, hice uso de los ungüentos que el Hotel proporcionaba; o sea, que me apliqué el agua de colonia y la crema pertinentes por mi cuerpo, amén de la higiene rutinaria de la boca..., y así, ungido en urbanidad fue como únicamente me atreví a extenderme dentro de la cama. Ya en mi posición horizontal, los giros de costado, los merodeos que con los pies o con las piernas enteras llevara yo a cabo por la superficie cuadrangular, me proporcionaban un suavísimo confort, una conformidad conjugada de lo bueno y de lo bello y de lo agradable; una piadosa voluptuosidad, un hedonismo de colegial. En esos trances se piensan muchas tonterías, se hacen cábalas mediante las aptitudes siempre dispuestas de un cerebro despierto y que no renuncia a nada. Echaba yo cuenta mentalmente de los miles y miles de liras que aquello me costaba, y me entretenía en encontrar el correspondiente justificante de cada tánta o cuánta cantidad por cada patadita, por cada exploración de la textura de las sábanas que yo hiciera con mi cuerpo; por cada caricia que dispensara aquí y allá a la almohada, a la caída que formaban las sábanas cuando colocaba yo las rodillas en la posición de tienda de campaña. La ropa de cama más fastuosamente señorial con la que mi cuerpo pecador haya tomado contacto. No en vano, según me dijeron, se consideraba al Ambassador equiparable en empaque, tradición y señorío al Palace o al Ritz de Madrid, sólo como ejemplo.

Pero el día siguiente amaneció, 31 de diciembre de 1976. Y yo tenía por delante la realización de, prácticamente, todo mi programa que no era otro sino ver Roma, lo en ella contenido y así embriagarme, y así contar con otra realidad inventariada con la que rastrear la preñez de mi corazón. Desayuné opíparamente en el comedor del Hotel: nada de buffets ni historias: A la carta, en plan selecto. Según entendí, el precio de la habitación consentía el sistema “bed and breakfast” en sentido flexible, que en mi caso todo se redujo a sacrificar los variados comistrajos del *buffet* por los tres o cuatro productos básicos: Recuerdo que en aquella ocasión me sirvieron huevos fritos con bacon; pan; zumo de naranja; café con leche, y un par de piezas de bollería exquisita. Acabado lo cual, me salí a la puerta

del Hotel. Serían las 09:30 am. De los muchos coches y taxis que hasta allí llegaban y que desde allí partían, me fijé en uno, un Mercedes grande y nuevo que acababa de dejar pasajeros. El chófer, un hombrón de buena pinta, con gesto distendido y conciliador. Nos miramos. Él debió darse cuenta de que yo, hospedado en el Ambassador, requería de sus servicios. Hablamos y concertamos el alquiler de su trabajo por... todo el día, ese término vago y suficientemente acaparador como para que entre sus mallas no se escape nada. Pues venga: Enséñeme Vd. Roma entera; sea Vd. mi guía, mi cicerone, mi taxista, mi amigo y mi compadre.

Era un día precioso, de sol refrescante. No recuerdo la ruta que seguimos. El señor taxista, Pietro, iba equipado con una cámara *kodak instamatic*, a la que cargó con su correspondiente carrete, y fue esmaltando todo nuestro viaje con la plasmación en las cartulinas instantáneas de los lugares más representativos. Probablemente comenzásemos por la Piazza di Spagna y su famosa escalinata, sus así llamados “Spanish Steps”. Allí me tiró la primera foto: Iba yo enfundado en mi magnífica gabardina Burberrys, bufanda verde de cachemira y zapatos Gorila de suela de goma, cómodos hasta más allá de toda ponderación. Y sobre todo, mis plenos y jóvenes cuarenta años que llevaban tan sólo tres meses de andadura. Me sentía pletórico y me puse a cantar “Las muchachas de la Plaza España / son tan bonitas”, acoplando mi melodía a la versión del chileno Lucho Gatica, rey del bolero suave. Porque, además, es que era cierto: Las chicas que por allí transitaban eran... ¡tan bonitas! Luego, después de atravesar el Tíber y la Piazza Cavour, accedimos a la Ciudad-Estado del Vaticano, así como suena. Es cierto, y bien marcado que está, que situándose uno en un punto de los adoquines de la Plaza de San Pedro, cada dos piezas de la columnata de Bernini se transforman en una, de tan perfectamente como se llevó a cabo el cálculo matemático en la simetría arquitectónica de la obra. Allí, en mitad de la plaza, pero desde perspectivas combinadas, aparezco yo, sonriente, distante, irónico, enaltecido por la buena fortuna de haber acertado con el mejor tipo posible de excursión.

La visita del interior del Vaticano fue un capítulo mayor del recorrido. Pietro, en parte por pasarme la factura, en parte porque creo que era verdad, me decía que en las visitas al Vaticano él no acostumbraba a acompañar al cliente; pero que conmigo se encontraba cómodo y que hacía la excepción de, además de transportista y comentarista espontáneo de las cosas que fuesen apareciendo por las calles, además, digo, se constituía en guía cultural del Vaticano propiamente dicho. Y tengo que decir que lo hizo bien. Llevamos a cabo el recorrido a mi aire, rápido pero compacto; dinámico pero completo. Se trataba de ver al natural, a lo vivo, a lo bestia lo que yo como simple ciudadano estudioso, de un país europeo, de una familia de cultura románica, romana o romanista [y por si fuera poco, como doctor en Filosofía y Letras] había tenido que transitar en mis relaciones con el Arte. Muy bien. Pues ahí está el Buonarrotti y sus frescos de la Capilla Sixtina. Bien. Tampoco era cuestión de emborracharse y quedar aturdido. Fiel a mi sistema, yo seguía primando a la excursión al aire, desde el coche, por la calle.

Eran ya las 13:00 horas. Habíamos consumido tres horas estupendas de excursión. Le pregunté a Pietro por la comida; que si tenía alguna hora especial, ya que por lo tocante a mí, con mi abundante desayuno podía tirar varias horas más. Me dijo que no me preocupara; que siguiéramos y que ya veríamos más tarde. Yo percibí claramente que Pietro era un estupendo profesional. Yo sabía... que él sabía que estas excursiones “de todo el día” teóricamente comprenderían, por lo menos, las ocho horas de trabajo que se suelen acomodar dentro de una jornada; pero que en nuestro caso se consideraría asimismo “todo el día” cuando viésemos lo que teníamos que ver. En esto de las excursiones conforme va transcurriendo el tiempo la duración planteada se va menguando en progresión geométrica, porque se va haciendo innecesaria. Yo calculaba, y no me equivoqué, que nuestro tiempo de andar juntos no pasaría de las cinco horas que, al ritmo en que yo las estaba empleando, iban a dejar las alforjas de mi curiosidad más que repletas. Así que eran las 13:00 pm.

Habíamos terminado con el plato fuerte de El Vaticano, y pensé que con un par de horas más de travesía la cosa podría darse por terminada.

Volvimos a cruzar el Tíber y por el Corso Vittorio Emanuele II llegamos a la Piazza del Campidoglio con el bellissimo monumento a él dedicado. Dos fotos en ese punto. Desde allí, al Foro romano. Una preciosidad de ambiente rememorado y de imaginadas vivencias. También dos fotos. El Arco de Constantino y el Coliseo están cerca uno del otro. Pietro me hizo sendas fotos, viéndoseme de cuerpo entero. La del Coliseo es espectacular, porque lo que normalmente aparece en las reproducciones es la estructura exterior, el anillo roto en una buena sección de su parte superior. Pero Pietro me dijo que me colocase dentro, en una especie de mirador o muro de carga, como montante desde el que a mis espaldas se hacían visibles los compartimientos subterráneos donde, supongo, se acomodaban tanto los humanos como las fieras que justificaran el espectáculo. Una preciosa foto de Pietro.

Eran cerca de las 15:00 pm. y nos fuimos a comer al Trastevere, donde Pietro me dijo conocer un restaurante amigo. Un estupendo descanso y un oportuno refrigerio. Le invité yo a la comida: Unas ensaladas, unas tortillas, un vino y un postre. Había que pensar en el regreso. Me quedan algunas fotos que se resisten a su identificación porque se me ha desglosado toda referencia y no tuve la precaución de escribir siquiera una sucinta anotación al dorso. Con todo, creo que una de las no identificadas, junto a unas fuentes semejando las formas de una criatura o pez marino, o parte de una concha dentro de otra fuente mayor, circundada por una barandilla interior de hierro, bolardos y brocal o puteales anchos de granito, esa foto, digo, fue disparada frente a la casa donde vivió el poeta inglés John Keats. Creo que otra me la hizo Pietro desde una eminencia o terraza del Trastevere, yo de frente y destacándose a mis espaldas la mole imponente de la peonza invertida de la cúpula de la Basílica de San Pedro, surta en una nebulosidad o calígine de iniciática textura.

Hay una foto que recoge un pedazo de obelisco, con una plataforma o terraza cuadrada en la cima; todavía más arriba, un pedestal redondo y la figura de... un como dignatario eclesiástico o civil..., no puedo reconocerlo, la foto está de espaldas y recoge un vértice de la plaza donde se halla el monumento. En otra foto que me hizo Pietro aparezo recostado en las estrías del fuste de una vigorosa columna que junto con varias más forman el soporte recio y masculino de una edificación cuya pared parece ser de piedra y mortero, de color marrón arcilloso. Ya de regreso definitivo al Hotel, nos detuvimos en la Fontana de Trevi, donde el manitas de Pietro debió de disparar los dos últimos fogonazos de su *kodak*. Efectivamente [y aunque yo no arrojava ninguna] se ven multitud de monedas yaciendo sobre el fondo, como dice la canción de la edulcorada película en que lo mejor es la interpretación de Clifton Web:

Three coins in the fountain
each one seeking happiness,
thrown by three hopeful lovers...
which one will the fountain bless?

Ahora eran ya las 16:00 pm. cuando regresamos al Ambassador. En total habíamos estado juntos Pietro y yo seis horas, contando la comida; o sea, técnicamente dos horas menos, como dije, de lo que en terminología laboral se hubiera considerado jornada completa. Le pagué lo estipulado: Bien lo recuerdo, el equivalente entonces a seis mil pesetas, que estaba muy bien para él, y que tampoco estaba mal para mí. Yo había resuelto mi problema, me encontraba con las bodegas de mi espíritu llenas a rebosar de vivencias. Había incorporado Roma al acervo de mis propiedades intelectuales; desde entonces formaría parte de mi linfa, de mis reacciones psico-químicas. Estaba satisfecho. Decidí esperar y acometer el Año Nuevo sin más, con toda la dignidad que mi aposento me dispensaba; y ya, coligiendo que el día siguiente sería un magnífico día para volar a casa, ya que no era probable encontrar aglomeraciones de tráfico ni de nada, porque los ciudadanos de Italia

estarían durmiendo o reparando sus excesos, por todas esas razones que yo intuía como válidas, cerré con los servicios del Hotel mi factura...

No recuerdo mucho más de aquel día 31, quiero decir, desde que me separé del taxista hasta que adviniera el primer vector del Nuevo Año. Me eché la siesta; me lavé, me asecé; me puse a escribir y a ojear la prensa del hotel, así como algunas de sus dependencias. Recuerdo que tuve la tentación de agenciarme alguna chavala, quiera decir puta, para follar; y que merodeé por alguna cafetería-pub de por allí cerca, pero no me gustó el ambiente. Las chicas ese día, con toda lógica, tienen el cupo de sus disponibilidades cubierto, bien porque están con sus familias, en sus sitios de origen; bien porque más plausiblemente han alquilado y comprometido sus servicios con alguien concreto o con alguna entidad que tenga interés en servirse de ellas. Yo estaba muy bien follado de El Cairo y no era cuestión de insistir. Estuve viendo, eso sí; recorrí la calle que, si mal no recuerdo, había obtenido cierta credibilidad internacional por las hetairas que, según se decía, paseaban por allá. Fuera por la fecha, fuera porque las cosas hubieran tomado otro cariz, el caso es que yo no vi nada que me atrajera, y mucho menos que me otorgara confianza. No insistí. Hubiera sido por mi parte una dejación incalificable no haber hecho una prospección sobre el tema del folleto, pero discerní donde se había trazado la línea de la proporción y quise terminar el año sin violencias de principio ni forcejeos de criterio...

Las horas fueron sucediéndose en su denominación identificativa, y cuando lo quise recordar faltaban sólo unos minutos para la media noche. Yo estaba allí, unos metros arriba y abajo de la entrada al Ambassador que, si no se me ha malogrado el diseño, tenía un doble acceso por escalinata, todo en plan señorial, macizo. Parecía como si los motivos del Año Nuevo y de la despedida de 1976 convocaran un consorcio de ruidos, trajín y expectación en general. Se veían cohetes rasgar las bóvedas, el ámbito de la noche de Roma. Reparé en que unos *carabinieri* que hacían la ronda por allí se habían

como aflojado las hebillas, se habían expeditado la impedimenta y tenían un par de botellas de espumoso cuyos taponos ya habían comenzado a desenredar. La inminencia anunciada se resolvió en un clamoreo de campanazos, en un dar rienda suelta a las bocinas de los coches... Yo, excepto por mi reloj, no podía en medio de aquel tumulto asegurar cuando las doce campanadas se habían materialmente producido. Lo colegí cuando los *carabinieri* soltaron el taponazo y liberaron de sus grilletes de cristal la furia paciente del espumoso..., y comenzaron a beber a morro...

Yo, de espectador universal, en la mejor localidad de toda la función, en primera fila si de circo se tratara; en barrera de sombra si de albero y coso fuera el asunto; en la avanzada de todos los resortes de aquiescencia allí y entonces por tratarse de mi alma, por referirse a la hechura de mi corazón, a los desbordamientos controlados de mi espíritu. Dejé transcurrir una media hora más para asegurarme de que el Universo había movido ficha, y de que estábamos en 1977. No recuerdo que hiciese nada más. Me fui a la complicidad invitante de las holandas y los linos de mi cama.

Al día siguiente, quiero decir unas horas más tarde del mismo día, como me había imaginado, reinaba un cierto *tempo lento*, un cierto letargo en el pulso del Hotel. Pagué la cuenta y me puse en manos del transporte que fuere, camino del aeropuerto. Llegamos y... primera sorpresa desagradable. Al parecer, por fuerza mayor... y sin previo aviso, el vuelo que tengo confirmado sobre el papel informatizado de mi billete, se ha suspendido; y también otros vuelos de ese mismo día 1 de enero de 1977 con destino a Madrid. El aeropuerto de Fuimicino está un poco como a media marcha. Es como si la mitad del personal, con motivo del Año Nuevo se encontrase ausente, de vacaciones; pero al mismo tiempo tampoco parece haber un movimiento excesivo en el tráfico aéreo, váyase lo uno por lo otro. Es un día que se me antoja surrealista. Yo lo único que quiero es salir de allí, llegar a casa, preso del síndrome tantas veces explicitado de que cuando los viajes han alcanzado su cúspide, la caída o regreso al

punto de partida es conveniente hacerlo con la mayor celeridad posible, sin andarse uno con miramientos. Estoy varado, con Madrid allí enfrente, salvado el mar Ligúrico, el mar Tirreno y el mar Balear Mediterráneo, a dos horas justas de vuelo. Estoy surto, encallado. Me acerco a los mostradores de Alitalia para recabar información y proceder al curso de acción que se me pueda aplicar en las circunstancias. Por fin logro que me atienda un empleado al parecer con rango superior al de todos los demás a quienes he acudido. Consulta por teléfono no sé qué..., vuelve a consultar con otros empleados de tierra, un poco separados todos de mí, me mira..., como preguntándose si yo merecería que se tome la molestia..., vuelve a consultar y se viene a mí. Me dice que es posible que a través de París vuele a Madrid esa misma tarde, a primera hora. Que hay un vuelo que sale para Orly inmediatamente y que... bueno, que si quiero..., que les diga donde tengo el equipaje para que ellos puedan proceder. ¿Equipaje? ¿Qué equipaje? “Esto es todo mi equipaje” –le contesto, señalando al bolso que llevo en la mano. Expresión mirífica. Como sí le hubieran accionado un resorte, el hombre abre los ojos de agradecida admiración, me dice que le siga, coge mi billete, llegamos a una de las puertas de salida, arreglan lo que fuese, escriben las oportunas diligencias y me dicen que puedo embarcar; que en Orly, nada más llegar, debo conectar con el vuelo tal y cual de Air France; que en mi billete ya van consignados los pertinentes endosamientos... y que ¡buen viaje! ¡¡Uuufffhhh!! Ventajas de viajar ligero.

En el avión de Alitalia hacia París me pongo a leer la revista de vuelo *Alitalia Italy's World Airline. Flytime* que resulta ser un repertorio sensacional tanto de cuestiones aeronáuticas como literarias. Entre otras cosas de aplicación turística y de información geográfica [como corresponde al formato e intención de estas publicaciones de prácticamente todas las grandes líneas aéreas] en las páginas 18-23 se inserta el artículo “Quando il jet si chiamava ippogrifo / When jets were winged horses” que no es sino la transcripción de una serie temática de octavas reales “Un viaggio di Astolfo / one of Astolfo's journeys” del *Orlando Furioso* de Ariosto

(1474-1533) en traducción al inglés contigua de Sir John Harington, 1591 (edición de Robert Mc Nulty. Oxford University Press, 1972). Hasta en cosas así los italianos, me digo, tienen gusto. Me pongo a leer el italiano con la traducción en inglés al lado y una vez más me percató de que la música del endecasílabo es uno de los aciertos de la entera historia del mundo. Llevado de no se sabe nunca de qué vientos misteriosos, me pongo a pensar en Rosarito, la calientapollas egregia, amiga y compañera mía de Derecho de Granada, de la que yo estaba enamoricado con pertinaz –y contumaz– y literaturizante infatuación:

Ma con tutta sua possa e suo tesoro
Gli occhi perduti avea miseramente:
E questo era il minor d'ogni martoro

But losse of sight made all his comforts vayne
And bard him ev'ry tast of worldly pleasure,
And this did much encrease his care and payne.

¡Vaya final de fiesta! Me encuentro con un espacio literario en que además del tema de mi predilección, la traducción poética de poesía, me coloca en la estela de Rosarito [a quien vería unos cuantos días después, en Granada], y me propicia escribirla una carta, supongo que de amor. El vuelo de París a Madrid no añadiría nada reseñable a lo ya dicho. Llegué a Alcalá de Henares, a mi casa, esa misma noche. Había puesto pie en 1977 bajo los mejores augurios, bajo los guiños más prometedores de todas las estrellas del orbe.

Valentina y Ana: Moscú; Nina Bulájova: Leningrado. URSS 1977

Mi viaje a Moscú del año anterior había cumplido a las mil maravillas su función de prepararme el camino para posteriores incursiones, lo cual no era poco. Había puesto una primera piedra al monumento de intimidación que me proponía ahora continuar y rematar glotonamente en razón de las Valentina, Svetlana, María, Olga etc. De momento, Ana había estado en mi conciencia buena parte de mi curso académico 1976-1977. Tal y como me pidiera, le compré –recuerdo que en Calzados Roselli, de Puerta Real en Granada– unas botas de nieve, pero de vestir. Me había acusado recibo de ellas en una pequeña carta que no conservo, y en la que se contenían los extremos cortesés y esperables: Que cuando llegase de nuevo a Moscú, que no dejase de contactar, etc. etc. El simple detalle de no haber podido *estar*, en la ocasión en que sí que lo hice con Valentina y Svetlana, agudizaba mi propensión; espoleaba mi determinación de rematar al trío con el que tan espontánea y distendidamente me había encontrado el verano anterior en aquella superficie arbolada de cerca del Hotel Rossia. Mi viaje de 1977 lo diseñé en el cuerpo de un grupo reducido que organizaba Meliá y que comprendía, además de Moscú, una visita de, creo, uno o dos días a Kiev, y de tres o cuatro a Leningrado. Me voy a permitir romper el protocolo alterando la secuencia de las fechas y sin que ello suponga detrimento alguno para lo que de posible valor pueda tener mi narración.

Lo que quería decir es que fue un desacierto la inclusión de Kiev en aquel viaje que tenía a Moscú y a Leningrado como platos fuertes. El lector lo habrá averiguado ya, bien por haber viajado él mismo a todos estos sitios; bien por la abrumadora abundancia de testimonios en sentido idéntico, a saber: Conociendo Moscú y Leningrado, cualquier otra ciudad [Kiev era la capital de Ucrania, la segunda República en importancia le toda la URSS]... resulta carente de interés. Puede sonar bronco e insolidario, pero es así. [No entro en valoraciones específica o pormenorizadamente privativas de las cualesquiera particularidades, desde el punto de vista socio-político,

geográfico o simplemente personal, que puedan concurrir en multitud de otras ciudades y sitios dentro de un imperio de veintidós y medio millones de kilómetros cuadrados!!] Me asombra no recordar prácticamente nada de Kiev: Conservo la tarjeta-pase del Hotel Dnipro, de la Plaza Lenin-Komsomol y la calle Kreshchatik, donde nos hospedamos..., y casi nada más. Considero este dato admirable y aleccionador, porque en cualquier caso redundo en mi inquebrantable criterio de que cualquier otra ciudad que se comprenda en el mismo paquete de Moscú y Leningrado está probablemente condenada a desaparecer de la memoria. No recuerdo nada de la ciudad de Kiev; acaso comencé por no dedicarle ninguna voluntad de curiosidad, ninguna emoción anticipada. Estas excursiones en que se combinan más de dos ciudades, bien claro lo ví, permiten a las autoridades de Intourist entretener a sus empleados; presentar, aunque sólo sea en teoría, unos programas combinados en los que interviene la variedad; potenciar el hecho de que ciudades distintas de las inevitables Moscú y Leningrado se aprovechen del flujo –más bien pequeño en comparación– de divisas que la visita de los turistas extranjeros acarree. Desde mi perspectiva, además, sirve para someter al viajero a una intempestiva rotura de la secuencia de su vacación, sometiéndole a los típicos e inmisericordes madrugones. Porque esto sí me interesa dejar claro por considerarlo de primordial incumbencia para todo aquél que especule con hacer turismo en los países socialistas: Al pobre viajero se le levanta entre las 05:00 y las 06:00 de la madrugada para coger el medio de transporte acordado. Al gobierno soviético le es más rentable descargar al paquete de turistas en un sitio centralizado –Moscú, en cualquier caso– y de allí traerles y llevarles cuantas veces haga falta. Nuestro supuesto siguió el patrón general: Para ir a Kiev, que dista de Moscú más o menos lo que Leningrado, unos 700 kilómetros, nos levantaron a las 06:00, para salir del Hotel a las 07:00, para estar en el aeropuerto a las 08:00, para tomar un avión YAK-40 a las 09:30, para llegar a Kiev a eso de las 10:50, para llegar al Hotel a eso de las 12:00, y para sentarse a comer a eso de las 13:00. Al gobierno soviético le es enormemente rentable tener a los turistas

jarreados de un sitio para otro, llevándolos de la cama a la mesa, y empleando en tales menesteres buena parte de un día. En el esquema de producción soviético eso es lo que se lleva; eso es lo más conveniente... para ellos; los más demoledor para el viajero. Kiev: Mejor no haber ido. Conociendo Moscú y Leningrado, cualquier otra ciudad [me refiero siempre de entre las típicamente rusas que tenga la URSS en Europa] queda borrada, nihilizada. Así que permítame el lector dar por concluida mi mención a Kiev y mi centralización en todo lo demás.

Ya hemos quedado en que los diseños de viaje que confecciona Intourist no se caracterizan por una reducción de horas de movimiento ni de traslados, y su consiguiente economía en la instrumentalización de medios. Para cualquier occidental más o menos inmerso en una economía de mercado, el modelo más normal para una excursión a la Unión Soviética en que se combinen o comprendan las visitas a tres ciudades como Kiev, Moscú y Leningrado, sería comenzar por la primera, seguir por la segunda, y desde la tercera regresar a casa; o algo que siquiera se pareciese a dicho planteamiento. En la URSS esos modelos no tienen cabida. Nuestro viaje no fue excepción. Primero, Moscú; desde allí, ida y vuelta a Kiev; de nuevo, desde Moscú ida y vuelta a Leningrado; y ya siempre desde Moscú, regreso a España. Eche cuentas el lector. El sistema persigue que todo el mundo tenga la sensación inequívoca de concienciarse ocupado. Ya dije que como el tiempo cuenta poco, los trasiegos turísticos se suelen resolver con madrugones salvajes perpetrados a expensas de los turistas, que son movilizados de un sitio para otro sin contemplaciones. Bien. El caso es que de regreso de Kiev estamos en Moscú y si mal no recuerdo el resto y grueso de nuestro tiempo se organizó mediante una primera estancia allí de varios días; a continuación, la visita programada a Leningrado; regreso a Moscú y permanencia de unos pocos días más antes de tomar el avión de vuelta definitiva a España. Parecía tratarse de no dejar que el turista calentara el sitio; de tenerle haciendo y deshaciendo equipajes, jornada sí, jornada no; de mantener los autobuses feotes y podencos de la Intourist yendo y viniendo desde los

hoteles a los aeropuertos, para eso, para dar la sensación de actividad dinámica. En Moscú nos hospedamos también en el Rossia.

Lo primero que hice fue dirigirme a las señas de Ana. De siempre me han apasionado las pequeñas aventuras de encontrar una dirección desconocida. En Moscú predominan los grandes espacios que de cuando en cuando están interrumpidos por barrios, por bloques de viviendas parduzcos; mejor, incoloros. Tiene uno la impresión de que no se ve a nadie, y si se cruza con algún vecino o habitante del mismo inmueble, el gesto es de indiferencia total. El extranjero occidental es otro mundo, pensé, no tiene nada que ver. Se sabe y se asume que el forastero, yo en este caso, es una realidad subitánea y fugaz, como un cometa que todo lo más que hace es una arañazo en la epidermis del éter. Así con la dirección de Ana..., porque los taxistas no pueden hacer milagros. Comprobé el bloque, el inmueble, los números y las letras de las entradas, de las escaleras y de los pisos, y llegué a lo que debía ser la vivienda de Ana. Llamé y al abrirse la puerta apareció una preciosa niña morena [de cinco años, me enteraría luego], con ojitos levemente como de zíngara. No bien me había percatado de todo esto cuando apareció Ana. Me presentó a su marido, un chaval más o menos de su edad, espigado, rubiales, con el pelo revuelto, con aire bonachón y cansino. Me hicieron pasar y sentar. Llevaba yo unas chucherías de España, usables y consumibles por chicos y grandes, así que no tuvo mayor complicación dejarlas allí con un expresivo: “Este pequeño obsequio de mi país”... Ana se desglosó un par de minutos para cambiarse la bata que llevaba puesta, por una blusa y un pantalón. La niña, absorta y curiosa, se sonreía mirando a su padre y a su madre como en busca de permiso, cuando yo la invitaba a sonreírse. El marido de Ana –me pareció entender– formaba parte de un grupo musical y el hombre estaba obsesionado con marcharse a los USA. Había cursado su solicitud hacía años, con arreglo a las normas establecidas legalmente para las cuotas de salida y a las alegaciones ortodoxas que en cada caso correspondieren. Ana y yo quedamos en que esa misma tarde nos encontraríamos con Valentina a la entrada del restaurante del Intourist. Me despedí con un

besito a la niña y un apretón de manos a Ana. El marido y yo salimos juntos: Él iba andando hacia una dirección y yo tomé un taxi de regreso al Hotel.

Todo el resto del día me lo fui consumiendo con la glotona y turbia anticipación de encontrarme con mis amigas; acostarme, sobre todo, con Ana..., y lo que además fuere por añadidura. Pero mi imaginación quedaba surta, trabada en consideraciones de muy distinto linaje. El totalitarismo soviético implicaba todas esas cosas con las que yo me estaba encontrando a lo vivo: Apartamentos a los que únicamente la cálida realidad de albergar criaturas animadas con atributos tan atractivos como los que habían concurrido en María, en Olga... , y ahora en Ana; la voluntad de seguir existiendo por entero..., únicamente eso los separaban de la mezquindad cuasi indigente, de la sordidez más desconsoladora. También implicaba plasmado brutalmente el factor desdeñable de las apetencias de las opciones personales, que sucumbía ante los intereses primantes de la colectividad según las pautas establecidas por sus dirigentes. Ana estaría alternando conmigo mientras que su marido andaría en sus cosas. Me consta que dentro del encofrado de previsiones soviéticas se querían y se respetaban... todo lo que era dable asumir en semejante diseño de convivencia. Ana por su lado, y su marido por el suyo eran dos unidades, solamente dos de los acaso muchos millones de disidentes que, bien por ignorancia, bien por apetencia de lo que no se podía obtener, bien por deseo de cambiar hacia lo no conocido..., albergaba la sociedad soviética conforme al sistema institucionalizado a partir de 1917. Mi imaginación no quería caer en tópicos: Yo había comenzado a visitar la URSS a partir de 1976 y por lo tanto las reflexiones que ahora pretendo exponer tenían lugar en aquella visita de 1977. Pero después de haber residido diez cursos en USA y Canadá, habían sido miles y miles los ciudadanos empujados por el imperialismo ruso, después de 1945, y pertenecientes a países y regiones anteriormente autónomas [la lista se haría ociosa y molesta: Téngase en cuenta el reparto de Yalta]..., miles y miles de ciudadanos, digo, los que residiendo en América del Norte encarnaban el rechazo

de la manera convivencial –no me atrevo a llamarlo *estilo*– soviética. Y Ana y su marido [ella, por querer vivir por encima de las posibilidades que su ámbito social le permitía; y él, acaso, por una mística mejor o peor asumida respecto de lo que entendiera por progreso]... Ana y su marido, digo, eran dos, dos unidades tan sólo dentro de los muchos millones de disidentes resignados que consumían sus existencias bailando al son de una melodía que ellos nunca eligieron y que tampoco podían modificar. Claro es que la Historia siempre ha dispuesto de mostraciones contrastivas para cada fenómeno que haya surgido. Ha habido y seguirá habiendo casos de arrepentidos que reforzarán el corolario general: Se dice que la hija de Stalin se hartó de la vida en los USA y regresó a la URSS. Una amiga de Larissa, Lucía, joven animosa y atractiva, después de luchar por salir de la URSS e instalarse con su marido venezolano en dicho país caribeño, regresó a Moscú un poco harta del clima, de las costumbres bananeras..., y sobre todo, de percatarse de que conceptos de “libertad”, “independencia”, y otros, son mascarones de proa que cada cual lleva en sus propias entendederas; y que casi siempre el mejor sitio que cada cual tiene para vivir es aquél donde y desde el que se le ocurre preguntarse si habrá algún otro mejor para el dicho menester de la vida.

A la hora señalada me fui al Intourist y a poco de estar allí aparecieron Valentina y Ana, sugestivas, preciosas las dos. Svetlana –me dijeron– se hallaba fuera de Moscú. Encontré a Valentina atractiva en extremo, con esa madurez convencida de sentimientos que le presta su probable renuncia a todo lo que no fuese la mejora y la dignificación de lo que tenía en su *allí* y en su *entonces*. Ana estaba también muy bonita: Se había puesto una falda azul y una blusa negra. Las invité a cenar. El comedor ofrecía una especie de *show*... Recuerdo que una cantante interpretó en ruso la por aquellas fechas popular en España “Una paloma blanca”, con todo su acompañamiento de corte discotequero y tal. Como digo, para ese tipo de dispendios en rublos el sistema de cambio del mercado libre de divisa venía al pelo. Luego nos fuimos al piso de Valentina, que había

mejorado notablemente. Reparé en un magnífico y amplio “chesterfield” de color anaranjado que ocupaba buena parte de la pared del recibidor. Valentina sin lugar a dudas prosperaba. Me tiré a las dos, primero a Valentina, que me volvió a encantar por su dulzura de madraza, su femenino recato y su perenne sonreír. Cuando le llegó el turno a Ana fue como si parte de nuestra celebración se nos hubiera consumido en las expectativas generadas y en la literatura que yo le había dedicado por carta. Cubrimos el expediente de manera satisfactoria y con ello quedó abrochado el botón de mis deseos al ojal de la realidad, quiero decir a la versión óptima de realidad entre todas las posibles. Me regalaron una fotografía en la que aparecen las tres juntas en pose de... ¿remedar?... un conjunto musical [nunca me hablaron de sus aptitudes en dicho campo]: Svetlana, con blusa granate clara y pantalones vaqueros, sosteniendo el micrófono y como cantando; Ana, blusa blanca y falda negra, enarbolando un clarinete y como soplando; Valentina, con un vestido de una pieza con diseño de cebra, y como pulsando un arpa. Las acompaña un colega que sí que parece estar tocando en serio un acordeón-piano. Ninguna fotografía ha sabido compendiar mejor que ésta un tramo tan significativo de mi peregrinaje lírico en la URSS.

Nos trasladan a Leningrado mediante el conocido sistema del madrugón inicuo, ya que el vuelo a la ciudad del Neva dura menos de una hora en cualquier tipo de reactor. Ya sabemos que aquí se va el tiempo penosamente en márgenes innecesarios de... esperas para entrar en el autobús y para bajar del autobús; esperas para entrar en el aeropuerto y para hacer cola para el control de pasaje; para entrar en el autobús que conduce al avión..., para..., y así sucesivamente. El tiempo no cuenta, recordamos, y se trata de tener al personal entretenido. En Leningrado nos hospedamos en el Hotel Moskva (Moscú), en el número 2 de la Plaza Alexander Nevsky, junto a la estación de Metro Ploschad, no lejos del río. La opulencia y empaque de esta ciudad han sido proverbialmente reconocidos por todos y no es cuestión de insistir en tan común lugar. Ahora bien, por aquel entonces, y hablo de agosto 1977, el diario *YA* de Madrid publicó un

sorprendente e interesantísimo artículo de El Marqués de Lozoya [Juan de Contreras y López de Ayala], “Elogio a Rusia” del que, por el relativo desconocimiento que en su momento constaté que el gran público tenía del mismo, destaco ahora algunos fragmentos:

“Católico, monárquico y tradicionalista, a lo largo de una vida ya muy dilatada, por convencimiento y por sentimiento, creo que el comunismo, que niega con una pasión que podríamos llamar ‘misticismo ateo’ toda trascendencia sobrenatural, hace más desventurado el breve paso de los hombres por la tierra. Pero me veo obligado a elogiar dos aspectos de la Rusia soviética, de la que me separa un abismo ideológico y sentimental: el urbanismo y la decencia pública.

He visitado por dos veces la URSS, como simple turista, y he gozado de la libertad con que el extranjero provisto de pasaporte y de dólares puede recorrer plazas, parques y avenidas de las grandes ciudades del que fue imperio de los Romanoff, y que hoy, sin los Romanoff, sigue siendo imperio. Pasé unos días inolvidables en una de las ciudades más bellas de Europa, la que en mi Bachillerato, en la clase de geografía, llamábamos San Petersburgo; la que se llamó Petrogrado luego y se llama hoy Leningrado. Es un conjunto urbanístico maravilloso, con perspectivas de una grandiosidad inigualable: Un París agigantado y una Venecia en la cual los palacios se reflejan en el agua de los canales, con parques bellísimos y bien cuidados. Desde la época de los zares, Rusia ha sufrido la transformación más radical que pueblo alguno haya experimentado. Sin embargo, si uno de los personajes de Tolstoi o de Dostoyevski adquiriese nueva vida, podría pasear por la capital del imperio sin advertir apenas cambio alguno. El palacio que fue del príncipe o del conde sigue intacto, rodeado de su parque, aun cuando ahora está ocupado por una de las oficinas del partido o por una escuela de anormales. Está en su sitio la estatua ecuestre, de Falconet, y si algún día fuese posible la restauración del culto ortodoxo, el patriarca encontraría todo en su lugar en la catedral de San Isaac, convertida en

museo, en cuyos iconos las imágenes del Pantocrátor o de la Theotokos aparecen, sobre sus fondos de oro, en todo su esplendor. En España las hubiesen quemado"...

El trabajo no tiene desperdicio. Tan sólo que yo no me he atrevido a incorporarlo entero en este texto mío, por un ejercicio de discernimiento personal respecto de la proporción de las cosas. En Leningrado, yo, como todos, nos dejamos llevar. Se nos asignó de guía a una mujer excepcional, Nina Bulájova que, según constatará inmediatamente el lector, constituiría una de las más desgarradoras e inequívocas imantaciones con que mi alma se encontrara en lo relativo al eterno femenino soviético.

Nina era una mujer alta, de unos treinta años, de tez clara sin llegar a la palidez, manos alongadas y cuidadísimas, cabello castaño como tirando un punto a albino, gesto como de resignación consciente, de voluntarioso entusiasmo... ¡yo qué sé! Sentí un fortísimo interés por ella a las primeras rondas de nuestras excursiones. Ocioso ni casi siquiera reseñarlo: La visita al museo Hermitage fue la más cualificada de nuestras cumplimentaciones de turistas. El español de Nina era portentosamente rico y correcto. Si asistí a la visita del Museo fue por estar al lado de Nina, con quien formé equipo desde el primer momento. Me ayudó el hecho de que en mi grupo..., así, de un intelectualismo puro, intenso, o al menos recalitrante, yo podía considerarme el único. Nina se dio cuenta cabal de ello y a mí me dirigía, en clave profunda e iniciática, sus, por otra parte, siempre discretísimas y ponderadas exteriorizaciones de información artística o sociológica o cultural o histórica, en la esperada creencia de que también en mí y desde mí se producirían los asentimientos y las instancias valorativas más en consonancia con la sintonía de su alma. Una egregia, un enorme pedazo de mujer, un dechado compactado de competencia, discreción y feminidad. En el Hermitage yo tuve ocasión de ver por primera vez en mi vida un montón de "picassos" y de otros cubistas... y de otros impresionistas, sobre todo franceses, cosas todas ellas que me importaban más bien

poco, a no ser por el dato escueto y pintoresco de haberme puesto en contacto con cuestiones de mi propia casa (España) o de la casa vecina (Francia), precisamente en Rusia. A petición de alguien de nuestro grupo, Nina nos llevó a una iglesia de rito ortodoxo, en la que pacífica y normalmente estaban celebrando, entrando y saliendo feligreses, aunque la casi absoluta totalidad de la clientela eran viejas...

Ante la expresión en regla de mi deseo de seguir en contacto con ella, Nina accedió a facilitarme la dirección de una amiga suya, Elena, a quien yo podría cursar mi correspondencia. Ya era sabido por todos nosotros que a los empleados directamente por Intourist, so pena de perder su empleo y su status comparativamente selecto, se les desaconsejaba tener relaciones con extranjeros. De vuelta en Moscú contacté con las rusas Angelina y Larissa. Una de aquellas tardes me llevaron a hacer un recorrido en barco por el Moskva: Si mal no recuerdo partimos del muelle Kropotkinskaya bajo el Puente Bolshoi Karmenn, y llegamos hasta el Puente Borodinsky, cerca de la Plaza Smolensky, que conecta con la calle Arbat. Fue una, para mí, original excursión de varios kilómetros cubriendo el mayor y más pronunciado de los meandros que forma el río Moscú en la capital. Nos pusimos en la proa de la embarcación, y el final de la travesía estuvo esmaltada por el cromatismo reverberante de una puesta de sol inédita en el archivo de mis impresiones.

Otra mañana Larissa me condujo al Círculo o Casa de España en Moscú, donde conocí al Secretario de... –no sé la denominación exacta– la Asociación. Se trataba de Jesús, un idealista convencido; mejor, un iluminado lleno de ilusiones, con el que departí intensa y retóricamente, sentado uno enfrente del otro, en una mesa, en uno de cuyos laterales Larissa estuvo escuchando piadosa y pacientemente sin pronunciar palabra. Había cosas que... “no daban el ancho”, como dirían en Granada por lo menos. El hecho de que alguien como Jesús sólo dispusiera de dos pares de zapatos, uno para diario, y otro para ocasiones de más esmerada cortesía, a mí me parecía bien. Yo, anti-consumista por intuición y por deducción, estaba de acuerdo con

cuestiones así. Ahora bien, con lo que no estaba de acuerdo era con que la realidad de no tener ni una sola gota de leche para echar al café se debiera, según Jesús, a carencias naturales de dicho producto en la URSS. No. Ahí disentía yo frontal y categóricamente. No había leche porque en el juego de preferencias y prioridades el Estado soviético absoluto lo había dispuesto así, y sanseacabó. Cuando el proyecto de vida en común que encarna el modelo socialista siente como necesario invertir la mitad del presupuesto en gastos militares “de defensa”..., a mí, plin; ni me parece mal ni me parece bien; lo acepto como se acepta que el agua moje. Lo que no acepto son maximalismos de hechos consumados que pretenden apuntalar a toda una concepción ideológica que, a su vez, quiera justificar los antedichos hechos consumados.

Allí, en la sede de la Asociación, existe una relación [ya no recuerdo si esculpida en piedra, mármol o metal; o escrita en documento protocolario] de los españoles caídos por la causa socialista del pueblo soviético en la Segunda Gran Guerra. Muy emotivo y muy veraz.

La noche anterior a nuestra fecha de regreso a España, Larissa y Angelina vinieron a despedirse de mí al Hotel Rossia, y con tal motivo tuvieron ocasión mis compañeros del grupo de viaje de departir con ellas sobre ese tipo de cuestiones manidas, cuya concepción y respuesta están ya implícitas en la perspectiva previa desde la cual se suscita. Ya dije que ninguno de mis paisanos turistas era ideólogo de profesión, y por tanto resultaba penoso, lacerante, pretender que nadie les explicase por qué en la URSS no existe economía de mercado; por qué a los súbditos ciudadanos les está vedado airear sus críticas en la prensa diaria, etc., etc. ¡¡Por qué, por qué, por qué!! ¡Keine warum!..., como dijo en su momento nuestro profesor de alemán de Passau, Herr Steffens. Una forma de vida, modelo y pauta para media humanidad, tiene sus carriles..., y si no los tuviera cambiaría de nombre y de concepción proyectiva. En el fondo, la mejor captación de ciertas realidades se produce mediante la

metáfora y/o mediante el chiste. El sistema soviético pretendía compensar la ausencia de incentivos y motivaciones personales de cada individuo, con unos reconocimientos vagamente localizados en todos, en la sociedad, en la masa totalitaria, lo cual a alguien como yo le suena a puro cachondeo, a música de esferas. El súbdito administrado soviético tiene que aprender a creer que tiene de todo aquello que tienen entre todos los demás, en razón de no tener nada de lo que correspondería tener privativamente a cada cual. Es el imposible de cuadrar el círculo. Es el imposible de enseñar a un borrico a no comer: En ambos casos se fracasa. En el primero, porque siempre parece que queda un piquito o vértice que no se redondea o que no se cuadrícula del todo y en el segundo porque cuando parece que el burro se ha acostumbrado efectivamente a no comer, comete la insensata impertinencia de morirse, dando al traste con el experimento. Así en la URSS, donde los servicios *individuales* sobresalientes se reflejan en unas listas o paneles con las fotos y los nombres de los así destacados, como ejemplos de ciudadanía. Si se acepta el sistema; si se encuentra uno unimismado con, y engullido por, él, ... el dolor queda amortiguado. Cuando se mantiene la conciencia viva de una disidencia operante, la frustración debe de ser terrorífica. Los millones de inconformistas o ciudadanos no integrados en el rodillo de la uniformidad, supongo que habrán sido huéspedes a la fuerza de los correspondientes “gulags”, y el mundo ha seguido andando. En uno de los *stands* de la Recepción del Hotel Rossia había ejemplares de regalo de folletos de clara propaganda del régimen. El así titulado *URSS: 100 preguntas y respuestas...*, ¡qué casualidad, hombre!, no contiene ni una [pregunta, quiero decir] que, por inútil, sandia e inservible, a mí se me hubiera ocurrido hacer. Cosas de la política profesional. Con todo, yo no había ido por segunda vez a la URSS a enredarme en esos temas de Filosofía del Derecho [que, por cierto, acababa de cursar, disfrutar y superar en mi 5º curso de carrera en Granada] sino a ensanchar el espectro múltiple de mi alma. Y este cometido sí que lo había desempeñado a satisfacción. La cada vez más acuciante memoria de Nina así me lo atestiguaba fielmente.

**Pilar: París (Francia); Brigitte, Robin, Raffi, Silvana: Goethe
Institut: Berlín (Alemania) Julio -agosto 1978**

Un año salvaje, un año pletórico preñado de realizaciones y de primeras piedras en la construcción de otras realizaciones aquél de 1978. En marzo, mi viaje inicial a Hispano-América del Sur (Argentina, Chile, Bolivia, Perú, etc.) con la arribada plenipotenciaria a Rio de Janeiro como puerta antonomástica de la Iberoamérica, a bordo de un avión Concorde de Air France. En junio, tras la superación un mes y medio antes de mis seis cursillos de doctorado en Derecho, daría yo asimismo por terminada y consolidada una base de datos, una verdadera plataforma de investigación para mi Tesis doctoral. A finales de año, como también veremos en su lugar, mi segundo viaje a Iberoamérica. Y entre medias quedaba el verano. Quería repasar mi alemán y quería conocer Berlín porque después de la breve visita de 1975 lo único que había sacado en limpio era que los *vopos* del Checkpoint Charlie eran unos hijos de puta redomados, lo cual no podía ser representativo de una de las ciudades más sugestivas del mundo. ¿Repasar mi alemán y conocer Berlín? Blanco es; la gallina lo pone... La cosa no podía estar más clara: Curso de verano en el Goethe. Me matriculé en el que se desarrollaba del 3 de julio al 26 de agosto..., y esta vez, nada de coche ni de tonterías: Saqué un billete de ida y vuelta en avión. Las combinaciones para volar a Berlín prácticamente eran ilimitadas, aunque siempre dentro de las restricciones, aún en vigor, de los pasillos aéreos, y de que todo vuelo inmediatamente anterior, si mal no entendí yo entonces el estado de la cuestión, debía originarse desde una ciudad alemana...

Yo, por otra parte, me seguía escribiendo, aunque muy esporádicamente, con Pilar Pérez Lafita, la hija de nuestro amigo “El Campanero” de Biota (Zaragoza), el personaje que por ser amigo de los amigos de mis supuestamente amigos, había conectado con nosotros después de la travesía del Sahara en 1969. Pilar era la hija mayor, más o menos de mi edad, bueno, quizás algún año más joven que yo, y que desde virtualmente su mocedad residía en París junto

con un hermano suyo que había encontrado trabajo y engrosaba el contingente de españoles en los entonces países del MCE. Los últimos tiempos se había empleado como institutriz de los hijos del Primer ministro de Malí, unas verdaderas preciosidades de hermanitos, niño y niña, de pelito rizado, a los que Pilar se había llevado a Biota aquel verano de 1969, cuando los chavales contaban cinco o seis años nada más. El dignatario maliense, según parece, veía en Pilar a una verdadera segunda madre para sus hijos que, huelga decirlo, se educaban por completo a la europea, fuera del paraíso paramarxistoiide misérrimo y depauperado en que la República de Malí estaba convertida por aquel entonces. Si en el verano de 1969 yo estaba a punto de hacer 33 años, Pilar tendría cerca de treinta y, bueno, a mí me encandilaba. Era la típica “mujer de su casa”, con ese *saber hacer* profundo de domesticidad. Tenía un talle bonito, como de espiga alabeada en mansa curvatura, suave alongación de su rostro. Aquel verano de 1969, siempre aquel verano de 1969, hice una noche allí en Biota (Zaragoza) en casa de la familia de Pilar, y al día siguiente, al prepararme para salir temprano en marcha, en mi coche, de regreso hacia Alcalá de Henares, y aunque la noche anterior había yo con toda intención informado que me iría de incógnito y que no quería despertar ni perturbar a nadie, recuerdo que Pilar me estaba esperando, envuelta en una especie de blusa larga o bata maniobrera, de esas de andar por casa, fáciles de ceñir y desceñir, y con zapatillas. Se había levantado para preguntarme si quería comer algo y para, en todo caso, asegurarse de que no me faltaba nada. Al despedirnos se abandonó sobre mí, con sus brazos rodeándome el cuello, ladeando su cabeza y acurrucándola sobre mi pecho, bajo mi mentón, para levantar de pronto los labios y ofrecérmelos...

De todo aquello hacía ya nueve años y ahora, en 1978, con motivo de mi viaje a Berlín me había puesto en contacto con ella y habíamos quedado en encontrarnos en el aeropuerto Charles De Gaulle, de París, previamente a mi vuelo para Berlín, con escala técnica en Düsseldorf... Pilar acudió acompañada de sus dos pupilos, el niño y la niña malienses, convertidos en dos jovencitos de 14 y 15

años respectivamente ahora, pero a los que todavía cuidaba con lealtad y competencia, y respecto de los que seguía ejerciendo un menester de preceptora, compañera y madre eficaz. Pilar estaba muy desmejorada. Aquellos nueve años transcurridos habían erosionado su piel, amortiguado su gesto, encogido su textura, abollado su enarcamiento, cargado de opacidad el brillo de su sonrisa. Con todo, fue muy agradable, muy cordial, muy justo volver a encontrarnos... en la que sería por ahora [y estoy escribiendo esto a mediados de 1998] nuestra última vez.

Helga Patzsch no había dejado de vivir en Berlín en todo aquel tiempo; así que, avisada por mí de mi llegada, me estaba esperando en el Flughafen Tegel, y de allí me condujo en coche hasta la sede del Goethe Institut, en la Kneesebeckstrasse, en el mismo centro de la ciudad, pegando a la Kurfürstendamm, a doscientos pasos de una estación de Metro. Todo un primor de sitio. Llegué, me presenté, comprobaron mi identidad y me pertrecharon de cuantos papeles me hicieran falta para empezar a funcionar; sobre todo, mi tarjeta de identificación Teilnehmerkarte. La cosa del alojamiento lo había yo intentado orientar y gestionar desde España. Había escrito al Europa-Center, Verkehrsamt Berlín, y en contestación de 21 de abril, aparte de la mención que me hacían sobre procedimientos para alquilar un piso a través de agencias inmobiliarias, me decían: “We also referred a copy of your letter to the Goethe Institut. In case they have rooms available they will contact you in a separate letter”. No conservo mucha más correspondencia sobre el tema. Por aquella época se cumplía ya mi primer año entero de estancia en el Hotel Residencia Casablanca, de Granada, que si bien pendiente de mejoras sustanciales, bueno, ahí estaba, en el centro de Granada, proporcionándome una habitación por 350 pesetas al día y, aunque a nivel de aprobado mínimo, resolviéndome mi problema. En lo que respecta a hoteles, el diseño de Berlín más parecido o más aproximado a lo que yo tenía en Granada lo constituía el Hotel Börse, en Kurfürstendamm, 34, que con sus DM 60 diarios me hubiera salido a cinco veces más, quiero decir un *quinientos por cien* más caro que mi

presupuesto español. Lo cual puede dar al lector una idea de la diferencia de niveles económicos entre uno y otro país. La peseta con ninguna otra divisa extranjera ha depreciado tanto su valor desde los años cincuenta como con el marco alemán; hablo del orden de un 450 %; es decir, que si a finales de los cincuenta, un marco alemán correspondía a 18 pesetas, más o menos, hasta las 85 actuales, en el momento en que esto escribo, abril 1998, eche el lector la cuenta y no haga más comentarios.

Con este panorama decidí con buen criterio acogerme al amparo, en cualquier caso normal y esperado, de los servicios del Goethe. Y no me equivoqué. Después de diversos tanteos y opciones me avine a quedarme en un piso de la Bismark Strasse, propiedad de una tal Ingrid Schultz, que fue inmediatamente informada del curso de acción que había tomado el Instituto. Lo cual, dicho así sin más, no pasa de ser un dato de valor poco o nada resaltable, pero que encierra toda una filosofía, una entera cosmovisión basada en que las cosas funcionen y en que sólo sean eso: Cosas. En España hubiera sido difícilmente imaginable que alguien, sin estar presente además, conviniera en que un gestor en su nombre, por muy Goethe Institut que fuese, entregara las llaves de un piso de su propiedad a una tercera y desconocida persona, yo en el caso que nos ocupa, sin ni siquiera haberle visto la cara, elaborar un inventario, etc. Obraba a mi favor, eso sí, el estar referido al Goethe en calidad de alumno; y en lo personal el hecho de que cuando hablaron conmigo y me expresé, debió de quedarles claro que lo último que yo pretendería era causar molestias, ni destrozos, ni siquiera desgaste palmario por el uso que fuere...

Así que me instalé. Era un piso bajo, al que se accedía a través de un corredor y de una especie como de patio. Algo destartado pero con todos los utensilios y cacharrería propios de un lugar amplio que se supone que va a ser habitado por gente que piensa hacer allí la vida. También había ropa de cama, nevera, artículos de limpieza y droguería. Puesto que yo no cocinaba sino que, como se puede

imaginar el lector, hacía las comidas en la calle entre las horas de clase y en los sitios típicos y numerosos para el estudiantado, por eso, digo, casi la totalidad de aquel utillaje doméstico me era absolutamente innecesario en principio. Lo que sí que celebré tener fue un magnífico aparato de televisión en color, en el que vería no pocos reportajes, noticias y películas. Técnicamente, y en lo que a estudiar se refiere, yo estaba inscrito en la segunda parte del Curso Elemental; o sea, como si se tratara de un repaso de todo el Grundstufe. Nos asignan una profesora joven y sonriente. Se llama Raffi, y es de origen persa, iraní, casada con un alemán; deportiva, jovial, de éstas que se cambian de blusa tres veces al día aunque las tres tengan algo roto; de las que van descalzas a veces; con los dos dientes de delante algo salidos y separadillos de los demás; empedernida fumadora, producto del *stress* que parece que ha sufrido en su vida. A muy poco transcurrir de tiempo se destacaría como una mujer competentísima, generosa, agraciada y recordable en todas sus manifestaciones...

Los compañeros de mi clase eran muy variados, ilustraban un muestrario de amplio espectro: Entre las chicas estaban la australiana Robin Cavendish que vivía en Toronto: finita, extrovertida, de espontáneo altruismo; la italiana Silvana Devetak, de Trieste, y que estudiaba en Udine: típica italiana, preciosa de cara, con un perfil como de vestal, sólo que suavizado; busto de ensueño, de esmaltadísima proporción. Estaba la belga Brigitte Allard, de Chatelinau, rellenita y compacta, de buena estatura, educada, con un formidable encanto personal que emanaba de su... maternal estilo, cercano, pegadizo. Un pedazo de chica. Un primor de mujer. En cuanto a chicos había un italiano, majo, vividor, guapo, que era mi emulación porque, al parecer, además de guardar a su familia en Italia, quiero decir mujer e hijos, en Berlín se hospedaba en un hotel con una amiga norteamericana: gran tipo, paradigma del “latín lover”. Había un negrito, Tamba Koroma, de Sierra Leona, que me dio la dirección de su gente allí y me encareció que no dejara de verles, que me tratarían como a un rey... Estaba un suizo, Edmond Granges, de Nyon,

alto, altísimo, despreocupado, bancario... y que, como él decía, llevaba hablando alemán toda su vida, pero quería aprender a hablarlo con corrección gramatical. Había un libanés que se enorgullecía de su ascendencia fenicia... ¡Ah!, y se me olvidaba, también se incorporó algunos días después de comenzado el curso una chiquilla turca, muy tímida y bonita, supongo que sin poder evitar cierto complejillo de encontrarse entre otras muchas nacionalidades más..., más unánimemente europeas y pudientes. Se llamaba Suleyman Ugurbu, pero recuerdo –y así aparece en mis notas– que ella nos dijo que la llamáramos Meral. Fuera ya de mi clase trabé cierta buena amistad con un argentino judío, Mauricio/Oded Balaban, que años más tarde se instalaría en Israel como profesor de filosofía y a quien visitaría yo en Haifa en 1982.

Mis obligaciones académicas eran llevaderas. Lo hubieran sido en cualquier supuesto, pero por tratarse además de un curso de repaso, que por tener ya aprobado en su momento no era susceptible de ningún otro examen, el desahogo y la carencia de *stress* eran las características más destacadas de mi condición de estudiante. Quería potenciar mis actividades de turista y por ello me apliqué a apuntarme a todo menester que significase contacto con el modo de ser alemán. Lo primero que hicimos todos fue proveernos de una tarjeta o bono mensual para ir en Metro, una Schüler-Monatskarte para la red subterránea o U-Netz. Una verdadera maravilla de puntualidad y limpieza este “Underground” de Berlín. Y además sin, al parecer, aglomeraciones acusadas en horas punta. Era como si todo el tráfico, el de la superficie del exterior y el de bajo tierra, se conformaran a unos principios indestructibles de proporción y de ausencia de factores de sorpresa distorsionante. Como una isla que era, Berlín contenía un número previsto de vehículos que no podía traspasar unas cotas definitivamente máximas. De ahí que el flujo rodado se auto-contuviera, se asumiera en sus justas proporciones, exento de engendrar caos mastodónticos.

Me apunté, como digo, a todas las excursiones que el Goethe organizara. Una de ellas, a visitar el campo de Berlín; o sea, todo lo que no era ciudad; todo lo que no eran calles y tráfico humano, sino prados, fincas, inmensos maridajes de verdor y de agua. Aquella vez que nos acercamos al lago Havel en su parte de Playa de Wannsee, así llamada “El Lido de Berlín”, Robin, mi compañera me sacó unas preciosas fotos en blanco y negro que ella misma amplió y me envió de regalo meses más tarde desde Toronto. La parte de Berlín occidental contiene multitud de granjas y espacios campestres, propios para hacer en ellos excursiones y acampadas; y todo ello es quizás el artículo turístico que más se promociona, quiero decir, como contrapunto a la pesada carga de contenido político y urbano que el nombre de Berlín suele llevar consigo para cualquier forastero. En otra ocasión, acompañados por un profesor de una clase distinta, hicimos un recorrido del Berlín ciudadano, sobre todo respecto de los lugares con alto significado post-bélico. La justa captación de una buena parte de la realidad estriba en considerar que la zona Este de Berlín está, obviamente, controlada en exclusividad por los rusos y por los alemanes de inspiración soviética; que forma equipo, en una palabra, con el bloque soviético de la Europa oriental del Telón de Acero; y que el Berlín Oeste, aunque constituyendo parte del sistema financiero y legal de la Alemania occidental, mantiene, al menos en teoría, representantes de las fuerzas de ocupación de las cuatro potencias..., llamémoslas vencedoras: USA, Gran Bretaña, Francia y la propia URSS. Ahora bien, es público y notorio que la presencia soviética, por simbólica que sea, en el Berlín occidental, pasó de ser “no grata” a ser indiferente. Los propios soldaditos rusos destacados allí sobresalen por sus rasgos eslavos, por sus caras frecuentemente de niños tirando a rubios, con rasgos tártaros de estiramiento ligero en los vértices exteriores de los párpados. Parece como si ellos mismos fueran los primeros conscientes de la poca popularidad que despierta el sistema político de la potencia a la que representan; y en general, según nos decían, procuran pasar desapercibidos, “unnoticed”, si bien

las polainas mitad fuelle, mitad embudo de sus pantalones amarillentos grisáceos les delate.

Como digo, aquel día de excursión a los sitios destacados en el mapa geopolítico de después de la guerra nos condujo, en primer lugar, a la cárcel de Spandau, donde todavía se hallaba recluido el famoso dirigente nacionalsocialista alemán Rudolf Hess. El mito de este nombre y de las circunstancias acompañantes se resisten a cualquier ponderación. Era cuestión de *orden público* por parte de los soviéticos mantenerlo allí hasta su muerte, por más que la peligrosidad potencial de un hombre viejo y fuera por completo de onda, quedara reducida a cero absoluto. Era creencia afincada en toda la ciudadanía alemana que el régimen soviético perseguía tan sólo el sostenimiento ejemplar de un firme criterio, de perpetuar la evidencia de que fueron los alemanes los agresores y los que comenzaron... el follón! Y asumido lo cual, lo demás pasaba a segundo plano. Lo demás, por ejemplo, incluía reconocer que el señor Hess se había convertido en el preso más caro de toda la historia del régimen penitenciario sobre la tierra: Mantenerle a él solo en la prisión de Spandau no sé la pila de millones que costaba, según se nos aseguró. Pero se trataba de un tema ejemplarizante, con valor histórico, acaso irreplicable, y había que mantenerlo. De allí nos fuimos..., no estoy seguro del lugar, que en todo caso resalta su identidad inequívoca porque el turno de guardia o vigilancia que corresponde a la URSS lo protagoniza cada vez un soldadito ruso durante dos horas completas, inmóvil, absolutamente firme, quieto, “bewegungloss” como nos especificó nuestro guía. ¿De qué sitio puede tratarse? Una pena no poder estar seguro. Acaso del Ploetzensee Memorial, en honor de las víctimas que se resistieron a la dictadura de Hitler. Acaso también la Postdamer Platz, punto donde convergen los tres sectores de las potencias occidentales de ocupación.

Por último la excursión incluía una visita al muro, “Die mauer”, secuencia que en mi caso queda perfectamente recogida en una foto que conservo y que alguno de nuestros compañeros hizo de Robin Cavendish, la australiana-canadiense, y yo. No puedo precisar

el punto exacto o sección del Muro. La identificación, sin embargo, puede resultar inconfundible, ya que en aquel momento sobre el cemento armado de la estructura grisácea se podía leer “Freiheit für Nico Hübner Hanste...” [Libertad para...], y aquí termina el cartel-graffito. Desconozco de qué personaje se pudiera tratar. Como todo el mundo sabe, El Muro se convirtió en una de las superficies más vastas del mundo donde quedarán fijadas, hasta el día de su destrucción, pintadas sobre pintadas, expresiones espontáneas, *graffiti* polifacéticos, mensajes pertenecientes a todo el espectro emocional humanamente imaginable, una plataforma experimental para dar salida a reivindicaciones y humores. Pasado el tiempo, mi siempre buena amiga Helga Patzsch me regalaría el precioso libro de Heinz Kuzdas, *Berliner Mauer Kunst: Arte en el Muro de Berlín*. Elefanten Press 1990.

El primer golpe espectacular de mano que se me ocurrió dar a todos mis amigos del Goethe (me refiero a los compañeros más significativos de mi clase, y a algún otro como el argentino Mauricio, además, por supuesto, de Helga Patzsch) fue una comida-merienda-cena que organicé, monté y costeeé exclusivamente a mis expensas en el piso que ocupaba. Aproveché la holgura de espacio de la que podía disponer, cosa del todo imposible si me hubiera acomodado en las cualesquiera otras modalidades de habitación con una familia, hotel, residencia, etc. Decidí marcarme un tanto definitivo y creo que lo conseguí. Lo primero de todo fue colocarme en la plataforma adecuada de valoración de la realidad. Y ello no consistía sino en la evidencia de que los alemanes, en general –y acaso mucho menos los berlineses– no solían permitirse el lujo frecuente de pegarse una hartada de solomillo [carne de primera, quiero decir] por ejemplo. Helga, que como profesora de instituto ganaba un buen sueldo, me había dado pruebas fehacientes de todo aquello que para mí constituía el reto que me disponía a superar, a saber: que los ciudadanos de a pie, más o menos como nosotros, como ella, hacía ese tipo de celebraciones en un restaurante una o dos veces al año, todo lo más; que lo normal era la comida italiana, el *Wienerschnitzel*, las ensaladas,

etc., pero con moderación y contando los marcos uno a uno. Todo se había confabulado para que yo me encontrara directa, irresistiblemente motivado, urgido a hacer una demostración... eso, espectacular, después de la cual los valores, las personalidades y las referencias quedaran fijadas en sus justas cotas. Así que me apliqué a ello. Pregunté, indagué y dí con la carnicería que más garantía me ofrecía, por cierto cerca de la Bismark Strasse. Llegado el día de la celebración –que fue un sábado– recuerdo que el carnicero, ya avisado y prevenido, me vendió en filetes ya cortados la partida de trozos de carne más costosa y significativa que el hombre me pareció que había vendido a un solo cliente en mucho tiempo. Debió de ser el equivalente a unos cinco kilos, una verdadera pequeña fortuna que mi abundancia –¡todavía!– de dólares canadienses se encargó de neutralizar. Fiel a mis deseos de simplicidad, al menos en algunos asuntos, la comida iba a consistir en ensalada variada, carne, vino y postres. Me ayudaron Robin, la australiana, y Brigitte, la belga; también la italiana Silvana y, por supuesto, Helga, la cual me dijo no haber visto en su vida tanta cantidad de carne junta para comer. Compré seis u ocho botellas de vino Chianti, calculando un mínimo de media botella por persona, que resultaría en casi una entera para los bebedores, compensada por el vasito que nos despacháramos los no-bebedores. No recuerdo el número de comensales, pero a tenor del vino y de los filetes, calculado para que tocáramos a cerca de medio kilo de carne, antes de servida en el plato, por persona, puedo inferir que nos reuniésemos unos 11 ó 12. Preparé los filetes a mi estilo: “broil”, o sea, fuego por abajo y por arriba; unte de aceite y sal a lo largo de las estrías hechas por ambos lados, y recogida del jugo resultante en las bandejas de papel de aluminio al efecto. No me extenderé más: Un descomunal éxito, una clamorosa y definitiva demostración que me granjeó el todavía más cordial respeto que se me profesaba; un alarde que si en cualquier otro individuo hubiese parecido desproporcionado, en mí encajó a la perfección, porque únicamente de mí, en mí, –fíjese bien en esto el lector– únicamente de mí podrían todas aquellas criaturas esperarse semejante pródiga

rumbosidad. Les vi comerse hasta los dedos. En todos sus corazones, en el “Who’s who” de sus conciencias constaté que me habían reservado una entrada selecta, una distinguida señalización. Por cierto que la bella y madraza Brigitte se pasó al día siguiente, domingo, por resorte espontáneo de su voluntad..., se pasó por mi piso para ayudarme a terminar de recoger cosas y limpiar el paisaje. Creo que ella, entonces, esperaba que yo le hubiera dicho algo, como que me quería casar con ella..., como que... me parecía la compañera ideal. Pero no le dije nada. Espero que así me haya recordado siempre, con esperanzada y positiva armonía.

Los restaurantes que normalmente frecuentábamos el estudiantado eran del tipo “pizzeria” con precios asequibles ya que de otra forma la clientela hubiera desplazado su patrocinio a otros lugares. Había una, quiero recordar de nombre “Amico” en la Savignyplatz, que recibía nuestra aprobación mayoritaria. Estaba también la “Mensa” o comedor de la Technische Universität: Desde la sede del Goethe, siempre siguiendo la Knesebeckstrasse, y en la Savignyplatz se cogía la Carmerstrasse hasta la Hardenbergstrasse, y allí mismo enfrente, el comedor. Los nombres de las calles de aquel vasto entorno correspondían a personajes notorios en el campo de las Humanidades, de la Filosofía y de la Historia, en general: Bismark, Goethe, Uhland, Savigny, Kant, Schiller, Leibnitz, etc. Era como pisar sobre el patrimonio cultural más incuestionable del germanismo; como ponerse en contacto, irrigarse desde la raíz con todos aquellos colosos.

Un día, digamos, al cabo de una semana de estancia, reparo en que sobre uno de los tabloncillos de anuncios estaba fijado un “Sport und Spiele im Freizeit und Erholungs Programm”, o sea, toda una oferta de actividades deportivas que tenía lugar a pleno rendimiento desde el 1 de mayo hasta el 30 de septiembre. Indagué con más cuidado y, en efecto, existía un programa de atletismo ligero que una vez puesto en práctica le permitía a uno ejercitar unas pruebas y obtener el oportuno refrendo o certificado de su forma física. Y todo ello..., a la alemana;

quiero decir, con orden, con concierto, con seriedad, con la responsabilidad asumida; con sitios concretos y diversos donde se podía dejar la ropa con toda garantía, lavarse y volverse a vestir. No es el lugar ahora de entrar en especificaciones ni nomenclaturas de las actividades deportivas en las que tomé parte. Puedo decir que en todo aquello en lo que no se necesitase un equipo especial, sino un par de zapatillas de atletismo, un soporte o braguero interior y un pantalón corto. Y eso lo tenía porque me lo había llevado de España, con toda intención; así como un traje de baño. Algún que otro fin de semana nos íbamos a correr por sectores de la Grunewald, dirigidos y conducidos por un Instructor, conforme a edades, aptitudes y ganas de correr en el día concreto de que se tratara. Aquello estaba realmente bien. Comenzaba la sesión de, digamos, una hora de carrera: Según se fuera viendo, en tal o cual momento más o menos posterior cada uno podía seguir en el grupo originalmente asignado desde un principio, o pasar con los más avanzados y más rápidos; o simplemente abandonar si así se lo pedía el cuerpo. Otras veces un instructor especializado nos dirigía las sesiones de ejercicios en un Gimnasio en toda regla: Flexiones, tensiones, fuerza o colgamientos de las barras horizontales. En ocasiones era en algún Estadio atlético donde desarrollábamos nuestros desfogues. Yo, con casi 42 años todavía desplegaba unas facultades razonablemente boyantes que me permitían materializar esfuerzos, si no extenuadores, sí significativos, sin por ello plantearme problemas de lesiones o de rechazo de la actividad deportiva que fuese, por incompatibilidad motriz o funcional. Llegara hasta donde llegara, me encontraba dispuesto a coger el peso y a tratar de lanzarlo; a nadar lo que hiciese falta con mi estilo que no llegué nunca a depurar; o a hacerme las “laps” o vueltas de 400 metros de la pista que fueren necesarias para dejar sentada mi versatilidad y la amplitud de mi espectro. A todo esto, y como incentivo, la autoridad competente de la República Federal de Alemania, ya dije, emitía a través de sus oportunos órganos unos certificados con los registros obtenidos por el interesado en el grupo de pruebas que más se afectaran a sus habilidades. Yo superé tres de los cinco grupos con suma facilidad:

Normalmente se combinaban los ejercicios o pruebas de fuerza con las demostraciones de velocidad, a elegir. En cosas de carrera, quiero decir, de tiempos logrados por rodar en pista, no tuve yo nunca problema alguno. Dentro de la franja de edades en que se acoplaban las distintas prestaciones a mí me sobraba suficiencia, en el sentido de haber podido alojar mis marcas en la banda de atletas alojados dos franjas de edad por debajo de la mía. Sin embargo, en la prueba de los 100 metros de natación me faltaba un poquito, como asimismo me faltaba otro poquito, sólo medio metro, para los siete y pico u ocho que se exigían en el lanzamiento del peso... “Macht hat er...” (“Tiene fuerza”), dijo un entendido, que también debió de observar que yo carecía de los más mínimos resortes de técnica...

Un día caímos juntos en el Estadio el suizo Edmond Granges y yo. Él, que venía un poco por libre, sentía yo como si mirase todo eso del atletismo como un juego superficial, como algo a lo que él, así sin más, pudiera acceder después de levantarse de la mesa y con nada más que ponerse a ello. No se me olvidará en tanto viva de tan ilustradora como encontré aquella lección. Ocurrió que una de las instructoras [que también las había mujeres] sugirió comenzar una tanda de 400 metros para todos aquellos que quisieran probar aptitudes en la distancia. Parece que le estoy viendo: Miró así, como extrañándose de que alguien pudiera prepararse para algo tan ridículo como correr 400 metros. Se quedó en pantalón de deporte, se puso en la línea de salida y arrancó con otros muchachos de su edad. Edmond medía sobre 1'90 metros, así que los primeros cien metros le vimos todos cubrirlos con un impresionante sprint, impulsado por el generoso arco que sus larguísimas piernas le permitían... Pero... ¡qué veo! A eso de los 200 metros el bueno de Edmond afloja, empieza a hacer unas contorsiones, unos tembleteos como de desmadejamiento... y se deja caer en la pista. La pájara que sufrió fue de órdago. Hubo que darle oxígeno y vigilar su recuperación, de lo malísimo que se nos puso el grandullón. Era un buen muchacho y nadie se lo tomó a mal, pero aquella lección suponemos muchos que le duraría. Aunque el alemán era la lengua que, supletoriamente y también, se hablaba en la parte de Suiza donde

vivía, él con toda naturalidad nos decía que no era capaz de articular una frase sin perpetrar faltas garrafales... Por eso estaba en el Goethe. Por toda explicación para su accidente, Edmond no dejaba de dar la misma versión... “Que había empezado muy fuerte, pero que al llegar a los 200 metros...” ... “Ich konnte nicht *acceleriren*”..., verbo éste último absolutamente macarrónico e inexistente, aunque inteligiblemente descriptivo. Pues ya ve el lector en lo que se puede transformar el juego de correrse indiscriminadamente los 400 metros lisos.

También había veces en que hacíamos deporte ligero en grupo. O sea, que nos juntábamos familias enteras con gente suelta como yo, y allí el cómputo de edades recorría prácticamente todo el espectro. Un señor de 72 años, bien lo recuerdo, participaba en todas las variantes de los ejercicios, excepto en la pirueta –mitad fuerza, mitad velocidad– de saltar “a pídola” por encima de las costillas y, bueno..., del torso completo de alguien agachado hacia adelante. Otro día coincidimos algunos amigos de nuestro habitual instructor, y yo, en un pequeño Estadio, distinto del utilizado en anteriores ocasiones: Tan variada y tan versátil era la capacidad de Berlín en dichos menesteres. No sé exactamente por qué razón Brigitte, la belga, y una amiga suya se encontraban allí. Me parece presuntuoso inferir que fuera porque yo había ido y ellas me habían acompañado. El caso es que mis compañeros, diez años más jóvenes que yo por lo menos, y todos ellos un dechado de deportividad, iniciaron entre ellos una especie como de tanda de *sprints* diagonales, y sin darme tiempo a reflexionar me vi envuelto en tan espontáneo como no buscado reto. La cosa fue tomando características de competición, y en algunas de las mangas, al culminar el sprint oía yo que Brigitte me enardecía con la típica exclamación: “¡Come on, Thomas!” Porque Brigitte y yo nos expresábamos tanto en inglés, como en francés, como en alemán. Fabulosa y conmovedora criatura, amiga de sus admiradores, madraza para con sus amigos. Yo, qué duda cabe, me encontraba fuerte y así, además, debía de parecerlo. Una tarde mientras esperaba el autobús para ir a uno de los lugares de deporte, una señora mayor que hacía la

misma ruta, al subir y hablar con el conductor alguna cosa sobre los horarios, al referirse a mí como testigo de lo que fuese, me dedicó el improvisado y sin par piropo de llamarme “Dieser Junge... Este joven”.

Mi vida social en Berlín era inexistente, arrollado como estaba por las clases y por la propia dinámica de las actividades deportivas y para-curriculares que el Goethe Institut se encargaba de patrocinar y administrar. El elemento femenino encarnado en mis compañeras no podía prosperar. Me llevaba muy bien como se ha visto, con Brigitte, la belga; y con Robin, la australiana-canadiense que, por cierto, se había alquilado un coche para toda la duración del curso, y más de una vez me acercó graciosa y espontáneamente a casa. Ella fue también, ahora lo recuerdo, quien me hizo las fotos que luego desde Toronto me mandaría ampliadas. También recuerdo que Robin me felicitó elocuentemente por el éxito de la invitación a la célebre comida en mi piso. Robin valoró altísimamente mi proceder y se sorprendió de que me hubiera embarcado “tan pronto” [o sea, con sólo unas semanas de rodaje de curso y de ambientación, es lo que quería decir] en una invitación tan costosa y tan completa. Alguna que otra vez, por libre, me dejaba caer por algún establecimiento, pub, restaurante o cafetería, fuera de los circuitos normales del estudiantado del Goethe. Lo hacía con el propósito de captar por la vía directa aspectos y segmentos de la vida alemana de Berlín, más allá de los esquemas propiamente turísticos o estudiantiles. Una de las facetas que más resaltaban en aquella época era la afluencia de negros, negros africanos, de esos altísimos y oscurísimos, como la badana, no podría aventurar su procedencia, pero negrísimos, troncos de dátil brunos, vestidos con sus camisones blancos, o azules, a veces verdes, acompañados de chicas rubias, normalmente atractivas. Ahí radicaba una de las características por las que yo otorgaba mi pleitesía y mi respeto a estos alemanes: Su capacidad para ensayar módulos convivenciales que, a buen seguro, a otros muchos occidentales hubieran parecido desencajados, sacados de contexto...

Yo tenía mi propia explicación: Estos germánicos de la postguerra, viviendo en un Berlín vigilado, tenían un prurito como de mostrar al mundo la práctica inagotabilidad de sus resortes sociológicos. Dejaban a sus espaldas el nazismo con toda su carga de genocidios y de exclusiones étnicas, y ahora, así, como para demostrar que ellos eran demócratas y tan anti-xenófobos como los que más, se despachaban ellos mismos a su propia costa estas dosis de confraternización que, de momento y por ejemplo, en los USA, responsables directos de la derrota del nazismo, hubieran causado horror. Admirable gente, investidos de una capacidad ingente tanto de ejercer el liderazgo como de auto-aplicarse medidas de extrema ascesis.

Pero por mucha sublimación y muchas actividades de señuelo, de distracción pura y dura que yo quisiera imponer a mi vida, al iniciar el último tercio de mi estancia se me hizo patente la necesidad de expansionarme: “¡Semen retentum, venenum est!”, reza el aforismo, y no es cuestión aquí de poner en tela de juicio tan inveterado y tan clásico principio; ni mucho menos se me ocurrió semejante cosa allí en Berlín. Ahora bien, cuando uno se halla en ambientes tales, procurarse información sobre ciertas cuestiones no es muy asequible, porque el círculo de las posibles fuentes se halla absolutamente desplazado de los focos de asistencia, de conversación en que uno estaba inmerso. Con todo, sin recordar ahora muy bien *los cómo*s, sé que pregunté a alguien, probablemente, casi con toda seguridad, a un taxista. Una lástima, una verdadera pena no poder ahora ni siquiera conjeturar el nombre de la calle, aun del distrito, de la zona roja, tan total fue mi carencia de cualquier anotación o dato concreto sobre el tema. Recuerdo que no estaba lejos de donde yo vivía y de donde yo tomaba el Metro ó U-Bahn, en Bismark Strasse, sólo seis o siete estaciones acaso hacia el sur, y hasta en un raptó de irresponsable gratuidad por el que, en caso de error, pido desde aquí y desde ahora disculpas..., acaso en el distrito de Friedenau, mejor dicho entre éste y el de Steglitz, tal vez... no, no sé si debo, tal vez por la calle Feuerbach..., como si se bajara un poco de altitud, pasada una estación

en que las vías del tren S-Bahn cruzaban por allí. Fuese lo que fuese, el caso es que después de los titubeos del primer día [Gibt es Huren here? Bordell?, creo que le pregunté a un joven] me orienté perfectamente y no tuve problemas. Las tías estaban en la calle, a la puerta de algunas casas, o bien dentro de una especie de portales o zaguanes, sentadas, charlando o simplemente esperando. Los precios eran competitivos, siempre teniendo en cuenta la debilidad de nuestra moneda respecto de cualquier cosa que hubiera que pagar en marcos. Creo que estuve tres veces, repitiendo una de las chavalas. Estaban buenas, en general, y ofrecían un trato algo más “amistoso” que las de Constanza, único referente del que yo disponía durante mis días de Goethe. La chavala con la que estuve dos veces se dejaba besar, acariciar sin restricciones, y no exteriorizaba, ni siquiera de lejos, ningún signo de impaciencia o descompostura mercenaria que suele ser lo que agria este tipo de expansiones. Quiero recordar que se llamaba Inge.

El curso iba cobrándose fechas, dejándose empujar hacia su consecución. Todo mi espíritu estaba lleno de incumbencia. Me hallaba en Berlín repasando mi alemán, al tiempo que en España me esperaba la continuada zambullida en la investigación jurídica de mi Tesis doctoral, a la que tan magníficos cimientos había yo colocado en aquellos casi dos meses previos al verano y a mi regreso de Granada a Alcalá de Henares. Por si fuera poco, mi alma había comenzado a compaginar vivencias emocionales, intensas e inequívocas respecto de la chilena santiaguina Lucía [hermana de mi buen amigo Eduardo Martín Letelier; aventura espiritual que está recogida en su encofrado cronológico correspondiente]. Lo de mi alemán me lo tomaba con toda la seriedad posible, pero siempre con el alivio de saber que, por benignos que fueran los exámenes, no tenía esta vez que enfrentarme a ellos. Berlín y “lo alemán” desplegaban ante mi conciencia esa serie siempre variada de realidades que aun asumiendo las más agudas oscilaciones nunca dejaban de llevar consigo un poso perceptible de excelencia. La T.V. era una preciosidad, de imagen y de programas. En ninguno de los canales obtenibles desde Berlín podía uno verse

sorprendido por ese tipo de productos chabacanos, vulgo “reality show” que tanto abundan ahora en España. Las películas mostradas solían ser de calidad estimable, argumentadas, con historia. Yo disfrutaba especialmente con las “Noticias / Nachrichten” ya que la fórmula de discurso que los locutores empleaban, emanado sobre el fondo de la realidad que fuere, contenía los componentes de dificultad más adecuados para que yo midiera mis fuerzas intelectivas. Las palabras, los giros volvían a sonarme, aunque ni por un momento dejé yo de perder de vista los principios incuestionables en esto del manejo de una lengua, a saber: Que todo lo que no sea emplear la palabra o giro aprendido, con alguien de la calle, a lo vivo, y medir el impacto; todo lo que no sea someterlo a la prueba de la comunicación directa y espontánea, ... es producto enlatado, inservible, no apto para el consumo.

Berlín en este caso concreto se me aparecía a mí como una avanzadilla del nuevo espíritu alemán, como deseando a toda costa reclamar la atención de propios y extraños, sobre todo extraños, extranjeros, visitantes, forasteros, turistas..., mediante la exhibición y la explicitación de recursos propios, de iniciativas propias, por tratarse de una Ciudad-Estado y por si fuera poco, dividida en dos concepciones desiguales y, durante muchos años todavía por venir, irreconciliables. Uno de los detalles que a mí, como español, más me impresionó, más me puso en la pista de lo que los pueblos pueden hacer cuando una minoría de líderes, conductores o dirigentes se lo propone..., uno de los motivos que más me dio que pensar sobre lo que podría ser en un futuro muy próximo el proceso convivencial entre ciertas comunidades dentro de un mismo Estado, fue ver una enorme profusión de carteles con las cuatro provincias de Cataluña, en las paredes del Metro sobre todo. Así que –pensé yo– no ha hecho más que descapullar el así llamado Estado de las Autonomías, y ya tenemos a Cataluña haciendo patria, anunciándose “por libre”, concertando quién sabe qué acuerdos y pactos de tú a tú con la República Federal Alemana, con la Ciudad-Estado de Berlín y con quien hiciere falta. Eso es uno de los resultados de salir fuera: Que se

adquiere perspectiva que a uno le sirve para la mejor valoración de las cosas de casa. No habían pasado aún tres años del deceso de nuestro gran autócrata y ya los catalanes vendían en el extranjero, por todo Berlín por lo menos, su imagen de Comunidad autonómicamente consolidada.

Un día íbamos camino del sitio para comer un grupo de nosotros, del Goethe, y nos llamó doblemente la atención el hecho de que para advertir sobre la existencia de un hoyito en la acera, quiero decir de un pequeño descalabro o bache, del tamaño de un ladrillo, en el pavimento, las autoridades de mantenimiento a quienes correspondiere habían montado una señalización completísima, a base de una cerca o vallado de material reflectante, triángulo de circulación significando “Peligro / Achtung”, banderitas de color rojo y varias luces en constante parpadeo. Y todo por un insignificante desconchón o rotura de la acera. ¡Igualito que en España! –pensé yo.

Al entonces decano de nuestra facultad de Filosofía y Letras en Granada, Angel Sáenz Badillos, le llevé a cabo el señaladísimo servicio de que la Biblioteca del Seminar für Judaistik de la Freie Universität Berlín le fotocopiara el volumen entero de *Jubelschrift Zum Neunzigsten Geburtstag des Dr. L. Zung* (Berlín 1884). Ángel, hombre correcto y competente, catedrático de Filología hebrea, se enteró de que yo andaba por Berlín entonces y me hizo llegar su ruego que, por mi parte, cumplimenté con todo gusto, adelantándole yo, por si fuera poco, el dinero de mi bolsillo.

Encontrándose en Berlín occidental, el mejor turismo que un europeo puede hacer es pasar al Berlín oriental. Sin problemas. Se tomaba el tren subterráneo, Metro propiamente dicho o U-Bahn; o el tren de superficie S-Bahn y ambos le dejaban a uno ya al otro lado de la demarcación. Yo, las dos o tres veces que fui lo hice en Metro pues para eso disponía de mi tarjeta-bono. Se pasaba por debajo de la Puerta de Brandeburgo y en mi caso me regodeaba de esquivar lo que por vía de superficie tres años atrás me había causado tanta penosa molestia en el Checkpoint Charlie, viajando en coche. Las autoridades

orientales le imponían al turista cambiar DM. 7 buenos por marcos orientales que había que consumir o regalar necesariamente en dicha parte de Berlín ya que, al menos en teoría, no se permitía sacar ningún dinero oriental del Berlín... oriental; y además dicho dinero no servía para nada en ninguna otra parte. Yo había reparado en que la celeberrima avenida Unter den Linden, “Bajo los tilos” era continuación natural de la Bismark Strasse, donde yo me alojaba, y quise comprobar a lo vivo la grandiosidad y el empaque de aquellas arterias, a lo largo de las que, según yo entendía, el señor Hitler organizaba sus masivos y enardecientes desfiles. La ya citada en alguna otra parte de mis escritos Alexander Platz, era como la Puerta del Sol de Madrid, un sitio de cita inequívoco, un destino centralizado y como obligado para todo aquel que desease llegar al corazón de la parte este de la capital. Hasta allí me fui yo andando, paseando, una vez, desde el control de llegada en Metro. Como digo, era continuar la Bismark Strasse. Medio millón de tíos desfilando por allí, bien armados, bien vestidos, bien acompañados por un despliegue tremolante de banderas, pendones, etc., y bien calentados por las vociferaciones energúmicas, mesiánicas, visionarias y tronitronantes de don Adolfo... debía de ser, tenía que ser todo un espectáculo. Yo, conforme recorría el trayecto hasta la Alexander Platz me iba conjeturando en imágenes orales el desarrollo de aquellos “shows” que el autor de *Mein Kampf* solía montar. Sí, algo muy serio tenía que ser todo aquello.

Por otra parte, no es que en el Berlín occidental hubiera sentido yo en momento alguno inseguridad ciudadana o zozobra por falta de protección personal, pero en el Berlín oriental podía yo respirar la más absoluta de las certezas de que se podía pasear a cualquier hora y por cualquier parte sin que uno percibiese el más mínimo indicio de perturbación. Lo mismo que en Moscú donde yo había estado ya dos veces. Y también como en la URSS, llegado a la Alexander Platz pude comprobar que las cosas tenían otro registro, otra dinámica más apagada, más resignada. Me sentaba yo por allí, junto a jóvenes que charlaban. Sus ropas, mucho menos estridentes, mucho más uniformes

y conformadas que las de sus hermanos del oeste. Con los DM 7 cambiados solía entrar a cenar a alguno de aquellos restaurantes deslustrados, mugrientos, atendidos por camareros con la vestimenta desgastada y raída. Pudo ser el mismo de 1975, pudo ser otro, ahora no conservo el dato preciso, pero supongo que cortado por el mismo patrón. Todo, autopistas, edificios..., carecía de refinamientos y de medios para su conservación. En sistemas así sólo se tienen recursos para armamentos y para lavar el cerebro de los que vivan dentro de las fronteras. Es una pena tener que decirlo pero es así.

En uno de aquellos ratos, de paseo por la Alexander Platz, mirando a un sitio y a otro, midiendo claves de convivencia, apuntando registros a tenor de la indumentaria de la gente que se sentaban por allí, en uno de esos ratos acerté a conversar con dos muchachos jóvenes, despejados y bien parecidos, el uno moreno, rubio el otro..., que encontraban extraño que alguien quisiera venir del Berlín Oeste al Este. Charlamos, yo siempre en la percepción de que aquellos ciudadanos estaban como esperando continuamente noticias, dádivas, esperanzas, lo que fuera... de quienquiera pudiese venir del Oeste. Se ofrecieron a acompañarme en mi viaje de regreso al Berlín occidental hasta donde a ellos se les permitía, la última estación de Metro..., y al percatarme yo de que se habían subido al vagón sin más, así sin más, les pregunté que si no tenían billete, ni tarjeta. Me miraron entre incrédulos y resignados... y me vinieron a decir que, para qué, que, bueno, que sí, que se suponía que todo viajero debería ir provisto de su correspondiente título de transporte, pero que allí... no pasaba nada, que aunque la inspección les pillase, que no pasaba nada. Fue una portentosa lección la que me dio aquella actitud, que no era sino la consagración de que en ciertas economías, bajo ciertos modelos de convivencias, sólo importan unos cuantos, pocos, macro-conceptos centralistas, y lo demás es desestimable, insignificante. Viajaban conmigo, me acompañaban por el puro placer de hablar con un extranjero, de recibir *noticias de fuera*. [Años más tarde podría yo constatar lo que entonces me parecía imposible: La incorporación y absorción de los casi veinte millones de alemanes orientales al cuerpo

de la República Federal, una de las mayores gestas, en mi opinión, de todo el siglo XX; uno de los fenómenos socio-económicos de mayor relevancia de todo el siglo XX ..., de toda la Historia contemporánea]

Las cosas iban conformándose hacia su fin. Yo estaba más atento ya a lo que me esperaba en España que a lo que tenía entre manos en Berlín. Sin embargo no quise desaprovechar la oportunidad portentosa que me brindaba una ciudad que se esforzaba por aperturizarse, por testimoniar su fe de vida en cualesquiera foros, siendo a su vez, como era, Estado, ciudad, colonia, autonomía..., todo en uno. Alrededor de diez días antes de acabar el curso comencé a echar cuentas ajustadas y saqué la conclusión de que llegar el 25 de agosto a casa, en plenas Ferias de San Bartolomé, no me hacía gracia en absoluto. Podía disponer de una semana más, justo para agotar el mes de agosto y llegar a España a primeros de septiembre. Indagué y para sorpresa y agrado míos me informaron de que desde Berlín podía uno obtener con toda facilidad el visado correspondiente para viajar a la URSS, que era el plan que yo me había trazado. Me aseguraron la existencia de una Misión Diplomática soviética en la calle Reichensteinen Weg 34-36, Grunewald, donde en efecto me confirmaron que se expedían visados con el mínimo de molestias. Así lo hice, al tiempo que las líneas Lufthansa también me arreglaron mi billete en el sentido de añadirle el valor calculado y equivalente al tramo Moscú-Berlín, ya que decidí hacer el viaje de ida en tren. Aquella triple gestión de obtener un visado para la URSS; sacar mi correspondiente billete de tren de Berlín a Moscú; y suplementar mi tarifa aérea de regreso a España lo conseguí mediante un proceso concentrado y fácil de gestión, todo allí, prácticamente dispuesto en un radio pequeño desde donde yo me encontraba. Dispondría así de una vacación añadida de una semana, con mi alemán reciente, lengua subsidiaria del ruso en la mayor parte de los hoteles y de los organismos oficiales en Moscú. En la viñeta apropiada y en la latitud que sea de mis *Mujeres, lugares, fechas...* se da cuenta proporcionada de este viaje que sería mi tercero a la URSS, y esta vez viajando asimismo solo, y únicamente a Moscú, como la vez primera en 1976.

Nuestra profesora Raffi nos organizó una fiesta en su piso a toda la clase, unos veinte en total. Su marido era un alemán, también de ascendencia asiática, modelo de corrección y simpatía. Ocupaban una espaciosa vivienda en la que se nos dejó ir y venir a nuestro antojo, con la sola restricción para los hombres de no estorbar mucho en la cocina. Recuerdo la risotada que soltó Oded (Mauricio) Balaban al contarle yo el chiste del loco que cortaba los huevos a todo aquel que tuviera más de dos, pero que lo malo del asunto era que primero los cortaba y después los contaba. La carcajada de nosotros dos fue estentórea y sostenida, y Raffi entendió que se hallaba ante un exceso de epifanía expresiva por parte de dos hispanos. Raffi –igual que nos dijera Herr Steffens, nuestro instructor de Passau– empleaba ese solo nombre, convención universalmente aceptada al parecer por los alemanes. En un momento, y un poco por guardar las formas, me acerqué al señor de la casa, el marido de Raffi, y le pregunté que si... bueno, supongo que algo que tuviera que ver con la elección de música, con la elección de bebida o comida, con la elección de sentarme en uno u otro sitio..., y el hombre, afable, abriéndome los ojos, la sonrisa y los brazos me contestó: “Tun Sie was Sie möchten!” [“Haga Vd. lo que le plazca”]. Una preciosa velada en la que nadamos en bebida y encallamos en comida, de tanta como había, algunas cosillas llevadas por nosotros. Raffi disponía de una nevera enorme que la habíamos atiborrado de género y a la que menudeábamos los viajes, el abrir y cerrar de su puerta. Raffi era una gran mujer: Excelente profesora, llena de paciencia y de sentido de la proporción, interesada por el mundo de los demás, al que se acercaba con deportividad generosa. Su puesto en el título de esta viñeta pretende salvaguardar el dintorno de su memoria. Que así sea.

Pocas cosas quedaban ya por reseñar. Dentro de los cuatro o cinco últimos días de estancia, una tarde de aquéllas se abre la puerta de mi piso y aparece una chica, de unos 25 años, ni guapa ni fea, follable nada más. Ante mi cara de asombro, me dice que es turca, que está terminando el Mittel Stufe o Grado Medio en el Goethe, y que la

dueña del piso la ha indicado acomodarse allí. Pasado el primer tramo de sorpresa incruenta, percibo que la chica ha debido de estar allí más de una vez, porque se siente familiar con las cosas y las habitaciones. Pasa a alojarse en el cuarto más distante del ocupado por mí, dejando sobreentendido que la sala de T.V. y demás servicios son para compartir. Aquél fue un detalle más de la dinámica práctica que los alemanes imprimían a sus módulos de convivencia: Nada de trajines, nada de protocolos ni de anuncios. Se trataba de que yo estaba a punto de marcharme; se trataba de que aquel piso disponía de espacio para cuatro personas por lo menos..., y que la dueña había decidido dejar instalarse a la chica turca que excepto en lo de encontrarnos una o dos veces por el pasillo, no coincidimos nunca. Ella tenía su llave; yo tenía la mía. Antes de salir de Berlín yo debía dejarla depositada con el personal del Goethe, y todo arreglado. Un modelo de operatividad.

En Berlín sabido es que viven más de 300.000 turcos, siendo ésta la comunidad de extranjeros más numerosa, con mucho, en Alemania. Ocioso decir que entre tantos hay lugar para encontrarse con un espectro completo de valoraciones. La niña Meral, la compañera de nuestra clase, era un verdadero primor: Educada, bonita, comedida. Un día hasta nos invitó a su casa a Robin, a Silvana, a Brigitte y a mí, como si estuviese al tanto de quienes habían sido mis novias imaginarias y posibles. Vivía en Reinickendorffer Str. 8. Vorhaus. 2 Stock, y a la chica le hacía una enorme ilusión que cuatro compañeros provenientes de países significados, tanto del Viejo como del Nuevo mundo, del bloque anglosajón y de la cuenca Mediterránea, echaran un vistazo al grado de confort e integración que su familia había logrado en Berlín. Ocupaban un piso bajo, una especie de ante-vivienda y en términos comparativos no estaba mal. Nos invitó a degustar té y pastas hecho todo a la manera turca, y estoy seguro de que la chica sintió su status afianzado.

Un detalle garrafal vino a enturbiar el estado de armisticio que mi conciencia sostenía con la comunidad turca. El cuarto de baño de nuestro piso estaba en el centro de la vivienda, y mi dormitorio se

hallaba entre la puerta principal a la calle y dicho cuarto de baño. Una noche creí oír que alguien se había levantado..., mas como no sonó la cisterna, que hacía un ruido recio de manguera a presión, me decidí por pensar que tal vez había sido una percepción falsa. Al poco tiempo, una o dos horas después, fui yo quien me levanté con el fin de echar la chorrada de rigor, y cuál no sería mi fastidioso estupor al encontrarme todo el fondo de la taza del inodoro, como una fuente sopera ovalada, rebosando con una defecación inmensa e imperturbada..., una verdadera plasta, más propia del resultado de la evacuación de tres o cuatro personas que de una joven, por robusta y maciza que estuviese y fuese. Al coincidir ese mismo día, ya más tarde, me dirigí a la turca con voz amenazante y la hice saber [¡qué pena no recordar los recursos de alemán de que yo me sirviera para dar a mi comunicación la claridad, el tono y la vehemencia suficientes!] que era una cerda..., y que me había encontrado la noche pasada con el producto de la movida de sus intestinos en el cuarto de baño, y que no se había dignado tirar de la cadena. La turca se asustó ante mi expresión indignada e iracunda..., y lo único que se atrevió a decirme –bien lo recuerdo– era que, bueno, que había sido “nur einmal”, “sólo una vez”. ¡Hombre!, pensé yo, sólo faltaría que lo hicieras a diario, cacho asquerosa!

Al tiempo de la clausura de las clases de ese curso recibí un certificado final Teilnahme-Bestätigung [Certificado de Participación] declarando que había estudiado el Grundstufe II; que “Dieser Lehrgang umfasste 192 Unterrichtseinheiten zu 45 Minuten”; y que “Es wurde mit dem Lehrbuch BS Ib gearbeitet”. Perfecto. No quería más para dejar fe de mi estancia en Berlín. El mismo día de mi partida hacia Moscú compré siete kilos de fruta de primera calidad (plátanos, manzanas, naranjas, peras, melocotones) allí en la misma Bismark Strasse, en una tienda magníficamente surtida, frente a mi piso, para llevármelos a Moscú. [Sigo remitiendo al lector al lugar correspondiente donde se relata aquélla que sería mi tercera visita a la URSS] Brigitte, la belga, fue al tren a despedirme.

Magdalena; Tania: Moscú (URSS) 1978

Cuando aquel 25 de agosto de 1978 me vi en la estación Lehrter de Berlín occidental subido al tren que me conduciría eventualmente y de un tirón a Moscú, tuve la completa seguridad de que la cosa iba en serio. Inmediatamente detrás de mí quedaban..., mi curso de alemán de repaso y refrendo de mi Certificado obtenido seis años antes en Passau; la muy atractiva Brigitte, la belga compañera de mi clase, que me había ido a despedir al tren; mi decisión de haber adquirido una banasta de siete kilos de fruta, sí, así como suena, siete kilos de fruta que había comprado en una magnífica tienda de la calle Bismark, justo enfrente de donde yo me hospedaba, para que ni durante el camino ni en Moscú me faltara aquello que yo más echaba de menos como regalo de mi dieta. Quedaba detrás de mí el fecundo recuerdo próximo de Berlín, las disponibilidades impensadas que me había ofrecido, cuales eran las de haberme facilitado sin ninguna dificultad un visado de viaje y estancia en la URSS, y un arreglo del billete de avión que ahora tuvo que ser suplementado con el precio equivalente al del tramo Moscú-Berlín para mi viaje de regreso a España. Todo aquello y muchas más cosas quedaban detrás, y en la viñeta correspondiente de mis Memorias generales *Mujeres, lugares, fechas...* pondré mi mejor empeño en ofrecérselo al lector. Porque, aunque decidida y diseñada con el mejor de los espíritus de improvisación y espontaneidad en vista del magnífico punto de arranque que, para mi sorpresa, Berlín resultó ser, en realidad aquí estoy tratando de mi tercera visita a Moscú. Delante de mí tenía 36 horas de viaje; o sea, el recorrido durante dos noches y un día enteros a través de Alemania Oriental, toda Polonia y un buen pedazo de la URSS occidental europea. La línea de ferrocarril era la directa y principal: Frankfurt, saliendo de la DDR; Poznan y Varsovia en Polonia; Brest en la frontera con Bielorrusia; desde ahí, Minsk, capital de la mencionada república; y ya Smolensko seguido de Moscú, dentro de Rusia propiamente dicha como la primera república de la Unión Soviética.

Concernido como estaba en exclusiva con mi punto de llegada, Moscú, confieso que dediqué una difusa, más bien poca, atención a todo lo que la travesía de alrededor de 2.000 kilómetros me dispensaba. El compartimiento era de cuatro literas, y cuando el tren traspasó al sector oriental de Berlín, subió una señora joven y un niño de unos seis años, hijo suyo: Viajaban a Moscú también. Le ofrecí amablemente que eligieran donde colocarse, adelantándoles yo mi conformidad con cualquiera de los sitios. Dijeron preferir las dos literas de uno de los lados, y yo expresé mi intención de acomodarme en la otra de abajo. Me felicité por el hecho de que un espacio previsto para cuatro lo ocupásemos ya con muchas probabilidades *sólo* nosotros tres durante todo el trayecto.

Tuvimos que pasar por Varsovia al amanecer del día 26 de agosto, o sea, unas diez horas después de iniciado el viaje en Berlín. Quiero recordar que me incorporé y logré divisar un rectángulo colgante con el nombre Warszawa en la estación, al tiempo que se dejaban oír los campanillazos típicos de los ambientes ferroviarios, los resoplidos y silbidos estridentes, mientras pululaban aquí y allá tipos portando fardos y bolsas grandes. Una lástima atravesar Polonia y no haber incorporado ninguna vivencia destacada en todo el panorama de uniformidad que imponía el dejarse llevar por un tren. La señora de mi compartimiento era de la DDR y, como dije, viajaba a Moscú, me explicó que a pasar unos días con su marido que se hallaba allí trabajando. Estaba claro que aun dentro de la misma cápsula general de socialismo, una alemana por muy del Este que fuera marcaba sus diferencias con lo que pudiéramos entender por ortodoxia soviética. Digo esto a cuento de que, según transcurrían los kilómetros, y dentro de una exquisita compostura y discreto pudor por parte de mi compañera de viaje, no pudo por menos –así me lo pareció– de flexibilizar su normal recato como contrapartida a algún comentario que yo hiciese. Estoy seguro que, mejor o peor, pero probablemente en un decente alemán, encontrara yo un caudal válido de conversación en el tema de la rigidez soviética en cuanto a la práctica imposibilidad de obtener fruta por la carencia de un sistema de distribución, etc.

Estoy seguro de que cosas así permitían aspectos distendidos de cambio de impresiones en los que ni ella ni yo vulneraríamos ningún principio de honestidad o pauta de patriotismo. El tema de la fruta adquirió un matiz monográfico, tanto por las observaciones que a su costa hicimos respecto de las deficiencias del sistema de distribución en Moscú, por ejemplo, como porque yo abiertamente –pues no podía ser de otra manera– había levantado la tapa del arcón que servía de asiento, había extraído la pieza o piezas de fruta que se me hubiese antojado comer en ese momento, y les había ofrecido con una naturalidad tal que no pudieran encontrar justificación alguna para rehusar. Si mal no recuerdo había adquirido cinco clases de fruta: peras, manzanas, naranjas, plátanos y melocotones. Los había pagado a precio de oro, pero ante la excepcional calidad y la rareza de prepotencia incontenente que significaría degustarlos en Moscú, me parecían baratos. Al comprarlos en la dicha frutería de la calle Bismark el día de mi marcha me pareció entender que el procedimiento que se seguía en Berlín con el tema de la fruta era parecido al de otras muchas realidades: Berlín formaba una isla dentro de la DDR, y sólo a través de los pasillos aéreos establecidos podía comunicarse con el exterior, a modo de caudaloso gota-a-gota. Así las cosas, lo que se importaba tenía que ser de primera calidad por obligación, porque todo ese trajín de conexiones por aire cuidadosamente medidas para no interferir con otros espacios sólo encontraba justificación en hacer que los productos que por allí iban y venían fuesen de garantía plena. Me pareció entender al tendero que cada tipo de fruta venía seleccionada del país o lugar [sin descartar la propia Alemania Federal] que se hubiera significado por la primacía en el cultivo y producción de dicha especie. Acaso las naranjas fuesen españolas, de Valencia o de Almería, monográficamente cultivadas para su recogida y comercialización en verano, quién sabe; acaso los melocotones fuesen de los parajes granadinos de Benalúa de Guadix. La banasta de siete kilos que me dieron de los cinco tipos elegidos de fruta era algo clamorosamente impactante. Ya dije que la señora de mi compartimiento era berlinesa, pero del Este, y estoy seguro de que no

tenía acceso a semejante lujo. Ante la mostración esplendorosa y preparada de la banasta, con cada unidad en una especie de cestita, excepto los plátanos, y a mi directo ofrecimiento, la señora y su hijo tomaron una pieza cada uno, se deshicieron en gracias conmigo y acompañaron sus mordiscos con una no interrumpida sonrisa en la que se mezclaba su complacencia ante tan suculento manjar y una como incrédula gratitud ante el hecho de haberse topado tan inesperadamente, tan graciosamente con alguien como yo. Al tiempo de todo ello, me esmeré en ponderar el esencial sentido que tenía la fruta en mi dieta..., como suavizando el individualismo salvaje y por libre que había presidido toda aquella operación mía...

Pero resulta que habíamos llegado a Brest, ya dentro de la URSS propiamente dicha, y allí se llevaba a cabo una inspección del tren y control de pasaportes. Es como si las cosas reales una vez producidas necesitasen de una instancia..., espiritual, literaturizada, para cuajar por entero. Lo cierto es que estábamos hablando la señora y yo, siempre bajo la absorta atención de su niño, cuando se abre la puerta del compartimiento y aparece un miliciano joven, el típico soldadito soviético, con un fusil cruzado al hombro, pidiéndonos la documentación y demás convencionalidades de rutina... Y de rutina tuvo que ser igualmente cuando, al tiempo que levanta, hace como que mira dentro del baúl-arcón de ambos asientos, y vuelve a dejar todo cerrado, nos pregunta con expresión mecánica en su rostro, muy de circunstancias, muy de haberlo hecho ya y de tener que seguir haciéndolo en los compartimientos que le correspondieran, quizá de dos, o de tres..., cuatro vagones, digo que nos pregunta sin salirse de su expresión de funcionario, de quien echa un vistazo a los pasaportes y a los billetes, y los devuelve sin más, sin entrar en detalles, nos pregunta, fíjese bien el lector, como único aspecto o cuestión monográfica, como la exclusiva especificación de todo su cometido de aduanero e interventor de frontera... nos pregunta que si llevamos o tenemos ¿¿alguna fruta, algún tipo de fruta!!..., y nos lo pregunta primero en ruso, luego en alemán, por si la cosa no estuviera clara: “Keine Obst?”. La verdad es que en la dinámica de estos menesteres

todo queda hilvanado en una secuencia rectilínea, rapidísima y sin desvíos, y lo automático es, suele ser, repetir lo que a uno le preguntan... “Keine Obst?” Pues claro que no. “Keine obst?” “Nein, keine obst!”, supongo que dijimos la señora y yo, sobre todo yo, porque fue a mí a quien el muchacho policía dirigió la instancia indagatoria. Parece como si, al saber que la joven y su hijo venían de la DDR, quedaran descartadas como portadoras de cierta clase de productos. Recuerdo que cuando salió el soldadito y cerró la puerta detrás de sí, y tuvimos la evidencia de que se había separado lo suficiente de nuestro compartimiento, yo hice un gesto teatrero, un hhuuffhh!!, y la señora se echó a reír, de manera comedida pero cómplice. Fue la única expansión espiritual que en mi presencia se permitió aquella mamá joven, bella, femenina y amable.

En la estación Byelorussky de Moscú, que junto con la calle Gruzinsky Val conforma la plaza donde se encuentra un monumento a Gorky, me esperaban dos funcionarios de la Intourist, con un coche negro. Era mi tercera visita a la URSS, pero la segunda vez que lo hacía viajando individualmente, y en cualquier caso el sistema dispensaba idéntico tipo de cobertura. Siempre en la confiada y gratuita creencia de que me llevarían al Hotel Rossia, fue tan sólo al rato de circular cuando..., cuando... “Where are we going? Wohin fahren wir?” –“Al Hotel Mozhaiskaya”- me dicen. “¿Cómo que al Hotel Mo...?” Se supondrá el lector que fue inútil iniciar un toma y daca de conversación. Veo que nos vamos alejando del centro de Moscú y que salimos a zonas cada vez menos pobladas, más del extrarradio, varios kilómetros, calculé, de mi querida Plaza Roja. Los funcionarios me dejaron en Recepción donde me pareció más pertinente expresar mi estupor por haber sido asignado a aquel sitio, cuando en el documento que había rellenado en Berlín expresamente encarecía mi deseo de hospedarme en el Rossia u otro hotel de aquella misma zona. Las chicas de Recepción del Mozhaiskaya me miraron de esa forma tan peculiar, como diciendo..., “¿Pero es que no sabes que las cosas en la URSS son así?” Lo cual es cierto. Como principio general el turista muestra su acuerdo tácito de conformarse con la

mejor de las soluciones que, a la vista de las circunstancias, el Estado soviético, la Intourist aquí, pueda proporcionarle. Y mi caso era una bagatela desdeñable..., casi ofensiva; un capricho de occidental pudiente; una rabieta insolidaria de turista capitalista mimado. Les encarecí, de nuevo, que se tomaran la pequeña molestia de comprobar mi solicitud y que tuvieran la bondad de cambiarme a un hotel del centro de Moscú tan pronto como pudieran, porque la cosa me urgía. Supongo que no me hicieron ni caso. Me escucharon las funcionarias jóvenes y bonitas: Hablaban alemán, y un poquito de francés y de inglés tan sólo, además de ruso, y mis recursos eran suficientes hasta para guarnicionar con algo de retórica dramática el nervio de mis argumentaciones. Me escucharon y me dijeron que harían lo que pudieran, y que entretanto me acomodara en mi habitación. Así lo hice. Una grata sorpresa fue la de encontrarme allí con una nevera, convencional y sin refinamientos, pero grande, en la que coloqué a placer toda mi fruta. Ver allí desplegados todavía más de cinco kilos de aquellos ejemplares de Feria de Muestras, me confortó sobremanera.

Aquel mismo 27 de agosto, por la tarde, cogí un taxi y me fui al centro a ojear. Había cosas que las tenía claras, muy claras, lo cual me aliviaba de otras cualesquiera preocupaciones. Una de ellas, que un extranjero con dinero en Moscú era amo absoluto de todas las prestaciones que pudieran existir o inventarse; otra, que el Hotel Intourist, por lo que yo sabía hasta entonces, era uno de los puntos de encuentro, “meeting point” o “Treff-Punkt” neurálgicos y por excelencia del ambiente. Como consecuencia de todo esto uno se sentía gratificado entrando y saliendo libre y expeditamente de los sitios donde por sistema se llevaba a cabo una vigilancia y un control extremo de las gentes que los poblasen. Lo primero que hice fue cambiar \$100 allí mismo. Los taxistas que estaban en aquella parada que también servía al Hotel National, solían tener la puerta de delante abierta, como para ventilarse. Sólo hacía falta que le vieses a uno la cara y que le oyeran pronunciar la palabrita mágica *dólares*. Le invitaban a uno a subirse y si acaso, se alejaban de allí rodando

alrededor de la manzana para que nadie tuviera la tentación de fijarse. Con rublos por valor de \$ 100 había bastante para invitar a media docena de personas por todo lo alto en cualquiera de los comedores de los Hoteles. Además, yo siempre llevaba una substancial cantidad de dinero americano para el pago de la mercancía en divisa; bien se tratara del capricho de alguna chica en cualquier Beryozka; o de la chica misma, que era lo más probable. Me di una vuelta por la Plaza Roja y regresé al Intourist. Pasé al bar de la planta baja e inmediatamente me detectó una joven que se hallaba sola en una mesa redonda. Me hizo señas de que me acercara..., y así lo hice. Se llamaba Magdalena y hablaba inglés suficientemente. Recuerdo que estuvimos cenando y que me presentó a una amiga suya que se unió a nosotros. Les hablé de donde estaba, el Hotel Mozhaiskaya, y que había venido de Berlín [ellas no hablaban alemán], etc., etc. La amiga de Magdalena, algo gordita y simplona, dijo tenerse que marchar, pero hizo idea de encontrarse conmigo en alguna otra ocasión.

Magdalena me elogió gratamente, y yo, que estaba flotando en aquel primer día tan desajustado, tan original, por la sorpresa del alojamiento..., yo no tenía plan y decidí dejarme llevar... al apartamento de mi amiga. Es muy poco lo que recuerdo de mi celebración amorosa. Magdalena con toda seguridad me invitó a quedarme la noche entera. Le hice el estupendo regalo de \$ 100 por haber estado dispuesta a hacerlo conmigo tantas veces como a mí me hubiera apetecido, pues, según ella, yo era un hombre interesante, buen conversador, culto y apasionado. Sí, yo le di \$ 100 y ella me dio un envase de caviar, de esos de cristal, y una *matrioska* de varias piezas producto del descortezamiento reductor. Me dejó su teléfono, y me dijo que ella me llamaría. Celebramos dos veces, bien lo recuerdo, pero yo estaba cansado del viaje, y aunque el piso, a standards soviéticos, no estaba mal, yo echaba de menos la habitación de mi hotel, para mí solo, con mi propio silencio. Así que, muy bien entrada ya la madrugada, y mientras Magdalena dormía, yo me levanté, me puse la ropa, recogí mis regalos y salí del piso sin más miramientos. Hay impresiones que se atrincheran en las retaguardias de la

conciencia y de allí no son desalojadas prácticamente en el curso de una vida entera. En otro lugar, quiero decir, con distinta mujer y distinta fecha, intenté comunicar el impacto que advino a mi alma al contemplar desde la ventana de un hotel de Győr (Hungria) en 1972 grisáceas, frondosas y enracimadas huestes de trabajadores moviéndose, llenando los espacios de aquella plaza o parte de la ciudad, en sus primeras maniobras hacia el trabajo, a eso de las 05:30 am, bajo la luz como sucia y húmeda, agujereada, de los faroles de neón...

No con esa intensidad ni con el mismo estado de ánimo fue como se apercibió mi alma del bío-topo en el que yo me encontraba al bajar del piso de Magdalena y salir a la calle. Ya he dicho que los espacios de Moscú duplican en magnitud a los de cualquier ciudad española grande, dígame Madrid..., o Barcelona, con las que uno decidiera establecer la comparación. Las calles de Moscú son anchas, laceradas por los raíles de los tranvías y la superficie accidentada por los bloques de granito en suaves badenes, con ese aire de destartalamiento opaco, incoloro. En una enorme extensión alrededor de mí no me pareció ver a nadie. Tan sólo a lo lejos se me antojó que coincidiendo con el trayecto de algún tranvía –si es que a tales horas circulaban que creo que sí–, bultos o formas de persona interrumpían la quietud neblinosa del telón de fondo más lejano de mi ámbito. Eché a andar. No tenía ni la más remota idea de donde me hallaba. Las instrumentaciones a ese respecto son precisas: Muéstrale al taxista la tarjeta o pase del hotel y que él haga el resto... Seguí andando, y a los dos o tres minutos observo que desde muy lejos un meteorito verde enfrente de mí se viene aproximando a velocidad de... taxi hacia donde yo me encuentro. ¡Qué suerte! -pienso. Se acerca, se hace cada vez más inequívoco. Es un taxi, sin duda. Le hago señas y aspavientos con las manos. Se para a mi lado, le saco la cartulina del Hotel y, bueno, empieza el hombre a mover la cabeza..., que no, que “niet”, va justo en la otra dirección, no puede ser. Y se va, se va y desaparece a mis espaldas. Bueno, me digo, lo mismo que ha venido este taxi , otros aparecerán. Sigo andando sin gran preocupación aunque con

algo de frío. Ando, yo diría que seis o siete minutos más, y en un acto de pura gimnasia refleja, de kinésica arbitrariedad, vuelvo ligeramente el torso hacia detrás y veo otra luz verde, sin duda la de otro taxi que se acerca hacia donde yo estoy. Ya lo decía yo –pienso–. No hay problemas. Despedirse uno y aparecer otro sin demasiada tardanza. Al llegar el coche a mi altura me percató de que se trata del mismo taxista. Ocioso reconstruir lo evidente. Al hombre le han entrado remordimientos de dejar a un turista tirado, y lo ha pensado mejor, y ha dado la vuelta desde donde estuviese para recogerme. Me hace una señal, así como gruñendo a regañadientes, de que suba. Me puse en su lugar: ¿De dónde... narices puede venir un turista perdido, a estas horas de la madrugada, sino de la verificación de algo no precisamente edificante ni ejemplar para la moral ortodoxa socialista? Me deshice como pude en expresiones de agradecimiento hacia aquel profesional tan competente; le solté una estupenda propina..., y por fin pude encontrarme en mi cama del Hotel Mozhaiskaya.

Lo primero que hice cuando me levanté ya al mediodía fue interesarme en Recepción por la gestión conducente a mi cambio de hotel. No tengo constancia de lo que entonces me dijeran, pero sí tengo claro que desde aquel momento cobré conciencia suficiente de que no me podían trasladar, y que insistir sobre el tema sería perjudicial, sería indisponerme con aquellas preciosidades de funcionarias; sería perder el tiempo y... prácticamente desistí y decidí “to make the best of it”. Simultáneamente con esta concienciación de la realidad, y como si los resortes de mi receptividad se hubieran súbitamente ensanchado, me percató de un cartel en que, si no entiendo mal, el Hotel proporciona viajes gratis *a* y *desde* Moscú para los clientes turistas. ¡Oye, pues no está tan mal! –parece que quiero decirme. Lo constato con una de las recepcionistas y me lo confirman: Absolutamente gratis y además con bastante frecuencia. Llegan hasta la explanada de la Plaza Manejnaya, a la entrada de la calle Gorky. Perfecto. No podía ser de otra manera; y el regreso al hotel, igual. Veo que las cosas empiezan a enderezarse y que fue tan sólo debido a mi ofuscación del primer día el hecho de que yo no pudiera aperebirme

de las prestaciones del Mozhaiskaya. Resulta que dispone de Beryozka; de bar de copas o “dollar bar” abierto hasta las 04:00 am; de un espacioso restaurante, y de una cafetería “express”, cada uno por separado y que funcionan hasta las 23:00 horas diariamente.

Todos los viajes, antes de realizarlos, antes de que nos metamos en sus tentáculos, en el peso de sus servidumbres, suelen permitirnos divagar en plan expansivo sobre articulaciones ulteriores, sobre la ampliación de nuestros desplazamientos; la remodelación, sobre la marcha, de nuestro primer esquema provisional. Digo esto porque durante el tiempo que tarda un raptó de pensamiento en asentarse en nuestro flujo de conciencia..., imaginé la posibilidad de acercarme a Leningrado, y allí conectar con el gran asunto de Nina. Inviabile de todo punto. Con mi billete de vuelta para siete días después, lo de meter una cuña intermedia de viaje a Leningrado dentro de ese periodo se me presentó absolutamente irrealizable. He ahí otro de los grandes principios de este tipo de turismo guiado desde la concepción estatalista centralizada en el gran aparato de Intourist. La mente de un occidental rebota, terca y rebelde, ante este patrón operativo hasta que se acepta el sistema con todo lo que ello implica, que no es sino una cosmovisión convivencial y sociológica diametralmente separada de los cauces por donde discurren los usos, las cosas, las instrumentaciones a las que estamos acostumbrados. Alquilar un coche en Moscú y viajar a Leningrado, por ejemplo; o mucho más fácil aún, servirse de algo equivalente a lo que entenderíamos por puente aéreo o “shuttle service”, llegar a Leningrado, aprovechar un día entero, hacer noche, y seguir aprovechando la jornada siguiente antes de regresar a Moscú..., eso sencillamente era impracticable porque ni siquiera me habrían despachado el primer billete de avión sin la autorización correspondiente de la Intourist para salir de Moscú. En el supuesto de que me las hubiera agenciado por mi cuenta para trasladarme a Leningrado en un transporte particular [hipótesis calenturienta de laboratorio] es muy posible que en Leningrado no me hubieran librado alojamiento en ningún hotel con sólo comprobar el esquema original

técnico de mi viaje; y es seguro que en ese mismo momento me hubiesen puesto en manos de las autoridades y que éstas me habrían devuelto a Moscú, reintegrado al modelo de excursión del que –estoy seguro de que así me lo recalcarían– nunca se me debería haber ocurrido salirme. Y por encima de todo esto la espectacular y pavorosa barrera de la lengua echaba para atrás. La gente del pueblo, la gente de la calle no tiene interés en hablar con los extranjeros: Es otro mundo, otra percepción, otra existencia. Fuera de los oasis internacionales de los hoteles, y de los puntos donde se articulan las nevaduras del turismo, la URSS se me presentaba como un cementerio poblado por seres vivos. Una tremenda asignatura ésta del idioma ruso, una losa cubriendo toda la extensión del cielo, de las posibles salidas hacia arriba cuando uno se encuentra en el pozo de la impotencia. Bueno. Toda esta digresión bajo la especie de soliloquio me ha asaltado con el fin de asegurarme mi paz de espíritu respecto a la inviabilidad de viajar a Leningrado en aquel específico *entonces*. Moscú se me aparecía grávido de incumbencias y bastante tendría con mantenerme a flote entre la nueva remesa de intereses que por fuerza se desplegaría en el curso de los restantes seis días de mi estancia.

Así, descartado no ya moverme de Moscú, sino ni siquiera del Hotel Mozhaiskaya, me apliqué, como digo, a sacar el mejor partido de las cosas con las que sí que podía contar. Por la tarde de aquel segundo día llamé por teléfono a las rusas Angelina y Larissa. Quedamos en que me llamarían ellas para llevarme a cenar una noche a su pisito. La mañana siguiente recibo con sorpresa un telefonazo de la amiga de Magdalena, citándome para esa noche en el restaurante del Intourist, al que Magdalena y ella acudirían. Muy bien. Tomé buena nota y a la hora prevista allí me fui. Estaba la amiga, cuyo nombre sigo sin recordar y descarto definitivamente desde este momento, pero no estaba Magdalena. Me informó de que habían surgido unas cuestiones imprevistas y que Magdalena tardaría. No hubiera tenido la cosa mayor relevancia de no haber sido porque en una mesa rectangular grande, algo alejada, no mucho, de la que nosotros ocupábamos, se hallaban sentados un numeroso grupo de

hombres y mujeres en tono abiertamente festivo y hablador. Como tenía todo el tiempo del mundo, y la amiga de Magdalena no me interesaba, me dediqué a escudriñar algo más curiosamente a algunos de los elementos que componían aquella reunión de comensales vecinos. Sobre todo, y en el curso de ya más de una hora en la que yo había flotado con esa indolencia tensa que produce la espera por alguien que no aparece..., sobre todo, había reparado en un hombre joven; bueno, quiero decir acaso de todavía menos edad que yo, moreno marrón tipo castaña, con la cara grande y aunque tendiendo a la redondez, con algunos accidentes en los pómulos y en el mentón como si quisieran desarreglar la conformación general. Como digo, tez oscura, con cara de... indio, ¡qué tontería! –pensé–, con cara de indio no; en todo caso de... [y aquí pasé revista mental a los productos étnicos de las variadísimas nacionalidades incursas en las tan distintas Repúblicas Soviéticas]. En lo que a conversación y exteriorización de menesteres propios de un ambiente de alterne el hombre aparentaba llevar una de las voces cantantes, y lo que me pareció más indicativo de su peso específico dentro del colectivo allí congregado, es que sacó a bailar por lo menos a dos chicas distintas... varias veces. Era evidente que hablaba ruso, porque durante las evoluciones del baile que él, por cierto, ejecutaba con energía y rotundidad, aunque sin técnica, sus gestos, las modalidades de su risa, la conformación que adquirirían sus diversas instancias comunicativas, demostraban a las claras que se expresaba en el mismo idioma que su pareja; o que la persona que en cada momento departiese con él en la reunión de la mesa. Pero desde mi posición, y en la inacción lo más distraída posible con que yo me ocupaba, una de las chicas que al menos en dos ocasiones bailó con este hombre, se me fue dibujando, recortando; se me fue destacando como una verdadera preciosidad. Me esforcé por asegurarme de que no me estaba fallando la vista: Se trataba de una rubia primorosamente proporcionada: Piernas, senos, cintura, volumen en general, invitantes; ni muy alta ni muy baja, por encima del 1'60 calculé, y vestida de negro, que constituía un referente cromático de

bellísimo contraste. Precisamente se sentaba en el lado corto de la mesa rectangular más cercano a mi posición...

No sé ni cómo ocurrió pero es el caso que, como respaldado por la total garantía de que no tenía nada que perder, y desestimada hacía rato la virtualidad de que Magdalena viniese [y aunque así hubiera sido, ¿qué?], nada más comenzar la orquesta a interpretar una melodía propicia, supongo que de ritmo básico de bolero o reductible a dicho módulo, me levanté, me dirigí a su mesa y la invité a bailar. Me dijo llamarse Tania, ser moscovita. Al preguntarle yo por su... compañero, por el hombre con quien yo la había visto bailar más de una vez... “Ah, sí” –me dijo– “*Marchello*”, por supuesto sin tener idea de su apellido, y que era diplomático de... tampoco sabía el país, aunque le parecía que de América del Sur. El fuerte de Tania no podía estar en la geografía ni en las etnias. Dejó de sonar la música, y después de acompañarla a su mesa me reintegré yo a la mía. Para mi satisfacción y alivio mi amiga se había ido ya. De nuevo, y antes ya de marcharme, volví a invitar a bailar a Tania con el fin de atar cabos. Me dio un teléfono..., yo la dije todos mis particulares: Donde estaba hospedado, en el hotel Mozhaiskaya..., que era español, y que pensaba que lo más significativo que me podía ocurrir ya a partir de entonces era encontrarme con ella. Esto no sé cómo se lo dije pero se lo di a entender. Su inglés era elemental y al mío le sobraba retórica y vehemencia. Me dijo que la llamase, que la llamase sin falta porque le parecía que yo era muy simpático... Que si no la llamaba yo, que ella me llamaría en todo caso... Se acabó la ronda de músicaailable, devolví a Tania a su mesa, hice una leve pero intencionada reverencia a los demás comensales y me marché a la calle. Allí me encaminé a la parada del autobús que me llevaría poco después al Mozhaiskaya. ¡Vaya preciosa mujer! –me repetía machacona y agónicamente. No era gran cosa lo que tenía, un teléfono suyo. Pero lo que confirmó más mis expectativas de volver a verla fue la seguridad de que en el Hotel Intourist siempre podría encontrarla.

Al día siguiente cené con las amigas Angelina y Larissa, en su piso. Con esta última quedé en la parada del autobús de mi hotel, en el centro, y antes de llevarme a su casa y mientras yo esperaba dentro del taxi que cogimos, se pasó por la Embajada de Cuba donde una amiga suya, Marina, le tenía reservados *dos* envases de caviar, de esos de cristal en forma de concha, que Larissa le había pedido que me guardara para mí. [A esta Marina Babunova, hija de españoles pero nacida en la URSS, no tuve nunca ocasión de conocerla allí, ni siquiera en mi posterior y último viaje de 1983, sino ya en España en 1989, y de todo ello y de la excepcional mujer que era la tal Marina se hará la mención oportuna en el pasaje que proceda de mis Memorias] Ya en el pisito de las rusas nos reunimos a cenar ellas dos –la abuela, o sea, la madre de Angelina había muerto meses antes tan sólo–, otro matrimonio amigo, y yo. Angelina preparó una especialidad suya: Empanada, tipo besamela, tipo lasagna, que estaba riquísima. El vino espumoso, o sea, lo más parecido a lo que nosotros entenderíamos como cava o “champagne”, es corrientísimo en la URSS, y las Macarro hicieron gala de un amplio abastecimiento, al menos en lo que a aquella velada se refiere. El marido de la amiga de las rusas, fuertote, coloradote y campechano, la emprendió con el vodka que él mismo se había llevado, y al final de la cena la tonalidad de sus mofletes rozaba lo carmesí. Una estupenda y cordialísima velada. Por si fuera poco, Larissa me regaló la gramática rusa [y prácticamente el libro de texto para españoles] УЧЕБНИК РУССКОГО ЯЗЫКА, Moscú 1974.

Había consumido ya cuatro días, la mitad de mi vacación. Mi hotel ahora me parecía tener un ambiente interesante: Una noche, y sin llegar a consumir nada, me había acercado al “bar de divisa” o “dollar bar”, y estaba atestado de clientela. El gregarismo de unos y de otros producía aquellos efectos que yo, abstemio y no fumador, no dudaba de catalogar como antinaturales. Se me evidenció el hecho de que había un montón de soviéticos “pudientes” que se trasladaban al Mozhaiskaya por el hecho de disponer de un bar con licencia para servir bebidas alcohólicas hasta bien entrada la madrugada. Chicas de

alterne también se veían por allí, con aire de estar acostumbradas a un ambiente tan permisivo.

Llegó el día en que después de comunicarme con Tania por teléfono quedamos en que ella iría al Mozhaiskaya a cenar conmigo. Me pareció bien, por supuesto, aunque simultáneamente al efecto de alegría que me produjo el programa de Tania, de encontrarse conmigo, me asaltaron dudas mortificantes sobre cómo y dónde consumir nuestra intimidad. A tenor de lo que había sido el Rossia, entendía yo que el acceso a las habitaciones, sobre todo en horas de noche, estaba vedado a los acompañantes..., y de manera especial e inflexible a todo aquel que no se alojara allí. Sin tener idea de la localización del piso de Tania o de si vivía sola o acompañada, pensaba en plan gratuito que tal vez lo mejor hubiera sido quedar en el centro de Moscú, cenar en cualquier lugar de por allí, y luego trasladarnos a su piso. Pero el caso era que aún no había tenido ocasión material de hablar con ella de tales cuestiones tan de emergencia y tan de supervivencia. Yo estaba en brasas: Aquella mujer me comía la pulpa de todas mis previsiones; constituía el cañamazo de todos los argumentos que, tal se me antojaba, pudieran tener interés y relevancia para mí en Moscú.

Se acercó la hora y bajé de mi habitación. Me di una vuelta por el vestíbulo, haciendo tiempo, y a poco de estar por allí vi a Tania entrando, junto con varios amigos entre los que sobresalía inequívocamente el moreno de pelo algo rizado y facciones como de indio, impecablemente vestido de azul marino, al que acompañaban tres hombres y dos señoras, además de Tania. Tomamos sitio y asiento en una mesa, y ya no pude por más tiempo sostener aquel absurdo secretismo. Me presenté y se presentó mi amigo. Resultó ser un súbdito ecuatoriano, Marcelo Arboleda, Secretario de la Embajada de su país en Moscú, habiendo residido allí durante varios años, matrimoniado en primeras nupcias con una rusa, divorciado o en trámites de estarlo, dominando el ruso. Claro, sus facciones revelaban una prosapia india, de América del Sur, quechua a buen seguro. Yo, en parte por vanidad, en parte por mi situación “de prestado” en la que

necesitaba aparecerme con méritos ante toda aquella tropa, y tener pretensiones de acceso a la intimidad de Tania..., en parte porque me apetecía..., me convertí en un “name dropper” respecto de la realidad de Ecuador [Sólo al año siguiente, en 1979, dedicaría yo mi primera visita a aquel país –Guayaquil y Galápagos]. Así que a falta de una relación de primera mano cargué fuerte en el tema de la historia y de la literatura y algo de geografía. Creo que me excedí. Me espoleó mi propia vanagloria y comencé a hablar de José Joaquín Olmedo y de Juan Montalvo; de Velasco Ibarra y de los Zaldumbide; de Jorge Icaza y de Carrera Andrade; del Chimborazo, del Cotopaxi y del Cayambe..., y habría hablado de la mismísima papisa Juana si hubiera sido ecuatoriana. Marcelo no parecía ser un hombre dado a las emociones de cierto tipo. Se le veía surto y establecido en un mundo que distaba astralmente de la concepción occidental; y dentro de ella como un sub-producto de la de su país de origen, Ecuador. Pero fue haciendo un voluntarioso esfuerzo, como de engolfarse en un asunto por él proscrito, de la manera como quebró su aparente neutralidad..., y se dignó, se violentó en felicitarse de haber encontrado en la URSS a alguien que de forma tan lozana, tan salvajemente espontánea, le hablara de un tema tan relegado, tan emocionalmente a trasmano como la literatura, la historia y la geografía de su tierra. Desde aquel momento crecí a su conciencia lo suficiente como para hacerle saber yo lo que estaba haciendo en Moscú; o sea, turismo; y que había quedado con Tania. El, a su vez, me explicitó que Tania era, o había sido, amiga de su mujer... Que estaría allí en la Embajada no sabía cuánto tiempo más... Que ahí estaba su teléfono y que no dudase en comunicarme con él en caso de que me hiciese falta. De verdad que sentí un alivio... institucional al contar con la aquiescencia de aquel hombre para todo lo que mis andanzas con Tania pudieren implicar. Marcelo me evidenció que él llevaba un poco vida de ‘play-boy’ “de puertas para afuera”, algo así como una actividad de creación de imagen que el propio gobierno soviético –y esto ya son suposiciones mías– se desvelaría por propiciar y alentar; pero que él no participaba en los finales de... amor y cama con los que se solían saldar las

eutrapelias y festejos entre extranjeros con divisas y nativas, como era la ocasión en la que estábamos incursos. Al preguntarle yo que quién iba a ser su compañía, con resuelto, viril y convincente tono ascético –y jamás olvidaré aquella puntualización– me dijo que “él no se iba con nadie”. Tampoco olvidaré la gran cabezota como de monigote inteligente y voluntarioso de aquel hombre a quien Tania, por desconocimiento de lo español y mayor preponderancia de la imagen de Italia en todos los ámbitos, pronunciaba “Marchel-lo” sin entrar en ulteriores consideraciones. En suma, del aspecto de corifeo mimado de este hombre el primer día, sobre todo cuando bailaba con Tania, respecto de la que ya mi alma desplegaba una celosa incumbencia, y sentía como potencial enemigo a todo otro imaginario competidor..., desde la impresión de tibieza disoluta de “bon-vivant” que me inspirase Marcelo entonces, hasta la..., yo diría, hombría de bien solidaria que se concentró en aquel subitáneo rapto de confidencialidad irreductible a ningún otro módulo de cortesía ni de diplomacia..., en todo aquello, digo, podía entenderse y reconstruirse la frondosa trama de su personalidad.

La velada fue transcurriendo. Tania le daba muy bien al traguito, sin perder en ningún momento su compostura femenina, ni sus rasgos devastadoramente atractivos para mi conciencia. Yo era –bien me di cuenta de ello– el novio oficial de Tania, por lo menos aquella noche, y la aceptación de dicha premisa se plasmó en el hecho consumado, por ejemplo, de que nos dejaran a Tania y a mí estar sentados juntos, teniendo yo a Marcelo a mi derecha, el cual a su vez canalizaba sus enormes reservas conversacionales con los demás comensales. La situación apremiaba. Urgía saber a qué atenerse. Le dije a Tania que... todo lo que yo quería –buena gana de repetirlo– era estar con ella; que aquellas dos veladas no habían sido sino la señal acuciante y cada vez más intensa de que mi permanencia en Moscú no tenía más sentido que... estar con ella. Le hice ver que me gustaría que ella sugiriese la modalidad de nuestro poder acompañarnos solos, completamente en privado...

El comedor se disponía a cerrar. Marcelo y los demás amigos expresaron, unos, su idea de marcharse; otros, la de tomar una copa en el bar de pago con divisas. Tania me dijo que la esperase –no se me olvidará nunca– al comienzo de la escalera, porque subiría conmigo a mi cuarto. Yo me quedé temerosamente sorprendido. Si aquello era verdad significaba que, o bien permitían que los huéspedes subiesen a las habitaciones a horas tenidas por mi conocimiento como no operativas; o que Tania se las arreglaría buscando las vueltas. Yo..., ¿qué podía hacer?, me dejé llevar. Supongo que me despediría de Marcelo, aunque no hacía falta, porque en estos casos todos nosotros íbamos y veníamos como boyas, y el hecho de tropezarnos en un biotopo común como podía ser una cena, una celebración, una tertulia, no modificaba la condición semoviente y errabunda de los espíritus de cada cual, engolfados en las cualesquiera singladuras diarias a que nuestros finalismos nos arrastraran.

Me fui a los aseos de recepción a acicalar mi compostura, hice unos cuantos minutos más y me dirigí a la escalera, al lugar de la cita. Era verdad. Tania venía hacia mí. Consciente de que había bebido una copa de más, andaba con prudencia, como compensando con su voluntad de atención concentrada la pequeña falta de reflejos que pudiere haberle acarreado un sorbo innecesario de espumoso. Pero venía espléndida, vestida también de negro, lo que mejor supongo yo que le sentaba. Subimos a mi habitación por derecho, sin yo atreverme a volver hacia atrás la vista. Me resistía a creerlo. En mi propia habitación, era la primera vez [y sería también la última] que un encuentro con nativa se celebraba bajo standards occidentales.

Tania se metió en el cuarto de baño y estuvo un buen rato, pero salió como inmersa en una fragancia auténtica y simple. Hizo una inspección de las cosas que tenía yo y la sorprendió que viajara con tan poco equipaje. Le enseñé la nevera y se quedó estupefacta cuando le conté, a grandes rasgos, la historia de la fruta. Cogió una pieza de algo, creo que un plátano, y comenzó a comérselo. Sin darle más importancia me dijo que se hallaba incursa en su débito fisiológico

femenino mensual, y me agradó sobremanera que, según me pareció, ella quedase ampliamente complacida de mis explicaciones, que no fueron otras sino la exaltación que yo hice de dicha condición de la mujer en aquellas fechas singulares; que era siempre asunto de la sensibilidad del varón y que por mi parte encontraba enaltecida la personalidad de cualquier mujer..., ella, Tania sobre todo y más que ninguna, que superase los melindres pacatos y se entregara a un hombre precisamente cuando su feminidad mostraba sus atributos más exacerbados y más atractivos... Charlamos un poco. Me dijo que era peluquera..., de cara al régimen, y que tenía necesariamente que justificar un mínimo de horas de trabajo... a la semana para que no se le echara encima la policía, y cosas así. Lo típico [Tiempo tendría yo en 1983, y con otra amiga de Leningrado, de constatar como evidente y consuetudinario esto que ahora me contaba Tania].

Pasé yo a mi vez al cuarto de baño y me fue imposible dejar de observar el tipo de compresa básico, carente de refinamiento, de aquella criatura, constándome como me constaba que cualquier adminículo de higiene personal que usara Tania comportaba la mejor calidad de todo lo existente en el mercado. Claro que el turismo socava, poco a poco, los cimientos sobre todo de la gente joven: Sus usos, sus propensiones. Cuando esa pleamar horadadora llega a la ropa íntima de una mujer, a su modalidad de lencería, ello significa que el proceso se ha afincado y que, como irreversible, es cuestión de tiempo. Tania usaba compresas de textura básica, carentes de los ringorrangos, arrequives, propiedades y sandeces a que crecientemente —¿hasta dónde?— nos tiene acostumbrados la abrumadora sociedad de consumo. Tania llevaba una camisa-enagua sencilla debajo del vestido y por encima de su “slip” y de su sujetador: Éste era de color negro como el vestido y todo lo demás reseñado, muy simple en la modelación de las tazas, de las hombreras tirantas, y de la grapa o presilla del broche por detrás. Le dije que no se preocupara, que a mí me parecía doblemente dichosa e irradiante... por su estado menstrual. Se lo decía en inglés, claro está, y es de todo punto probable que no

entendiese los detalles, pero sí que captara el sentido en bloque de mis aseveraciones.

Pusimos todas las toallas, menos una, encima de la sábana, y aun entre las unas y la otra coloqué unas bolsas de plástico, que había conservado yo de Berlín, cortadas y extendidas...

Lo hicimos tres veces en las horas en que estuvimos juntos. Amé en Tania su ausencia de remilgos y de escrúpulos burgueses, de negación de la vida. Yo sólo deseaba estar dentro de ella, conectado para siempre con aquella santabárbara de su matriz, con aquel templo tibio de sus interioridades, a través y por medio del istmo embravecido, amorosamente enhiesto de mis urgencias. Pero yo no quería luchar; sólo quería permanecer surto. Percibimos después de nuestra primera porfía que su flujo había teñido de carmesí parte de las toallas: Manchones aquí y allá de linfa que sólo en las estribaciones más separadas consentían un color menos furiosamente rojo, algo más amarillento. La receptividad emocional de Tania se había consorciado con la singularidad fisiológica bajo cuyos efectos se encontraba incurso, y se me antojó percibir que todo ello me lo ofrecía ante el ara de mi entusiasmado y endiosado deseo. Terminamos rebozados los dos en aquel glorioso menstuo, ensalivados por la baba de nuestros besos acaparadores, con voluntad de unimismar la carne de nuestras almas. Dormimos lo que buenamente pudimos, y antes de marcharse Tania se procedió a poner algo de orden en aquel pequeño complejo de ropa de cama llena de rosetones empurpurados. Lavamos sábanas y toallas en el baño y las tendimos a secar en las barras de la ducha. Al menos no quedó rastro ofensivo de una mostración tan escandalosa como es la sangre.

Tania se llevó algunas piezas de fruta y, ... supongo que la hice un regalo significativo. En ese caso también supongo que le diría lo que, sin dejar de ser la verdad más económica, solía decir a todas mis amigas sobresalientes, a saber: Que si hubiera sabido que iba a encontrarla me habría traído un castillo de mi país para que se instalara en él como reina de mi corazón..., pero que la realidad

imponía emplear la imaginación y la buena fe para que de esa forma pudiese ver, mental y fácticamente, el puñado de dólares con que yo la estaba obsequiando transformados en aquello que más le conviniera comprarse. Así, yo no le daba dinero sino el regalo en cuestión que ella quería.

Me quedaban solamente dos fechas más en Moscú, y me produce gran desazón no disponer ni siquiera de una suposición medianamente razonable para justificar el hecho de que yo una vez más me encontrara con Tania en el Intourist la noche antes de marcharme. Cualquier hipótesis conectiva se descontrola y pierde su validez. Lamentablemente no recuerdo si es que concertamos vernos para despedirnos; hasta dudo de si aquella cita se produjo cuando yo estoy conjeturando que se produjo, o sea, en mi última noche de estancia en Moscú; o hasta quizás antes de nuestros mutuos ofertorios en la jornada de tan encrespadas y agónicas comuniones. Recuerdo con doloroso detalle el hecho, pero no lo que le antecedió. El caso es que yo fui al Intourist con idea de coincidir con Tania..., no sé, no sé a santo de qué, y desde luego no recuerdo que siguiese a nuestro encuentro ninguna acción singular de intimidad compartida, no. Tengo los canalillos o engramas cegados y como cortados, impidiendo que la memoria mía se aprovisione del almacén general, seccionada, separada, aislada...

Es el caso que en el vestíbulo de la entrada principal del Hotel Intourist vi bajar a Tania con otra amiga suya, más o menos acompañadas por varios personajes que por la pinta parecían árabes: Cetrinos, con bigote..., sí, sin duda árabes, moros del petróleo, iraquíes, saudíes, de los Emiratos ésos, qué más da. Y es curioso que uno de ellos gesticulaba y gritaba en inglés lo que parecían expresiones que en todo caso denotaban una prioridad o derecho que, siempre según su particular valoración de la realidad, él habría adquirido sobre Tania para que se marchara con él, en razón –por lo que trabajosamente fuimos averiguando– de las invitaciones que el tal

moro había hecho a las chicas y el consiguiente desembolso de dinero que ello le había acarreado...

Si dedico algunas líneas a este pasaje es porque la plasticidad de la escena no se me despintará nunca. Sitúese el lector en un panorama de hábitos tácitamente codificados, ni vinculantes ni excluyentes, en el que *sensu lato* el varón turista que hubiere acompañado a la nativa una buena parte del tiempo inmediatamente previo al cierre del establecimiento y desalojo del público, éste, el turista extranjero (léase hombre de negocios asimismo) se entendía que podría sentirse con ciertas expectativas de que la chica que le hubiera acompañado en el comedor y hubiera sido objeto de sus invitaciones, pues... se fuera con él a rematar la fiesta si de tal cosa mostrara él deseo. Algo así debió de ocurrir con Tania. El moro, en un inglés enladrillado, estentóreo y de contenido argumental inequívoco, parecía proclamar su legítima prerrogativa adquirida sobre Tania por haberla invitado... a los tragos que fueren...

Lo que ocurrió fue hermoso y cruel; tremendo y descarnado, pero que en todo caso tiñó del sentido que fuere –no estoy para precisiones– mi incumbencia emocional respecto de Tania; y probablemente el abandono del desapego mercenario de Tania hacia todo el mundo, yo incluido, por una instancia de concernimiento personal a mí dirigida. Al tiempo que el moro aireaba la supuesta cifra de lo gastado en la comida y bebida de Tania, y hacía como intención de asirla del brazo, y así exteriorizar su título de posesión por el tiempo que fuese..., Tania, siempre sin perder la feminidad pero con determinación, pegó un respingo, barbotó medio chillando alguna imprecación, abrió su bolso, sacó un puñado de dinero, y se lo tiró a la cara del moro, dejando que el papel de los billetes fuera cayendo en combadas oscilaciones y cubriendo un buen espacio de pavimento. Todo el mundo que no entendiéramos ruso pudimos traducir más o menos literalmente: “Aquí tienes, cerdo, el dinero que dices haberte gastado, y déjame en paz”. En ese momento intervine yo: Me interpose entre el moro y Tania y le dije al tío, accionando los brazos

y las manos hacia su cabeza, tanto en un gesto modular de defensa como en clara demostración de ataque: “Don’t you see she doesn’t want to go with you?” Por toda respuesta, golpeándose el pecho, y como en consulta personalísima y secreta con Alhá, el moro gritó: “You understand, I am a man”. Llegó alguien del Hotel, al parecer con capacidad de mando y de decisión, el corrillo se fue disolviendo y el Hall se quedó vacío. Ya en la calle Tania, que se había colgado de mi brazo desde el momento en que roció el espacio de delante del moro con los billetes de dinero, me miró, me dio un beso y me dijo... “Now, I see you care for me”. Tuve que sentir en la pulpa de mi visceración el veneno inundante y aniquilador de los celos para que Tania me dedicara aquel cumplido.

En el avión de regreso a España coincidí con el grupo musical “Ellos y ellas”, de Granada, que venían de trabajar en Japón y habían hecho escala en Moscú. En el aeropuerto el Hotel que para tales menesteres [o sea, estar de escala técnica] reservaban las autoridades soviéticas, según contaban, rozaba la catalogación de sórdido. No me choca. El sistema soviético no estaba interesado en promocionar ese tipo de viajeros. Patricio Cuadros, su preciosa y jovialísima mujer Cristina, y yo, vinimos cantando buena parte del camino. Según me explicitaron, su habilidad para mimetizar palabras, y su natural conocimiento de la conjugación de tiempos y sonidos, les permitía interpretar canciones en inglés, por ejemplo, y en la lengua que fuera, sin entrar muy en detalle de lo que el texto quisiera decir. Una versatilidad de la técnica. Un broche de signo casero y exótico a la par, para mi tercer viaje a Moscú.

Nina: Leningrado; Natalje: Moscú (Rusia, URSS). María José; Vicenta; Marisa Belilla . . . Excursión marzo 1983

Hay nombres, sí, para cuya pronunciación se necesita apelar a buena parte de la fortaleza del corazón de uno; secuencias cuyo tratamiento requiere esmerados pertrechos de lucidez y voluntarioso rigor; asuntos literarios respecto de los cuales parece que no termináramos de pulir nuestros resortes expresivos. Tal con Nina, la protagonista principal de esta viñeta, última que, por ahora, mi pluma haya dedicado a la entonces todavía Unión Soviética. En síntesis de urgencia me tomo la, supongo, perdonable libertad de recordarle al lector que yo había conocido a Nina en 1977, en mi segundo viaje a la URSS y primera visita a Leningrado. Actuaba de guía de nuestro grupo y desde el momento inicial me pareció un pedazo de mujer en toda regla, asistida por un conjunto de atributos que podían compendiarse en su feminidad y en su eficacia. Su español era de una corrección y riqueza asombrosas, y la discreción y compostura con las que llevaba a cabo sus funciones eran, asimismo, exquisitas. Nos hallamos en el apogeo de la época de Breznev, cuando la URSS imponía con intensidad y pureza los principios convivenciales que década y media más tarde formarían, como resultado de su demolición, un conjunto estrepitoso de escombros. En 1977 la figura del Estado paternalista, todopoderoso, vigilante y monopolizador de la cosa pública y aun de la privada era lo que imperaba. El código de la impermeabilización de la sociedad soviética a los flujos del exterior se relajaba únicamente mediante la cuota controlada del turismo, sin que este factor ni contingencia alguna imaginable pudiera hacer pensar en un desmantelamiento, ni siquiera inquietud, en el sistema de vida de la URSS. Nina, como empleada “senior” de Intourist era bien consciente del grado indiscutible de preeminencia que concurría en su persona por razón de su cargo. Y yo también desde el primer momento me hice a la idea de tener que digerir tan enojoso obstáculo, que hacía de nuestros intentos de comunicación algo que había que llevar a cabo con extremada cautela y con un supuesto y parsimonioso desentendimiento. El paraíso soviético socialista no permitía que una

empleada de Intourist [la agencia estatal de turismo, como ya sabemos] se relacionara epistolarmente con un extranjero; y mucho menos, que allí mismo donde tuviere lugar la visita turística y el menester de la guía, se propiciara contacto ninguno entre los interesados. Nina conocía sus limitaciones y ni las celebraba ni dramatizaba sobre ellas. Simplemente cumplía como funcionaria que era de su Estado, y lo hacía a las mil maravillas. Huelga decir que yo tuve que hacerla ver el horizonte de incumbencia que despertaba su persona en la conciencia mía. Tuvo que ocurrir que en algún “fuera de juego” del grupo aquel de 1977 Nina yo nos intercambiáramos las direcciones postales. La mía, completa y sin problemas, como cabe esperar. La de ella, a casa de una amiga, Elena Panteleeva, y aun así, recomendándome no escribir directamente con palmaria univocidad su nombre, sino más bien servirme de alguna clave de referencia, por otra parte evidente. Nos cambiamos un par de comunicaciones: Yo la escribí dos cartas y ella me escribió una, comedida pero gratificadamente femenina, esperanzada y cálida.

De esta manera transcurrieron más de cinco años. Mi concernimiento respecto de Nina, mejor dicho, mi interés, una vez comenzado, quería yo al menos comprobar su ulterior desarrollo estético. De momento y únicamente se había sustentado en esas breves comunicaciones epistolares a las que yo también, por pura diletancia y optimismo, no dejaba de concederles cierto valor cargado de futuro. Para sorpresa, halago y, en parte, preocupación y responsabilidad mías, en la segunda mitad del mes de agosto de 1982 recibo esta carta de Elena Panteleeva, la amiga de Nina, a la que había dirigido yo mis mensajes anteriores. Elena había conseguido trasladarse a Barcelona según parece hacía ya un año, es decir, a mediados de 1981, y desde allí me escribía esto, absolutamente decisivo y que traslado literalmente:

16/08/82

Estimado Sr. Tomás:

Acabo de recibir una carta de una amiga de Nina, Natalia, que dice que puedo darle su dirección para que pueda escribir a Nina (como le había escrito antes, Nina no puede recibir sus cartas en su domicilio, porque por cualquier sospecha de relaciones extraoficiales con un extranjero la echarían de su trabajo, aunque siempre puede mandarle una postal en tono “neutral” -porque la leerán- a la “Intourist”, Leningrado). Parece que Nina está bastante desanimada y, aunque ya hice bastantes tentativas infructuosas en este sentido, me pregunto si no tendrá Vd. uno o dos amigos solteros para sacar a Nina y a Natalia, casándose (el matrimonio es nulo una vez en España). Se precisarían dos viajes a Rusia, para presentar la solicitud del matrimonio y para la boda propiamente. Por mi experiencia puedo decirle con seguridad casi, que no se tarda mucho en ganar el dinero suficiente para devolverle esta deuda.

Le ruego que, si le escribe a Nina o, si viaja a Leningrado, y llama a Natalia, procure no mencionar el apellido de Nina ni escribirle nada sobre su deseo de emigrar. En el sobre no escriba el nombre de Nina, simplemente empiece la carta con su nombre.

Suerte,

Elena

En el reverso del medio folio de papel que emplea me especifica la dirección de Natalia Nikitina en Leningrado y su teléfono. Esta carta, parte de cuyo contenido no significaría coincidencia alguna con la realidad, como en su momento veremos, fue lo que terminó de hacer que mi decisión de viajar de nuevo a Leningrado se llevara a término. Me hice a la idea de volver a ver a Nina, y de asumir, de trasegar mejor dicho, de la mejor manera posible y de momento, los puntos de naturaleza tan delicada y

vivencial con los que Elena cumplimentaba su comunicación. Sabido es que al socaire del progresivo dismantelamiento de nuestra teocracia, y del advenimiento de los ambientes así llamados democráticos, todo lo relativo al Derecho de familia había experimentado una rápida y vigorosa transformación. La ley canónica, sin dejar de ser eso, canónica, instrumentó un cada vez más nutrido repertorio de salidas para que muchísimas parejas encalladas pudieran ponerse nuevamente a flote. Los Tribunales eclesiásticos antes –y aun inmediatamente después– de nuestra Ley de Divorcio de julio de 1981, y como si se tratara de ofertas al por mayor, de saldos a precios cada vez más populares, flexibilizaron sus resortes y decretaron la *nulidad*, como digo, de muchos “empapelamientos”. Lo cual, sin dejar de ser operativo, generó, sin embargo, no pocos quebraderos de cabeza. La carta de Elena apunta a una parte, acaso la más folklórica, de la problemática. Según ella, tanto Nina como Natalia estaban esperando a un par de caballeros que se decidiesen a sacarlas de allí mediante el socorrido sistema del contrato de matrimonio con opción de anulabilidad posterior, si ello procediere. Por si fuera poco, mi caso añadía un factor de infrecuente vivencialidad, ya que, por muy buena voluntad que Elena hubiera puesto en la interpretación del criterio y del estado de ánimo de Nina, mi ignorancia real del asunto era completa. Eso sí, me halagaba pensar que Nina me había parecido una gran mujer y que en el peor, peor de los supuestos, someterme por escrito a un contrato matrimonial con una criatura como ella hasta podría entenderse como tolerable. Yo, obvio decirlo, no había vuelto a saber de Nina desde ya hacía bastante tiempo. La carta de Elena, en buena parte, explicaba la causa, y todo ello junto con la especulación más o menos gratuita que había quedado establecida a expensas de los sentimientos y del estado emocional de Nina, todo ello, digo, añadido a la natural propensión que ya albergaba mi alma por el tema, determinaron que yo contemplara como inevitable una visita..., por lo menos una visita más a Leningrado.

A todo esto nos encontramos a principios del curso 1982-1983, y pasadas las rondas de octubre y consolidado el trimestre, me apresté

para ir a Alemania y recoger mi nuevo coche Mercedes durante el periodo de Navidad. El esquema no podía ser ni más sencillo ni más propio: A mi regreso de Stuttgart me detendría en Barcelona, aprovecharía para que me hicieran la primera revisión a los alrededor de 1.000 kilómetros de rodaje y procuraría entrevistarme con Elena Panteleeva. Más o menos así ocurrió todo. Volé a Stuttgart, recogí mi coche y me lo traje rodando hasta España. Hice una noche en Barcelona y efectivamente, previo telefonazo, nos encontramos Elena y yo en su piso del número 39 de la calle Peligro, más bien una habitación grande, llena de papeles, todo medio destartado, pero que a buen seguro significaría un enorme avance en espacio y libertad respecto de aquello a lo que hubiese estado sometida en la URSS anteriormente. Como me llevé su carta, la cosa fue sobre ruedas. Una conversación cara a cara, a lo vivo, puede suponer un alto grado de matización respecto de los mismos temas que hayan conformado el contenido de una carta previa. Y así con nosotros. Lo de menos es que yo hablase desde mi atalaya de doctor en Derecho civil... ¡matrimonial! Lo de más es que Elena, sin violencia alguna de principios, se avino a reconocer que tal vez el diagnóstico que había aventurado sobre Nina no fuese del todo correcto. Lo que me dijera de su común amiga Natalia quedaba fuera aun de mis especulaciones, por carencia de pruebas, ni siquiera indicios, por parte mía. Pero Nina en ningún momento había dejado traslucir el más ligero síntoma de querer salir de su país, de esa manera que bien podría tener visos de definitiva; o por lo menos de sopesadamente deseada a voluntad. Nina me pareció siempre una extraordinaria mujer en la que concurrían atributos de claridad mental, conocimiento de las realidades sociales no sólo de su país sino de otros muchos con los que la URSS pudiese sostener un pulso comparativo; y por último un envidiable sentido del discernimiento que la libraba de perderse en las procelosidades de las apariencias y de los falsos paraísos...

Bueno. Elena y yo sostuvimos una larga conversación. Ella no dejaba de fumar y de tomar café. Se hallaba traduciendo... la obra, no sé si algo o toda la obra completa del escritor checo a quien le habían

concedido el Nobel de Literatura recientemente. Elena, como buena intelectual soviética dominaba a la perfección cuatro o cinco idiomas –entre ellos, por supuesto, el castellano– y se ganaba así la vida. Era una mujer corpulenta, de unos 40 años, comunicativa sin llegar a lo cordial; educada pero sin ningún tipo de edulcoraciones empáticas. Creo que me las compuse para hacerla ver que nuestro encuentro constituía el mejor incentivo, la remoción de cualquier duda, si es que la hubiera habido, para yo decidirme a viajar a Leningrado, por lo menos una vez más, ver a Nina y hacerme cargo de la situación por mí mismo, de primera mano, “on the spot”.

No conservo ni memoria ni registro documental sobre si después de mi encuentro con Elena escribí efectivamente a Nina a través de Natalia Nikitina. Supongo que sí, y además dándolas a entender que estaba decidido a verlas. Nos encontramos ya a primeros de 1983 y todo fue cuestión de espigar entre las ofertas numerosísimas de excursiones de Semana Santa a la URSS, limitadas únicamente a Moscú y Leningrado. Elegí una, del 26 de marzo al 3 de abril, que me pareció buena, tanto por el diseño de fechas y estancias, como porque se habían aumentado algo los precios en razón del número reducido de viajeros que la Agencia Meliá había previsto acomodar en el grupo en cuestión. En todo aquel primer trimestre de 1983 yo anduve preparándome el ánimo y en sucesivos raptos de previsión, que tanto aplaudía como vituperaba mi conciencia, dejé listos una serie de papeles para llevarme a la URSS, en caso de que... –así me lo quería yo imaginar– un remolino de obcecación, un arrebató de desmantelamiento de mis defensas, y siempre contando con Nina, claro, me colocase en la tesitura de ser consecuente documentalmente con el negocio jurídico en el que me vería inmerso. Y así preparé una ‘fe de vida y estado’; el pasaporte en regla, por supuesto; un DNI también, como sustituto suficiente del pasaporte; una partida de nacimiento legalizada; un documento redactado en castellano y en inglés, de capitulaciones matrimoniales sobre separación absoluta de bienes. La enumeración de todos estos embelecos, cuya sola existencia enrarece el espíritu de libertad omnímoda a que toda

persona debiera tender..., pues claro es que puede producir risa, pasmo o ambas cosas en el lector. Yo estaba decidido en cualquier caso a que por mí no quedase, y así, aun a fuer de curarme en salud de manera tan desproporcionada, no quise que la casualidad o la improvisación pudiese tomar rehenes a mis expensas.

Todo llega, y el día de nuestra partida desde Barajas no fue excepción. El grupo lo componíamos trece viajeros, incluyendo a una guía española, delegada de la Agencia Meliá. A partir de aquel momento una imprevista y magnífica y original dimensión vivencial apareció en el panorama de mi espíritu. Allí mismo, antes de embarcar, conocí a María José Caldentey (Sra. de Contreras), estupenda chica, extraordinaria compañera de viaje, inspirada y concienzuda cronista. M^a José viajaba con una amiga suya, bastante mayor, también catalana, Vicenta Vives. M^a José, Licenciada en Filología Hispánica, era, como digo, proclive a la escritura y en su momento me haría llegar el elegante resumen, desde su órbita, de nuestro viaje en prosa concisa pero muy completa en sus precisiones; muy clara en el menester de explicar al lector con paso seguro e inequívoco la realidad objetiva de las cosas de la URSS con que ella, M^a José, se topaba por primera vez entonces. Vicenta era viuda desde hacía ya algunos años, y entre ellas dos –siempre contando con el beneplácito de Jordi, el marido de M^a José, un gran tipo, generoso, amable y comprensivo, como tendría yo ocasión de descubrir meses más tarde–, entre ellas dos, digo, se había consolidado una como sociedad viajera que funcionaba a la perfección.

Ocurrió como suele ocurrir con temas de esta naturaleza, y es que conectamos muy pronto, casi de inmediato, las dos señoras y yo [queda fuera de lugar en esta viñeta la comunicación amistoso-literaria que yo seguiría sosteniendo ya indefinidamente con M^a José; y hasta la visita que hicimos al matrimonio Contreras mis dos sobrinos y yo, en Sitges, ese mismo verano de 1983... o acaso de 1984]. Por eso de que los documentos que yo llevaba conmigo viajasen con el máximo de garantías, iba yo pertrechado de mi maletín-estuche inglés, de

ejecutivo, que prestaba a mi persona una fachada de negociante, o de negociador más bien, altamente pintoresca. Las cosas pasan, ocurren, y a veces lo hacen de tal manera que ellas por sí solas se las arreglan para organizarse y para producir unos efectos que ni toda la preparación de los humanos podrían darse maña en alcanzar. Fuere lo que fuere, el caso es que nada más saludarnos allí en el aeropuerto comencé a “bacilar” con M^a José y con Vicenta, sirviéndome como hipótesis de trabajo que la una fuese hija, sobrina, o algo así de la otra. Recuerdo que nada más dirigirme a ellas, ambas me miraron en clave especial [fechas más tarde me lo revelarían] como preguntándose quién era yo en realidad, y a qué demonios iba yo a la URSS provisto de tan sofisticada maletita o cabás para documentos. [También días más tarde y ya en vena de eutrapelias para-confidenciales me harían saber que en un principio pensaron que yo iba en misión oficial de algún tipo a Moscú: Todo por el efecto que producía en mi persona el aditamento de mi maletín inglés de ejecutivo]

Pero como acabo de apuntar hay cosas que suceden, hay situaciones que se producen espontáneamente como si hubiesen ensayado todo el tiempo del mundo una representación, unas mostraciones, unos resultados, y sin que nosotros los humanos podamos jactarnos de ser protagonistas de nada. M^a José y Vicenta entraban al trapo de todas mis ocurrencias y razones y así ellas, a su vez y de la forma más eficaz que uno pueda imaginarse, me daban pábulo a mí para seguir ensayando expresiones ambiguas, en las que mezclaba atisbos de estilismo con brocados idiolécticos, vocablos rebuscados sin por ello dejar de ser un paradigma de corrección, y sentidos que participaban de lo abstruso, lúdico y hasta en ocasiones crípticamente iconoclasta. Yo exploté a fondo la situación desde un principio y durante el curso de la excursión entera. Como también indiqué, mi entrar en contacto con aquella pareja de mujeres formidables fructificó en un transvase de empatía por parte de todos nosotros en muchos años sucesivos e inmediatamente después de este viaje a la URSS en la Semana Santa de 1983.

Ya en el avión caí sentado junto a un español que viajaba a Moscú para seguir un tratamiento de la vista en un Instituto de Microcirugía ocular y/o de Oftalmología, creo que el Gelmgoltz. Se trataba de un muchacho joven, comunicativo y bien informado. Charlamos de casi todo, y por la dinámica natural de las cosas salió a relucir el tema “caviar”. Yo tenía muy en cuenta que cinco años atrás la lata grande aquélla que conseguí encontrar en el buffet del Hotel Rossia, y que asimismo nos dimos maña a justificar en la aduana como regalo de Angelina y Larissa, allí presentes..., aquella lata era una de las últimas “gangas” a mi alcance. Testimonios de unos y de otros coincidían, a pesar de los detalles discrepantes, en una misma realidad, a saber: Que la demanda de caviar por los extranjeros se había multiplicado por no sé cuántos, y que las autoridades habían cerrado la mano de forma drástica. Todavía más, para añadir morbo disuasorio a la cosa: Se nos había asegurado que si algún confiado mortal encontraba una caja de aquéllas, de casi dos kilos..., que aun pagándola a peso de oro quedaba expuesto a que se la requisaran en la intervención de aduana de salida del aeropuerto, sin que se pudiera reclamar bajo ningún concepto, por ser una exportación prohibida, aun cuando la publicidad de dicha prohibición quedase normalmente fuera del alcance y de las entendederas del cándido turista. Por lo visto se había montado una especie como de empresa tácita entre los vendedores de caviar y los funcionarios del aeropuerto: Así, al menos en teoría, una lata podía ser vendida nadie sabe la de veces y seguir permaneciendo siempre como patrimonio y riqueza del pueblo de la URSS. Supongo que en todo ello habría evidente exageración pero las historias, todas, apuntaban inequívocamente a la altísima improbabilidad de que un mortal cualquiera, turista para más señas, se hiciera con una de aquellas latas grandes, parecidas a las nuestras de anchoas (o de escabeche o de atún, o de sardinas o de caballa) por métodos normales, convencionales, o sea, pagando el caviar en rublos previamente obtenidos por venta de dólares USA en el mercado libre, y de esa forma lograr casi dos kilos de caviar por unas 7.000 pesetas cuando en

España, por ejemplo, no bajaría de las 50.000, y estoy hablando de precios de 1983.

Mi amigo de circunstancias, el enfermo de la vista en busca de seguir su tratamiento en Moscú, dio su verdadera talla de hombre enterado, sobre todo en lo que se refería a la situación y al perfil de las cosas en aquellos años precisamente, al sugerirme que la única manera de poder pasar “una cierta cantidad” de caviar por la aduana, y siempre, claro, que uno tuviera la maña o la suerte de encontrarlo, era... hacer creer a las autoridades que se trataba de un producto para el propio consumo en razón de sus cualidades salutíferas como dieta, frecuentemente recomendado por los médicos de la URSS. Para lo cual, el procedimiento más fehaciente de desterrar cualquier sospecha de posterior venta, comercialización o manejo de intermediario, era transvasarlo a uno, dos, o tantos jarros o recipientes de cristal como hicieran falta; cerrarlos de forma convencional sin ningún tipo de precinto, y hacer ver que se trataba de algo prescrito para el propio consumo. Tomé buena nota de ello y ya verá el lector en su momento la materialización del plan y el éxito de semejante estrategia.

A todo esto el diseño del viaje completo era llegar ese mismo día 26 a Moscú: Hacer noche; salir a la mañana siguiente para Leningrado; pasar allí tres días y tres noches; regresar a Moscú y terminar las restantes cuatro jornadas antes de volver a casa. Como se observará, muy poco operativo, aun sin dejar de ser una buena excursión, con precios sensiblemente por encima de los de otras organizaciones más populares. Lo normal hubiera sido un vuelo directo sin escalas y puntual a Leningrado, etc. En su defecto, una llegada a buena hora a Moscú, y empalme desde allí para Leningrado (tiempo de vuelo: 1 hora) y consumir los días que estuviesen asignados a una y otra ciudad, seguidos, sin ningún tipo de interrupción intermedia, etc. Pero nada de esto que entendemos por lógica, operatividad y eficacia capitalista tenía sentido en las mentes y en la praxis de los soviéticos. El viaje, que arrancó de Madrid a eso de las 11:00 am, con una escala no anunciada de casi dos horas en el

Berlín oriental, nos dejó en Moscú sobre las 18:00 pm. Allí en el aeropuerto de Seremetyevo, ya renovado, nos tuvieron otras dos horas entretenidos con la comprobación de los pasaportes, todo lo cual, unido a la hora y media larga que tardamos en desplazarnos hasta el Hotel Kosmos hizo que el viaje de puerta a puerta, o sea, desde que me levanté de mi cama en Alcalá de Henares hasta que avisté la del hotel de Moscú, consumiera *doce horas*, que se dice pronto, *doce horas*, cuando un avión de Barajas a Moscú, directo y sin escalas hace el trayecto en sólo algo más de cuatro. A eso me refiero cuando deseo ilustrar mi tremendo rechazo a los viajes; a la progresión geométrica de frustración y cansancio y mala hostia que se va produciendo entre cada dos horas consecutivas conforme se avanza hacia la culminación de todo el recorrido; a la inaguantabilidad de tales tropelías, a menos que uno vaya inflamado en proyectos teleológicos de fuste especial que le alivien y amortigüen el sinsabor material de tanta desconsideración. Aquí viaje fue uno de los más dilatados y pesados que yo recuerde en proporción a la razonable y no excesiva distancia de que estamos hablando. Uno de los viajes que le dejan a uno sin ganas de... viajar. Una penitencia. Una paliza. Pero, ¿qué era todo ello dentro del gran organigrama de la idiosincrasia soviética? Pues nada.

Nos llevaron a Moscú a dormir la noche del 26 para tenernos listos al día siguiente temprano y trasladarnos a Leningrado. Desde 1980, año de las Olimpiadas, Moscú contaba con alguna mejora en sus infraestructuras. El Hotel Kosmos, en la Avenida de la Paz, en dirección ligeramente noroeste, y por afuera ya del anillo de circunvalación “Sadovoye Koltso” (“Garden Ring”) constituía la construcción turística más sobresaliente que los moscovitas realizaron como apoyo logístico de los Juegos. Era un mastodonte en forma de arco de elipse, de más de 30 pisos, y con capacidad para más de 4.000 huéspedes que, en cierta manera, reemplazaba al primer gigante, el Rossia. Aquella noche no nos dio tiempo más que para caer desvencijados en la cama y deshacer lo mínimo del equipaje. Pues ésa es otra de las pegas más significativas de dichas estancias de conexión de una sola noche que siente uno como desproporcionado: Desplegar

las pocas o muchas cosas que lleve para tener que empaquetarlas unas horas más tarde; y así la disyuntiva no puede ser más desconsoladora: O privarse de los servicios que prestan los útiles para tal fin; o darse uno la paliza trabajando tontamente.

Sufrimos la primera madrugada a eso de las 07:00 am. aunque se tratara de tomar el avión para Leningrado pasadas las 11:00. Una vez más, nunca la última, el sentido del trabajo en la URSS no tiene que ver nada con el concepto occidental. La URSS blasonaba de no tener prácticamente parados, y era verdad. La gente, en general, producía muy poco o nada. El Estado totalitario ocupaba a las masas con sandeces estériles: Ejemplo, si se tratara de fabricar piezas de construcción, ladrillos, digamos, la concepción soviética justificaría sus presupuestos socio-económicos haciendo que una persona se pasara todo el día fabricando un par de ladrillos; o que un funcionario en un centro u organismo político traslade sillas de una habitación a otra y que, a su vez, las mismas sillas sean devueltas a su lugar de origen por otro funcionario. Así se llega a la fórmula de tener a todo el mundo ocupado pero sin producir nada. Los verdaderos puestos productivos de responsabilidad tienen que ver con la defensa y con la fabricación de armas y artilugios de guerra, fría o caliente; y ahí, en ese plano, sí puede hablarse de producción. El turismo proporcionaba a los soviéticos una formidable excusa de justificar horas de trabajo a costa de los sufridos viajeros, cuyos esquemas de valores sobre las ecuaciones de producción-tiempo diferían por entero de las de los responsables del invento. Una guía turística soviética, por ejemplo, se levantaría muy temprano a lo largo de todo el año para justificar su no hacer nada. Con turistas, su justificación quedaba materializada. Se suponía que para tener acceso al desayuno que se nos servía a las 07:30 am. habría que levantarse a eso de las 07:00 am, digo yo. Bien. Luego, a eso de las 08:30 am. nos metían en el autobús, camino del aeropuerto. La marcha de estos trastos jamás pasaba de los 40 kilómetros/h, cosa muy loable si el turista no quedara apercebido de que siempre y en cualquier supuesto se trataba de llenar tiempo y tiempo, de estirar tiempo y tiempo, porque de otra forma nuestra

conciencia seguiría transcurriendo con arreglo a su algoritmo inmutable, idéntico y secreto..., sólo que vacío, carente de referencias. El viaje al aeropuerto, una hora de duración. Y ya en el aeropuerto, una espera de una hora y media, hasta embarcarse a las 11:00 am. En Occidente eso, para un vuelo nacional, podría reducirse prácticamente a la mitad: Levantarse a las 09:00, tomar el autobús a las 10:00 y llegar al aeroduerto a las 10:30, para tomar el avión a las 11:15 tiempo real, tratándose como en nuestro caso de un grupo de 13 personas con guía, cuyos pasaportes se entregaban en bloque y cuya comprobación era cosa de dos o tres minutos. El viaje de Madrid a Moscú, la misma historia: Nos podríamos haber ahorrado cuatro horas de la manera que ya vimos, volando directo y expeditando los trámites a la llegada a Moscú. Cosas así son las que han desacreditado el sistema de vida y la concepción convivencial de las culturas así llamadas socialistas, nacidas de la Revolución de 1917. Y no digamos de algún vástago listo, que hasta quiera haber adelantado a sus maestros, como sería el caso de Cuba: Allí la Revolución tiene bastante con airear los logros constantes que el régimen propicia: Todas las semanas se inaugura un centro, una casa, un habitáculo, una sede... para el Partido; construcciones de las que la iniciativa privada podría realizar cien veces más en la mitad del tiempo. Pero el caso, ya dije, es mantener ocupado al personal e inflarles la conciencia de demagogia, para provecho de los enfebrecidos y visionarios dirigentes.

Bueno: Toda esta digresión cargante supongo que sabrá el lector disculparla porque acaso así haya conseguido yo infundirle los grados de evidencia de que ciertas cosas no funcionan respecto de ciertas personas y en momentos concretos.

Hemos llegado a Leningrado a media mañana y se nos traslada al Hotel Pulkovskaya, en el número 1 de la Plaza de la Victoria, cerca del monumento conmemorativo de los héroes que defendieron la ciudad durante el asedio nazi en la pasada guerra mundial, que es un complejo escultórico, alongado, grandioso en verdad, cubriendo el centro de un boulevard a modo de plaza. Arribamos al Hotel, como

digo, casi a la hora de comer. Porque ésa es otra de las martingalas de estos diseños de entretenimiento turístico: Al viajero se le colma de comida, y como cada convocatoria prandial se acompaña de un antes y de un después, además del correspondiente durante, resulta que una buena parte del tiempo se consume con el estúpido señuelo de las horas de la comida, ¡¡como si uno saliera de su casa a comer!! Tomamos posesión de nuestras habitaciones, y se nos concede una media hora para visitar las instalaciones del Hotel, sobre todo para dar oportunidad a los infatigables compradores de cargar con algún chisme más, supongo que repetido, de la inevitable Beryozka...

Mi espíritu comenzaba a agolpar instancias cómplices, perspectivas inéditas que tanto me replegaban en mi irresolución como me exacerbaban de temeridad. Tampoco guardo pruebas ni siquiera registros en mi memoria sobre alguna comunicación por escrito que nos intercambiásemos Natalia y yo en todo aquel ámbito temporal que arrancaba de mi encuentro con Elena en Barcelona. Pero estoy seguro de que tuve que escribir a la camarada Nikitina, apercibiéndola de todos los detalles de mi viaje. Puedo casi garantizar que aquel día 27 de marzo de 1983 Natalia estaba esperando mi llamada, mi ponerme con ella en contacto, mi primer movimiento, un conato de fe de vida por mi parte, lo que fuera. Seguro también que Nina habría sido informada de mi programada estancia en Leningrado. Casi, casi me dio un vértigo cuando en el rato que nos concedió la organización antes de comer para asearnos y dar una vuelta me pareció ver a Nina, sí, a la misma Nina en persona en la Beryozka, acompañando a otro grupo de turistas. ¿Era ella? Sí, no podía ser otra: Su gesto recatado; su cimbreo elegante..., la persuasión inundadora de sus modales. Nos cruzamos un proyecto de sonrisa, ni eso..., un conato de comprobación escrutadora, de intercambio de reconocimiento. Pero acercarme a ella allí y entonces hubiera sido una torpeza evidente, un error crasísimo. Yo me había hecho a la idea de no dar un paso que no se ciñese al esquema de los oficios intermediarios de Natalia..., a la que ya, sin más preámbulos telefoneé...

La invité a comer con nosotros pero no podía. Eso me dijo. Quedamos para aquella misma tarde, en el Hotel Yevropeiskaya, en la calle Brodsky, perpendicular y pegando a Nevsky Prospekt. Me hizo saber el atuendo con el que se presentaría vestida, etc. Después de comer creo que el grupo la emprendió con la primera de las visitas, probablemente al Hermitage, que yo por razones obvias decliné amablemente, para curiosidad añadida de M^a José y Vicenta que se preguntarían por la razón de mi estancia allí. Me quedé tumbado, recuperando las fuerzas consumidas en el diseño tan disparatado de nuestro viaje. Mi cometido en Leningrado era muy concreto y no tenía ganas de dejarme llevar por el rigor rutinario y asexuado de las visitas a monumentos ni a más lugares de arte...

A la hora convenida cogí un taxi y me fui al Hotel Yevropeiskaya. Esperé un poquito. Es extraordinario sentirse uno turista en ciertos sitios; es como si en nuestra persona transportáramos un reducto inexpugnable e inacabable de recursos de inmunidad. La sensación de saberse con la suficiente independencia, con la pequeña libertad concreta de acometer el, sin embargo, significativo acto de voluntad de ir a un país y poder salir de él, en oposición a los propios nacionales, eso... produce un ensanche en las dimensiones con las que contemplar el mundo. Llegué al Hotel y esperé por allí un ratito, como digo. Quiero recordar aquel vestíbulo como de color predominantemente rojo, con paredes de cristalera, muy tradicional en clave de opulencia. Escribo esto en 1998, quince años justos después de aquella última visita a Leningrado, y hasta siento el regusto de aventurar dicha fijación cromática..., igual que el vestido encarnado en el que se confundía un cuerpo de mujer, ni alto ni bajo, ni imantantemente bonito como para monopolizar el curso de la mirada, pero tampoco para dejar de indagar pasada la primera inspección...

Se trataba de Natalia Nikitina. Nos sentamos a cenar en una especie como de sección reservada del Hall-Comedor. Parte de nuestro temario estaba ya formulado y planteado. Los asuntos comunes de Elena y de Nina franqueaban con toda seguridad nuestra

conversación y nos protegían de las cualesquiera incursiones hacia materias que pudieren considerarse más procelosas. A las primeras rondas de charla Natalia se destapó como un tipo de mujer sobresaliente. He dicho “un tipo”. De no tener yo mi incumbencia surta en mi recreación de Nina; de no haber cortado yo las amarras de mi referencia a criatura alguna que no fuera Nina; de no haber trucado yo los dados del azar, y de la voluntad, y de mi horizonte vivencial en favor de Nina..., no sé lo que hubiera pasado. Natalia encarnaba a uno de esos seres excepcionales en quienes –y siempre a los ojos de un occidental europeo llegado de un país con cierto grado de libertad– las restricciones reinantes se traducían en resultados de una portentosa competencia, de un ejemplar valor. Su español, prácticamente, no podía distinguirse del que emplease un nativo, y acaso más rico, más completo, más especioso. Asombraba el dominio que tenía del vocabulario y de la sintaxis, y eso sin haber pisado nunca un solo país de habla hispana. Natalia era una inconformista frontal con el régimen de la URSS. Las cosas ya no estaban como cuando Stalin, y de ahí que la forma como las autoridades penalizaban su perpetua “objeción de conciencia” era incordiando a Natalia con alguna que otra visita rutinaria a su domicilio para asegurarse de que si no quería trabajar para el Estado, al menos no protagonizaba actividades subversivas. Parece que Natalia había sido guía turística, pero que su actitud rebelde la acarreó su retirada de semejante menester supuestamente preeminente y selecto dentro de la nomenclatura de valores de la sociedad soviética. A Natalia no parecía importarle nada. Justificaba su colaboración con el Estado trabajando varias horas a la semana en una Escuela de Arte, en calidad de... no sé qué. El asunto del matrimonio de conveniencias que con tanta inequívoca seguridad supuesta había tocado Elena en su carta, aquí ni se mencionó. Era curioso. Yo estaba allí con Natalia, y en circunstancias normales nuestra amistad se hubiera esmaltado en sesiones de intimidad más apremiantes con las que, acaso, Natalia hubiera dispuesto de una buena plataforma de razones y de mostraciones para animarme a “rescatarla” mediante el “empapelamiento” ya indicado. Pero tanto

ella como yo estábamos referidos, vinculados a Nina: Natalia, como amiga íntima; yo, como enamorado en abstracto y potencialmente gestor de cualquier curso de acción que se me presentara enfrente de la conciencia mía. En todo caso, Natalia, con su espléndida intuición, se apercibió del grado de fijación y de claridad que asistía a mi criterio en el asunto de Nina, y ni por un momento rozó la más mínima o incruenta insinuación.

Aquella primera reunión con Natalia sirvió a ésta para concienciarse de que mi curiosidad vivencial por Nina era real; que estaba allí para llevar a cabo todo lo que hiciera falta con el fin de esclarecer el sentido de mi referencia a aquella mujer. También supongo que Natalia fijaría en su mente la genealogía y el talante de todas y cada una de las vibraciones que yo emitiera respecto de Nina para poder transvasarla a ésta, siquiera, un adelanto del estado anímico del hombre con quien pensaba conectarla... al día siguiente. Porque fue para el día siguiente para cuando concertamos que Natalia me guiaría, me llevaría materialmente a Nina. ¡Oh, qué mujeres éstas tan maravillosas! Cuando una mujer no está contagiada por ninguno de los típicos virus de la rencilla, del despecho, de la acritud, su gestión se convierte en la más providencial de las embajadas, en el más elocuente de los parlamentos, en la más eficaz de las intercesiones. Así con Natalia. Aquella mujer tenía todos los resortes para que mi empeño, al menos en su tramo procedimental, llegase a buen puerto. Así quedamos. Así nos lo deseamos para el próximo día, conviniendo en que Natalia me recogería en el Hotel donde yo me hospedaba, para desde allí llevarme directamente al lado de Nina. ¿Se imagina el lector este ambiente tan poco rectilíneo en el que se tenían que desarrollar mis expectativas vivenciales? Pero tal vez aquel enrarecimiento atizaba el ardor de mis anticipaciones que en realidad se apoyaban en basamentos gaseosos, en razones de voluntarismo impenitente. Aquel día, después de estar con Natalia, sólo hice meterme en la cama, a ver si mi cuerpo conseguía algún acopio de fuerzas reparadoras, y podía ser un digno y decente templo de mi alma, a la que esperaban arduas y comprometidas situaciones.

El día 28 lo pasé solo hasta la hora de comer en que me uní a mi grupo. Se trataba de gente realmente buena, matrimonios acomodados y, además, eso que entendemos en inglés como “easy-going people”, tratables. Aparte de mí, los dos otros miembros sueltos del grupo eran la delegada de la Agencia, Asunción Lázaro, una chica educada y sin grandes deseos de protagonismo; y una norteamericana afincada en España, Pamela Knudson, que parecía estar algo chiflada y que, siempre en clave de buena fe y bobaliconería, nos amenizaba con ocurrencias de alto e improbable pintoresquismo. Con M^a José Caldentey (Sra. de Contreras) y Vicenta Vives creo haber apuntado que continué una trabada y buena amistad, apuntalada mediante frecuente correspondencia y con un par de visitas que hice a los Contreras en su propio Sitges. El matrimonio Belilla (Enrique, prestigioso oftalmólogo, y Marisa) eran de La Rioja, y ese mismo verano de 1983 nos invitaron a todo el grupo a pasar con ellos un par de días deliciosos, visitando, por ejemplo, localidades históricas y literarias de la provincia que conservaban la huella y el espíritu de Berceo (San Millán de la Cogolla), dentro de un ambiente de generosísima prodigalidad y de buen gusto; o llevándonos a magníficos santuarios culinarios, como el de Ezcaray; además de la fabulosa comida-merienda-cena con que nos obsequiaron Enrique y Marisa en un asadero, también bodega, de su propiedad en el mismo Logroño, donde los que quisieron y pudieron, estuvimos trasegando pedazos de carne sabrosísimos y buchets de riquísimo vino espeso... hasta bien crecida la madrugada, etc., etc. Decliné toda excursión cultural en Leningrado y esperé con ávida zozobra el momento de encontrarme con Natalia. Estábamos a últimos de marzo y la temperatura era tan sólo de cuatro o cinco grados por encima de cero. Hacía viento, y la oscuridad del Norte parecía imponerse más visiblemente y con más decidida diligencia en Leningrado.

A la hora fijada se presentó Natalia: Dejó el taxi esperando mientras me recogía en el Hotel..., y ya los dos nos dirigimos al punto convenido. No puedo recordar nada, ni siquiera el nombre de la calle o

plaza donde Nina había concertado con Natalia que nos encontraríamos. Yo me dejaba llevar. Había oscurecido y además de la baja temperatura, algún que otro sabanazo de bufante viento conformaban la situación con un inevitable componente típico de guión cinematográfico. Yo me dejaba llevar como un paquete lleno de concernimiento, rebosante de protagonismos y al tiempo, consciente de mi poquedad, de mi absoluto depender de los oficios de los demás, en este caso, Natalia. El taxista condujo y condujo hasta que se detuvo enfrente de una edificación en forma de arcos que ocupaba buena parte de una pequeña explanada o plazoleta, desprovista de tráfico, protegida en un gran sector de su perímetro por la distancia a que se encontraba de otras arterias circulatorias. Nos bajamos Natalia y yo del taxi, le ordenó que esperara, y nada más conducirme unos cuantos pasos, se vino hacia nosotros una figura de mujer, erguida, cimbreada, cuyo bulto se hizo definitivamente asumible y reconocible. Era Nina. Cambié unas palabras con Natalia, ésta me dedicó una sonrisa de aquiescencia y regresó al taxi.

–Hola, ¿cómo estás? – dije yo.

–Hola, ¿cómo estás tú? –dijo Nina.

Llevaba un precioso abrigo color ceniza, ajustado por un cinturón hecho un nudo, elegante dentro de su sencillez; zapatos asimismo sobrios, de medio tacón: Igual atuendo con que nos habíamos visto el día anterior, tan fugazmente, en la Beryozka del Hotel Pulkovskaya. Así se lo hice notar, y así asintió Nina: Que había reparado en que yo me encontraba allí, y que suponía que yo no necesitaba más orientaciones sobre el sigilo y la discreción que debían intervenir en nuestros contactos. Habían transcurrido nada menos que seis años desde que yo había tenido ocasión de mirar a Nina de cerca, a su cara; auscultar sus facciones. Aquella excursión previa a Leningrado de 1977 me había permitido sentarme junto a ella en el autobús de nuestros recorridos y prácticamente por el hecho de viajar yo solo y suelto, monopolizar su compañía y sus explicaciones en toda oportunidad en que el grupo se dispersaba o se reunía. Fue allí, entonces, en 1977, qué duda cabe, donde y cuando eché los cimientos

de la configuración del alma de Nina, del dintorno de todos sus atributos. Para complacencia mía pude percatarme plenamente de que la estructura psico-somática de Nina no había experimentado deterioro alguno; que el halo de armonía que su persona exhalaba al bío-topo de su contigüidad era innegable; que el armazón de su feminidad se había conservado incólume, acrecentado en la inmediatez de su epifanía, en lo acuciante de su aparición.

¿Qué tal, Nina? –diría yo también, acaso.

¿Qué tal tú? –contestaría ella.

Estoy escribiendo esto quince años justos después de haber sucedido, y celebro no recordar detalles, sino hallarme en posesión plenaria, como un todo, del asunto; si acaso, recordar uno o dos árboles, pero sí asumir por entero aquella frondosidad, aquel bosque poblado de vivencias. En un momento dado nos tomamos de las manos, fui haciendo discurrir las mías hacia arriba, por sus brazos, hasta sus hombros, y allí se produjo el acercamiento incontestable de nuestros labios. Tuvimos nuestros alientos consorciados y ensalivados durante mucho tiempo. Lo inodoro del alma de aquella mujer se traducía en regustos y complacencias inéditas para mi espíritu. Estábamos de pie, en plena coincidencia de nuestros cuerpos amortiguada por el espesor de su abrigo color ceniza claro y de mi pelliza muelle y ligera, de color verdoso, la que me compré en Londres. Pero nuestros labios soportaban todo el tráfico de las incumbencias de nuestras voluntades, todas las transferencias de vivencialidad y ofertorio que los dos necesitábamos celebrar. Sí, venían a mi cabeza los versos de Demetrio Castro Villacañas... “El beso de los labios,/ desgarrada ansia inmensa/ de hacerse carne en otra carne,/ de ofrecerse y morirse en el estuche / cálido de otra boca”... Mi sentido de la plástica recuerda bultos en uniforme cruzando a lo lejos, siempre a lo lejos de “mi” asunto; los veía taladrar la bruma reinante y desaparecer por la latitud de otras calles; a veces era un solo individuo; a veces, dos, con botas, capote y gorro. Los había visto al principio, pero cuando decidimos Nina y yo amalgamar nuestras bocas, yo dejé de ver cosas, inundado como estaba de alma por todas

partes, allí, de pie, en el centro de todos los mundos imaginarios, en una gloriosa y prepotente soledad compartida, y sin que me faltara de nada. El istmo de nuestros labios, nuestro beso totalizador que se prolongaba hasta la infinitud de todas las magnitudes imposibles, era el “causeway” que me permitía ir a lo desconocido y reintegrarme con mi mundo; nuestro beso era el pasillo conector de mi alma con aquel mundo gigantesco y abstracto de “lo eslavo”; y la dulcedumbre de la persona de Nina desbordaba de responsabilidad y de concernimiento todas mis expectativas. En aquel beso sostenido, larguísimo y copioso se contuvieron todos los argumentos.

Cuando dejamos que nuestros alientos discurrieran con arreglo a sus flujos y mediciones normales, me quedé mirando a Nina y un poco también al lugar donde habíamos decidido permanecer surtos. Se trataba de un barrio residencial de Leningrado, algo retirado del centro, justo para ese tipo de encuentros guarnicionados de sigilo y discreción. Nina se me apareció una vez más como una real hembra, un portentoso paradigma de mujer, un dechado de compostura y de armonía que, manando de sus veneros profundos, inundaba todas las estribaciones y accidentes exteriores con los que su persona celebrara proximidad. Nuestro beso había querido resumir y dar cuenta de aquellos seis años de referencia distanciada, sostenida por un voluntarioso optimismo, por una dialéctica estética que se autoimpulsaba en razón de inéditas transcendencias. A veces nos quedábamos, así como estábamos de pie uno enfrente del otro, asidos de las manos sin decirnos nada. Cuando Nina parecía alborear una sonrisa era como si se abriesen las compuertas de la beatitud y de la esperanza; como si se me extendiera un título crediticio respecto de futuras recompensas. Otras veces andábamos, lentamente, mirando hacia delante, y de pronto, unimismados como por idéntico resorte u ocurrencia, nos quedábamos quietos de nuevo, escrutándonos los ojos. En cerca de dos horas que duró aquella primera entrevista hablamos, sí, de cosas. Muy en la línea que yo había sospechado, Nina no sólo no propiciaba el sistema del matrimonio desmontable para salir de la URSS, sino que lo consideraba como un engaño que más tarde o más

temprano se traduciría en quebrantos, infelicidad y desavenencias para quienes así lo hubieran perpetrado. Preciosa honradez, preciosa mostración de sentido común la de aquella mujer. Elena, con toda la buena fe que en ella hubiere podido concurrir, estaba equivocada en lo de suponer que Nina quisiera abandonar de ninguna manera la Unión Soviética. Eso, de momento. Pero es que, como digo, Nina desaprobaba el supuesto método del “empapelamiento” o casorio fingido. Terminamos la velada. Me dio un número de teléfono para que al día siguiente, a una hora determinada, la llamase y poder concertar el segundo y último encuentro nuestro antes de que mi grupo y yo regresáramos a Moscú y eventualmente a España. Quedamos en eso. Esperamos a un taxi. Me dejó primero en mi hotel y prosiguió ella a su casa.

Es muy poco ya lo que recuerdo, quiero decir en lo atinente a detalles. Recuerdo lo esencial, eso sí, con todos sus trazos generales de veracidad y concreción. Supongo que llamaría a Nina a la hora convenida. Y nos volvimos a ver, no puedo precisar si en el mismo sitio o no. La catarata emocional del día anterior se había remansado, y al tiempo fue como si, en vez del estruendo de la precipitación de las aguas tumultuosas se hubiera dado lugar a la formación de un piélago lúcido, remansado y espejeante, donde mirarnos nuestros espíritus para toda la vida que fuere por venir. Me dijo –y nunca olvidaré aquella tremenda confesión... nunca degustará mi alma un cumplido tan cabal y tan valioso como aquél, venido de mujer tan egregia como Nina–, me dijo que yo había sido el tema, el asunto, la cuestión o cosa más importante que había aparecido en el horizonte vital de toda su memoria; que yo había sido su mayor problema emocional, la ráfaga perturbadora que en ella –si materia, si espíritu– había sacudido más resortes, había supuesto más tentación de replantearse toda la cosmovisión por la que su existencia absoluta y completa se había conformado...

Tremenda confesión, inagotable tesoro de confidencias lo que aquella mujer me estaba participando. Yo, mi solo yo, ínfimo o

inmenso, mi minúscula tendencia de eternidad legítima, lo que yo representaba, mis palabras, las vibraciones que había conseguido trasladarla durante todo aquel tiempo..., habían sido su mayor, tal vez su único referente, si de tomar partido por algo distinto de todo lo anterior se tratara; si de abandonar el mundo en el que había estado armónicamente inmersa se tratara y..., siquiera como hipótesis de trabajo, se aviniese a considerar otras dimensiones, otros estilos, otras coordenadas por las que regirse. ¡Qué bello cumplido, qué estremecedora confesión la de hacer de mí un elemento perturbador respecto de su vida; la de hacer de mi arrebatada personalidad la piedra de toque de todas sus tribulaciones! ¡Oh, Nina, amor mío, cuán reverentemente lógicos parecerían entonces, por ir a tí dirigidos, todos los ofertorios, todos los ensimismamientos, todos los enaltecidos futuribles! Yo, tu más imperecedero contrapunto... No pude, no supe qué decirle. Nina era especial, esmeradísimamente señora. Al participarme que yo había sido el mayor problema emocional de su vida, colmó mis expectativas de alma, encumbró todos los horizontes que mi voluntad se propusiera a partir de entonces. Se trataba de una batalla sin igual. Yo intentaba abrir brecha en el baluarte monolítico del criterio socialista, de la uniformidad conformada, de la obediencia a los designios deshumanizados del grupo, de los más, de los otros. Yo, mi minúsculo yo, llevando por armas tan sólo lo irrepetible de mi individualidad, lo iconoclasta de mis inclinaciones, mi profundo desprecio por todo lo gregario y despersonalizante... No, no podía ser. Los efectivos, las fuerzas de uno y otro lado eran disparatadamente desproporcionadas, incomparablemente irreconciliables. Era lo mismo que pretender abatir las murallas del Kremlin armado de un martillo y de un escoplo; vaciar el mar a cubos, sorber de golpe todos los sinsabores que un alma es capaz de experimentar... Nina representaba un “modelo social” consolidado durante los dos tercios de todo el siglo XX y cuyas señas de identidad descansaban en innumerables holocaustos, desgarros de generaciones, transformación del hábitat espiritual de cientos de millones de criaturas. Y este ensayo

gigantesco de “vida en común”, ¿podría ser minado por la irreverente espontaneidad de un romántico? Dejo al lector que juzgue.

No nos prometimos nada. No nos negamos nada. Simplemente nos separamos, nos despedimos, abiertos sempiternamente a todos los cursos que el espíritu universal quisiera tomar. La dejé una pequeña fotografía mía. Ella supo y seguirá sabiendo donde yo me he hallado también siempre.

Recuerdo que volví a encontrarme con Natalia, necesariamente aquel mismo día. Me sirvió de embalse y ordenación de buena parte de mis emociones. A cada una, lo suyo. Natalia se me apareció, aún más si cabe, como una contestataria de pura cepa, a quien desde mi situación privilegiada de occidental más o menos libre de ir y venir, salir y entrar, la hice receptora de todas las liberalidades que en el *allí* y el *entonces* pudieran computarse. La di unos cuantos buenos dólares para que se regalara algo selecto. Me hizo una serie de encargos para que se los cumplimentara desde España [como así haría yo y veremos en su lugar]. Natalia no se atrevió nunca ni a mencionar el asunto del casorio; hubiera sonado a mercenarismo, en la estela que el perfume exquisito de la conducta de Nina había dejado. No, Natalia estuvo en todo momento a la altura de las circunstancias, y yo hice rumbosamente todo lo que tenía que hacer. No nos llegamos a besar ni a intercambiar mostración alguna de intimidad... inequívoca. Nos despedimos. Regresé al Hotel porque al día siguiente volábamos a Moscú.

Nos llevaron de nuevo al Hotel Kosmos, acaso no tan gigantesco como el Rossia pero que por lo menos y en todo caso podría acomodar a más de 4.000 huéspedes. Ya dije que lo hicieron para las Olimpiadas y, pasadas éstas, se había convertido en el lugar de alojamiento más desahogado del turismo convencional que seguía produciéndose a lo largo de las estaciones climáticas benignas. Se trataba ahora ya de pasar otras tres noches antes de dar por liquidada definitivamente aquella excursión. Una de las ventajas de viajar solo, quiero decir consigo mismo y con nadie más pegado, era poder

disfrutar de habitación independiente. Todas eran dobles, se ocupasen por una o por más personas, y ésa era una estupenda consecuencia de que las cosas en la URSS tendiesen a las grandes magnitudes. Lo que se perdía en el refinamiento se ganaba en holgura, concretamente en estas cuestiones de diseño turístico. Probablemente no existiera en todo el organigrama moderno soviético un solo hotel con habitaciones de una sola cama, “individuales o sencillas” en el sentido occidental del término. El Hotel Kosmos era un hotel batallero, calculado para hacerse cargo, de momento y de golpe, de una buena afluencia súbita de turistas, hasta acomodarlos y dispersarlos por otros sitios si así lo exigiera la logística siempre inescrutable y nunca exteriorizada de las autoridades de Intourist.

Lo primero que hice fue llamar al número del diplomático ecuatoriano Marcelo Arboleda. Ya no estaba. Se puso al teléfono la voz en español de un hombre, compatriota suyo, que me explicó con corrección lacónica que... ya no estaba y que ya... no sabía más. Habían pasado casi cinco años, mucho tiempo para suponer inmovilidad o, al menos, ausencia de cambio en una actividad como la diplomacia. Me hubiera gustado preguntarle si sabía algo de Tania, la rubia aquella iniciática con la que copulé en el Hotel Mozhaiskaya, teniendo ella un abundante y enardeciente menstruo. Probablemente ya no se pareciera en nada a la criatura cuyo dintorno, mitad fijado, mitad cambiante, permanecía sin embargo en mi conciencia. Una de las vivencias más pavorosamente desquiciantes, más heladoramente deshumanizadas la conforma el romántico ilusionado con la inmutabilidad de las formas de las realidades con las que se encontró en un pasado más o menos reciente. Yo, en todos mis viajes y por lo que respecta a las constantes más intransferibles, me he considerado permanente, no cambiante, no sujeto a transformaciones modificativas de mi yo más incuestionable; mientras que casi todo a mi alrededor se me ha ido apareciendo como mordido por el cepo del tiempo, como deteriorado por el vaivén de los sucesos, por los restregones ásperos del propio existir. Los milagros no están ahí, a la vuelta de la esquina, ni se despachan sin más en las tiendas. Y por eso, su mostración es la

maravillosa excepción a la regla. No. Marcelo Arboleda se había desglosado decisivamente de mi mundo de incumbencia de cinco años atrás..., y el pequeño cordón placentario de aquel número de teléfono –cierto y real– se había cortado definitivamente, dejando escapar de mi proyecto de conversación y cambio de impresiones a aquella cabezota morena, con aire terco, con facciones indias de elocuente ramalazo de mestizaje.

Al final de la velada de aquel primer día me encontré con un grupo de chicos cubanos en uno de los muchos lugares del vestíbulo. Eran adolescentes, el mayor acaso de diez y ocho años, bien parecidos, tostaditos. Les pregunté que... qué hacían allí, y me dijeron, bueno, lo que yo esperaba como obvio: Que estaban estudiando ruso. Me lo dijeron con el cansancio y el desinterés consabido. Productos de la ideología castrista, me evidenciaron una vez más que lo que no puede ser... no puede ser; y además –añadía el castizo– ¡¡es imposible!! Aquello del idioma ruso se les resistía como la realidad más cruentamente metida con calzador con que se hubieran encontrado en toda su vida. Destilaban un aspecto de trópico..., aunque venido a menos; sus esquemas mentales se rebelaban contra aquellos tejemanejes políticos. Castro preconizaba su consorcio con la URSS en todos los frentes, dada su dependencia social y económica respecto del gigante hermano, pero era como el agua y el aceite; como lo sólido y lo gaseoso..., que no se pueden mezclar. Estaban allí, sí, al amparo de uno de tantos programas culturales que la megalomanía barbuda e inconsecuente de Castro imponía a su pueblo, con desprecio total al sistema básico e irrenunciable de idiosincrasias que lo sustentaban, y al coste vivencial y humano de lo que yo veía: Que un grupo de chavales guapos, isleños, desplazados de su sol y del *hábitat* de su isla estaban allí en Moscú como fantasmas, como boyas, desambientados. Claro que ya sabemos que esas pequeñas cosas personales no interesan a los diseños totalitarios del tipo que sea. Tremenda lección, una de las muchas, quiero decir, de historia y de verdad de lo que se entiende por ley de la evidencia la que me proporcionaron aquel grupo de muchachos. Huelga decir que no

sabían casi nada de ruso; llevaban ya tres meses y debían pasar otros siete..., sin motivación [Cinco años más tarde, en La Habana, volvería yo a encontrarme con este problema, personificado ahora en una encomiástica mujer soviética, profesora de ruso para cubanos, y que tuvo que hacer las maletas mucho antes de tiempo por falta de clientela y de posibilidades]. Ejemplo incontestable del desgarramiento personal, del impío desafuero que suponía el intento de maridaje entre la lengua de José Martí junto con la cercanía de los USA, por un lado; y el laberinto cirílico, las monsergas de Lenin, y el clima frío, por otro [También en otras latitudes de mis escritos el lector comprensivo y atento podrá tener ocasión de conocer algún que otro intento por parte mía de aprender ruso; bueno, mejor dicho, un poquito de ruso, algo así como para poder defenderme en la tesitura de un viaje por Siberia o por otro de entre los muchos territorios de la URSS. Tales expectativas nunca se materializarían].

La dulcedumbre pesantosa de Nina estaba empapando toda mi conciencia, de muchas maneras, y respecto de ninguna de ellas veía yo salida. Me quedaban tres noches en Moscú; las tres últimas noches de experiencias en la Unión Soviética. Sospechaba, con las mayores probabilidades de acierto, que ya no volvería a viajar a esta parte del mundo, como así resultó. Mis curiosidades estaban a punto de abrirse hacia el Lejano Oriente o “Far East” al que precisamente a partir de 1983 dedicaría más de una decena de viajes. Tres noches más en Moscú, y anegado en conjeturas e improbabilísimos futuribles respecto de Nina, no sé, no puedo auscultar ahora con rigor preciso el cariz de mis sentimientos, pero casi puedo dar por seguro que decidí dejar que las cosas siguieran su dinámica y dejarme yo acompañar por el tráfico normal y esperable de los acontecimientos.

Esa primera noche salí a dar una vuelta, solo, y me acerqué, como era mi costumbre, al “downtown” o sector más céntrico de Moscú, es decir, el espacio que queda más o menos entre el Hotel Rossia y la Plaza Roja, por un lado, y los primeros cien o doscientos metros de la Avenida Gorki. Salí de paseo; si me encontraba con

alguien abordable, bien; si no, me retiraría sin más. Me hallaba transitando por el paso peatonal subterráneo hacia la Plaza Roja cuando, viniendo desde atrás en mi misma dirección me rebasaron ligeramente dos chicas, ruidosas, taconeantes y con aire muy festivo, muy verbenero, si eso tuviese algún sentido en la idiosincrasia soviética. Me apresté a valorar su chasis, su aspecto, ya que el acto de escuchar a alguien detrás de mí, ver a las dos chicas a mi altura e inmediatamente después adelantarme, porque venían deprisa..., todo ello, digo, se produjo en cuestión de pocos segundos. Refrenaron algo la bullanga al volverse para mirarme y percatarse de que yo las dedicaba una inspección de urgencia, y que las lanzaba una invitación, una requisitoria a que..., a que se detuvieran siquiera unos instantes más con el fin de darnos tiempo a todos a cerciorarnos de nuestras respectivas corporeidades. Hicieron unas contorsiones, pues iban las dos cogidas, como enlazadas por el hombro y por la cintura, en plan gamberro y desinhibido. Al momento vieron en mí... carne de turista asequible, y así, como para propiciar nuestro congraciamiento, para expeditar y conciliar nuestro encuentro recién estrenado, comenzaron a espetarme nombres de países, sin venir a cuento, para ver si yo era de alguno de ellos; y junto con el nombre de los países, también el de algún cantante de moda en aquellos días o meses. Recuerdo con lúcida precisión que al decirles que era yo de España una de ellas me repiqueteó con recalcada especificidad el nombre de Adriano Celentano, un cantante italiano que por lo visto acompañaba a las vanguardias de aperturismo y modernidad que llegaban desde la Europa del oeste a la URSS. Bueno, dije yo, ¿qué más da el Celentano éste que cualquier otro? A los primeros intercambios de los típicos ¿dónde te hospedas?, ¿cuánto tiempo vas a quedarte? y cosas por el estilo trasegadas en un elementalísimo inglés de subsistencia, se puso de manifiesto que las dos estaban locas porque me fuera con ellas a follar... a donde fuese, a cambio del proverbial regalo en dólares. ¡Pues qué bien! Una de las dos, sobre todo, estaba muy buena: Buen pecho, cuello bonito, pelo abundante y cara... pasable. Las dos juntas me daban algo de reparo por el grado de gamberrismo –femenino y

todo lo que se quiera, pero gamberrismo al fin— en el que se hallaban incursas. Pero no tenía nada que hacer y me dejé llevar, una vez más, siempre una vez más, por el señuelo de lo desconocido, de la cuota de posible maléfica aventura que puede encerrarse en el encuentro con ciertas mujeres. No fijamos detalles. Quedamos en principio en que me follaría a las dos, pero... el problema, siempre el problema típico, era... ¿dónde? El Hotel Kosmos quedaba muy lejos, y supongo que no nos hubieran permitido subir a las habitaciones, viniendo de la calle. Otra cosa es que las dos chicas se hubieran encontrado dentro del Hotel, con motivo de alguna actuación, o del hecho de estar cenando allí, o tomando copas en el Pub autorizado, o lo que se quiera, como había sido el caso anterior con Tania en 1978 en el Hotel Mozhaiskaya. Pero a éstas creo que por la pinta de locas que llevaban no las hubieran permitido traspasar la frontera entre la calle y el hotel, y mucho menos el control de cada uno de los pisos. Visto lo cual, me dicen que me llevan a su casa. Yo no las tengo todas conmigo pero, repito, me dejo llevar. Los remilgos en ciertas circunstancias son raptos de pusilanimidad de los que uno suele arrepentirse inmediatamente...

Me dejo llevar, sí, en taxi pagado por mí, claro, a un piso. Nada más entrar me percaté de que las contingencias de mi encuentro con aquellas dos chicas se diferenciaban de todo lo demás con lo que hasta entonces me había topado en la URSS. Era un cuchitril, o serie de cuchitriles, pequeños, deslustrados, raídos. Pero lo más chocante, con mucho, era que se encontraba lleno de gente, de hombres sentados por el suelo del único pasillo en existencia, dormitando, con la cabeza entre las rodillas, vestidos. ¿Qué harían allí? No he podido adelantar nunca una conjetura medianamente razonable ni sensata. Lo único bueno de estos trances es que uno sigue envuelto en esa coraza protectora de su calidad de turista, y que, además, estos prójimos parecen estar a toda la distancia imaginable de interferir con lo que sea el asunto del que así, como yo, se aventura en tales procelosidades. Ni siquiera levantaron la cabeza los tres que había allí, sentados en el suelo, como dormitantes. Lo tengo todo algo confuso. Los detalles

anímicos se me han escapado aunque conservo el conjunto, el bloque de la experiencia como un impacto sin fisuras, como un recuerdo algo desagradable. No sé si les había ya dado el dinero convenido, creo que no; ni si tenía intención de follar con una o con las dos. Creo que, dadas las condiciones tan poco atractivas, no sé si desistí de follar con una de ellas y, en consecuencia, le hice saber a la otra que era con ella con quien definitivamente iba el negocio. Sí, está todo miserablemente confuso, desabridamente mezclado..., que no recuerdo. Ahora más bien intento precisar que nada más llegar al piso, [siempre en el supuesto de que yo les hubiera hecho ya entrega de mi regalo, aunque en este aspecto, la verdad sea dicha, las chicas no mostraban la típica actitud mercenaria profesional de la recogida por adelantado de la contraprestación] e impulsado por el deseo de cumplir al máximo pero al mismo tiempo con miedo de que las circunstancias me inhibieran en la medida que fuere..., digo que acaso le pedí a una de las dos locas que pusiera el culo en pompa, agarrada a una especie de aparador desvencijado; que se bajara las bragas y que se dejara penetrar. Supongo que con esa maniobra me aseguraba yo un tiempo de rendimiento más dilatado con el siguiente polvo que le echaría a la otra. Recuerdo que una vez desahogado dirigí ya enteramente la atención a la que aún no me había follado; que ésta arregló una especie de camastro, apagó las luces, se metió medio vestida dentro de él, y me dijo que me acomodara. Así lo hice, algo perplejo y expectante; pero para sorpresa mía la muy zángana se quedó quieta, cada vez más quieta..., con visos crecientes de ir cogiendo el sueño..., y yo allí, al lado, sin saber qué hacer. Me parecía descortés y hasta inhumano reclamar el servicio estipulado. Pero quedarme allí, sin más, a expensas de lo que a aquella golfa le viniera en gana decidir me parecía un disparate, un oprobio y, más que nada, una incomodidad cruenta. Hice un intento, la dije no sé qué acompañándome de una incorporación y de un asomarme por encima de su espalda, y sin dar gritos, que me entendiera, porque allí en la misma habitación dormía su amiga también en otra yacija deplorable. Pero mi compañera... por toda respuesta me pegó un bufido, ensayó un respingo... y

malhumoradamente me vino a decir en un inglés que puede imaginar el lector, que... “que me durmiera y que me estuviera quieto”. Bueno, aquello pasaba ya la raya de todas las suposiciones mensurables. Yo no tenía ganas de dormir; me encontraba con un grado notable de frustración y de apercebimiento de que algo raro empapaba todo aquel asunto y de que en definitiva nada bueno podía resultar. Percibiendo que las cosas así sólo podían ir de mal en peor, opté por liquidar el tema de raíz, y cegado de ira la hice saber que quería follarla; que sí, que quería follarla allí y en aquel preciso momento, sin más dilaciones, sin dejar pasar un segundo más, aduciendo en tono brusco que ya las había pagado a las dos, como cosa convenida. La muy gamberra rezongó y medio dormitando y gruñendo me dio la espalda sin decir nada. Puse manos a la obra; me coloqué el condón que tenía al efecto todo el tiempo preparado; la saqué las bragas a trompicones; me encaramé por detrás, y haciendo fuerza con una de mis piernas la separé las suyas y se la metí con mala leche, furioso, pegándola arietazos a discreción. La muy cachonda, aun con desgana, parecía acusar el protagonismo al que me decidí acceder, porque en algún momento levantó y apretó las ancas, como cooperando con la celebración..., pero sin dejar de refunfuñar y de dar bostezos... Me corrí como pude pero decididamente; me levanté de aquel jergón miserable y terminé de vestirme. Salí del cuarto con cuidado para no tropezar con nadie; y lo mismo por el pasillo donde seguían acurrucados ya no recuerdo si dos o tres hombres. Horrible, descorazonadora impresión. Cuando me vi en la calle, fuera de aquel garito, respiré más tranquilo. Me palpé y me percibí entero. No me faltaba nada. Me subí al primer taxi que pasara y regresé al Kosmos a disfrutar de una buena ducha y de unas sábanas limpias. Dos de los polvos –si es que fueron dos, que creo que sí– más accidentados y más enrarecidos que yo pueda recordar.

Tenía delante de mí dos días y dos noches más de estancia en Moscú. Esa jornada penúltima, la correspondiente al primero de abril para ser exactos, la dediqué esencialmente a encontrarme con “las rusas” Angelina y Larissa, con las que había hablado por teléfono la

tarde anterior, recién llegado de Leningrado, y a canalizar con ellas y a través de ellas la compra de la mayor cantidad de caviar que estuviera disponible. Yo les había comentado lo que ellas ya conocían o se suponían, a saber: Que la obtención de caviar se había hecho difícil en cuestión de pocos años. La carencia de dicho artículo se estaba produciendo en progresión geométrica, y nada más lejano de la realidad que lo de “ir y cargar” de unos cuantos años atrás. Ya dije también que la exportación por parte de los turistas se había restringido hasta límites de mafia organizada, sistema por el que buena parte del caviar vendido en lugares que no fuesen Beryozkas [con justificante de pago oficial, pero con precio poco atractivo]... ese mismo caviar era requisado a la salida del país. Como expliqué, mi compañero de avión en el viaje de ida, el del tratamiento de la vista, me había sugerido lo del transvase del caviar a algún frasco o tarro sin precintar, fácil de abrir en cualquier momento, para dar a entender que se usaba exclusivamente como consumo personal por motivos dietéticos prescritos por la ciencia médica, etc., y que, justo lo contrario que haría suponer el envase precintado de la lata de origen, en ningún caso se emplearía para venta o especulación posterior...

Bien. Con estas premisas muy bien grabadas en mi conciencia, Angelina y Larissa me proporcionaron dos frascos de Nescafé de entre los bastantes más que ellas se habían ido llevando de España... ¡qué curioso!, y nos aplicamos a la búsqueda y captura de una caja grande de caviar. Fue a través de un taxista como dimos con el empleado de uno de los buffets del Hotel Rossia, que a su vez contactó con alguien que a su vez... El caso es que después de las instancias intermediarias que fuesen y el pequeño chorro de propina consiguiente..., la lata grande de 1.800 gramos de caviar llegó a mis manos. Una de las últimas, según podría yo aseverar poco tiempo después; y a un precio que si bien más que triplicado del que yo conociera en mi primer viaje, todavía resultaba enormemente tentador e irresistible puesto en España.

Hay cosas y cosas; hay ocurrencias y ocurrencias; pasajes festivos y experiencias mohinas. Lo que recuerdo yo de aquel viaje y que tiene que ver con el tema del caviar cae dentro de lo pintorescamente raro, de lo grotescamente divertido y, supongo, que, irrepetible. Con la lata y los tarros me despedí ya de “las rusas” y me fui al Hotel a ejecutar el trasvase del caviar. La verdad es que toda aquella cantidad de esas bolitas de color ceniza oscuro dan para muchos canapés. Me hice con una cuchara grande, y después de colocar una toalla extendida a modo de mantel y sobre ella unos papeles lisos por si acaso algo se derramara, comencé la operación. Aquello penetraba resueltamente en los predios de la grandiosidad. El olor comenzaba a enseñorearse del espacio de la habitación, y a cada cucharada que trasladaba a los tarros aumentaba la sensación de que algo grande me estaba yo trayendo entre manos. Terminé la faena y por esas cosas de la coincidencia comprobé que la cabida de los frascos de cristal..., que los frascos, quiero decir, quedaban llenos casi hasta arriba, con precisión como calculada. Coloqué por encima de la boca un trozo de plástico para que la tapa a rosca lo aprisionara, y del que se veían colgando unos trozos o picos, así como para dar todavía más apariencia de que todo era manejado caseramente, sin refinamientos, y para consumo personal.

Mi penúltimo día de estancia en Moscú estaba concluyendo. Mis relaciones con el grupo de viaje desde España no podían ser más cordiales, en las contadas ocasiones en que caíamos juntos, quiero decir, yo con ellos. Esa misma penúltima tarde, ya casi noche, en el vestíbulo del Hotel y tras la “operación caviar”, coincidí con Luis Farrés, que con su mujer Pai formaban uno de los matrimonios más desinhibidos y abordables del grupo. Aunque de origen levantino, vivían en Madrid y puede decirse que su sentido del humor se compaginaba por entero con el mío. Caímos, como digo, juntos allí, en el hall del Kosmos, y decidimos dar una vuelta por el centro, por la calle Gorki y tratar de encontrar lo más parecido, lo que más se acercara a una cafetería española: O sea, un lugar donde poder entrar libremente y tomar café. Inútil pretender una precisión de detalles.

Cogimos un taxi y nos dejó allí. Probablemente le preguntáramos al taxista. El caso es que entramos en un lugar, modestísimo, raído, pobretón y deslustrado. Allí había unos... tablones, que no mesas, altos, a la altura del pecho, donde se ponían las tazas. El café se lo servía uno de una especie como de pucheros de boca ancha; lo pagaba allí a una funcionaria, y se lo llevaba a dichas plataformas de formica gastada y llena de manchas donde, de pie, ya podía uno tomarlo. Tuvo que ser algo sujeto a leyes universales, algo que tuviese que ver con una manera de hacer las cosas distinta en cada lugar. El caso es que tanto Luis como yo procedimos a echar en nuestras tazas un par de dosis de granitos blancos que estaban allí encima, dentro de tarros de mediano tamaño, con un hocico metálico para canalizar el vertido de lo que, por supuesto, nosotros creímos que tenía que ser... No, señor. Era sal. Tanto Luis como yo les endosamos a nuestros cafés dos vertidos de sal. Nada más probarlo nos miramos y comprendimos el error y no nos quedó más remedio que sonreír. Miramos a nuestro alrededor y comprobamos que aun dentro del hermetismo de aquellas pobres gentes para con los extraños alguien dejó esbozar un atisbo de sonrisa curiosa, de... mitad empatía, mitad desentendimiento, no digamos desprecio, hacia las cosas que nos ocurrían a los extranjeros. Por creo que cinco kopecs no se puede pedir mejor ejemplo, una vez más, del tremendo precipicio que se abre entre iniciativa privada al sentido que nosotros lo entendemos, y sistema empresarial protagonizado por el Estado. Estaba claro que fuera de los hoteles, los servicios para el público soviético en general caían dentro de lo paupérrimo y de lo intocable. Pero, como digo, por cinco kopecs no se podía pedir más.

Y llegamos al día 2 de abril, último de pasar por entero en Moscú y, al menos para mí y por el momento, que ya dura hasta bien entrado 1998 en que esto escribo..., último de mi vida en la todavía llamada Unión Soviética. No recuerdo nada de lo que hice durante las horas de claridad. Casi con toda seguridad lo pasara departiendo con M^a José y con Vicenta, con las que ya había yo compartido la mayoría de los ratos libres, y con las que también, a través de nuestras

eutrapelias sobres viajes, literatura, etc, había yo cimentado un buen cuerpo de intereses mutuos. No sé, no recuerdo, no puedo recordarlo. Sólo tengo diáfano que por la noche, supongo que después de cumplimentar todas las actividades sociales del grupo, me fui de caza, yo solo, al Hotel Intourist. Vi el asunto rectilíneo y asombrosamente claro; y es que, apoyándome en toda mi experiencia pasada; o sea, en las realidades con las que yo me había encontrado en mis tres visitas anteriores a Moscú; compaginando *pros* y *contras*; posibilidades y azares; el tiempo útil que restaba de aquella jornada..., llegué a la conclusión de que el sitio donde más oportunidades tenía de encontrarme con “lo que fuere” era el hall del Hotel Intourist. Si había algún “paso de tórtolas”, por allí necesariamente habría de producirse. Era siempre curioso, sociológicamente aleccionador el comportamiento de los empleados públicos soviéticos respecto de los turistas en los hoteles. Era un aire distinto, una compostura distinta la que nos distinguía de todo lo demás y hacía de nosotros seres intocables que casi por obligación caminábamos por encima de las contingencias de los ciudadanos nacionales; que llevábamos con nosotros el marchamo, la cobertura protectora para podernos considerar indemnes en cualesquiera quiebras del orden y de la naturalidad que pudieren presentarse. El turista era un mundo aparte, con sus reglas, con sus exenciones; también con sus limitaciones, con sus limbos, en el sentido de que sin conocer el idioma ruso, la carga de vivencias que se atesorase en el alma de sus hablantes aparecía lejanísimo, inalcanzable, fuera de toda proporción. Por suerte, el mundo de la atracción entre los sexos se conducía por parámetros harto simples que funcionaban en cualquier hemisferio, bajo cualquier dosel de presupuestos, en climas indistintos, siempre con arreglo a claves equiparables.

Penetré en el hall del Intourist con un aire distinto al de otras veces; acaso con una determinación más neutra, no menos enérgica, si en un mismo núcleo conceptual puede acomodarse tan aparente contrasentido. Y entré a cosa hecha, sabiendo a lo que iba, descartando de antemano cualquier otro tipo de merodeo o indagación.

Subí al comedor principal, abrí la puerta y eché un vistazo general al recinto por si destacara alguna chica que estuviese sola, sentada en alguna mesa. No vi nada. Bajé y me acomodé en el diván alargado que tenían precisamente enfrente de la escalera que conducía de un solo tramo derecho al citado comedor del primer piso. Me decidí a esperar todo el tiempo..., si no del mundo, por lo menos que hiciera falta. Por allí pasaba todo el personal que entrase en el Hotel hacia el comedor y/o hacia cualquier sitio de alterne. Y además tenía la ventaja de que en lo referente a las chicas –que era de lo que entonces se trataba– la colocación abierta de mi “tollo” me permitía unos cuantos segundos de observación de sus características y atributos, en el espacio que discurría entre la entrada principal al Hotel y yo.

Pasó una primera media hora con la más absoluta de las ausencias de “material”. Por allí no parecía ir nadie, excepto algunos grupos como de iraníes, o iraquíes..., moros de esos que trabajan en asuntos del petróleo, en parejas, acaso alguno suelto en busca de otros. Yo en esas ocasiones hago crecer mis recursos de fortaleza en proporción a lo cruento de las circunstancias. Transcurrió otra media hora y por allí no había entrado nadie. Me parecía inconcebible, rarísimo, que así fuera. Si por allí no ocurría nada... de lo que a mí me interesaba, era porque Moscú entera debería hallarse muerta. Alguna vez que el portero recorrió el pasillo para, por lo que parecía, llevar un recado a alguien, no pudo reprimir echarme una mirada de... supongo que de perpejidad dentro de su mundo de total indiferencia respecto de la identidad y menesteres de los extranjeros. ¿Qué pensaría de mí? Transcurrió otra media hora más, y yo llevaba algún rato pensando en el abandono. Sentado allí avizorante, seguía reteniéndome la pesantez de la inercia, la imantación del señuelo y el incentivo que renacía de sus propios supuestos... cada segundo..., cada mínima secuencia temporal. No podía asumir, no podía entender cómo por allí no pasaba... nadie, pero simultáneamente a esta constatación de mi conciencia se producía la todavía más acuciante e inevitable de la propia realidad, y mis desesperados esfuerzos por cohonestar y armonizar lo que se repelía, eso, consumía tiempo mientras tenía lugar

el hecho de su producción; y de ahí lo de la hora y media transcurrida ya; y de ahí lo de no decidirme a levantarme y marcharme.

Tuvo que ser gloriosa y fatalmente cuando me volví para recoger de encima del banco o sofá corrido la zamarra y acaso asegurarme de si había tal o cual cosa en sus bolsillos. Tuvo que ser en los contados segundos en que me incorporé, me revolví e hiciera algún ademán de ponerme mi ropa de abrigo... cuando, ¡oh, no!..., me estaba cruzando ya por delante de mí, había comenzado a ascender por los primeros escalones hacia el comedor, una espléndida mujer, una chica rubia, esbelta, alta, rubia otra vez, sí, vestida de encarnado, un pedazo de carne animada por la gracia espontánea de sus atributos propios y por la previsión entusiasta y esperanzada que desplegó toda mi conciencia, después de una espera tan torturadora. Algo debieron trabucarse los segmentos temporales y los circuitos de mi cerebro dondequiera radique el laboratorio central de las decisiones y de las actuaciones... porque en ese juego de ocuparme yo de recoger mi chaquetón, mi zamarra quiero decir, de acercarse ella y empezar a subir las escaleras, y de concederse los resortes reactivos de mi volición unos segundos con el fin de saber a qué atenerse..., en eso, en ese exiguo contenido temporal, la chica había superado más de la mitad del tramo de escalera, se hallaba más bien cerca de la puerta de entrada al comedor, y lo único y mortificante que recuerdo es que, tan ofuscado me encontraba yo intentando ordenar aquel juego de tan pocas pero tan extraordinarias variantes, lo único que recuerdo, insisto, es que la vi hablando con un hombre que nunca pude calibrar de dónde pudiese haber salido. Me quedé alelado, aplanado, surto e inerme. En casos así, y lo mismo que en los casos de pérdida del conocimiento, suele el organismo generar la contrapartida del sudor compensatorio, así la conciencia en estos otros menesteres, y por pura y arbitraria reacción de dinámica ciega, suele enconar aún más el panorama de desolación autoinculpatoria por negligencia, por falta de atención, por dejadez...

Pero, ¿qué podría haber hecho yo? Sí, se trataba de que había estado allí sin moverme y vigilante todo aquel tiempo, y de pronto, en un pequeño vaivén de instantes los planos de la percepción y de la ejecución parecían haberse trabucado y parecían haber dado al traste con el cometido que con tanta determinación me había llevado hasta el Intourist. Todo este desmenuzamiento vivencial lo estoy llevando a cabo ahora, cuando esto escribo, más de quince años después de los hechos. Entonces, mis reacciones y mis percepciones supongo que estarían gobernadas por la irracionalidad somática atizada siempre por los rescoldos vivos del espíritu. Casi, casi ni me di cuenta de que la conversación que sostuvo la chica con el hombre –turista norteamericano, me pareció advertir– había durado unos segundos tan sólo; ni casi tampoco me di cuenta de que dicho turista pasaba delante de mí, se dirigía a la puerta del Hotel y desaparecía. ¿Y la chica? Imbécil de mí, eché a correr ya sin más dilación escaleras arriba hacia el comedor, abrí la puerta y... justo allí detrás, sin haber traspasado ese terreno que transforma un espacio de antesala o ante... lo que sea, en el recinto específico de que se trate, allí, de pie, junto a la puerta se hallaba la chavala, una locura de sorpresa, una columna bípeda en rubio y encarnado, erguidísima y bellísima cariatíde...

– Good evening! Are you by yourself, I mean alone?

–

– Would you mind my company?

Por supuesto que no le importaba mi compañía, ni muchísimo menos. Al contrario, la encantaba. Lo normal en estos casos: La invité a cenar. Ya he dicho en otros lugares que los únicos “chollos” o filones asequibles al turista lo proporcionaban los establecimientos de cierta calidad en que se pudiese pagar con rublos cambiados previamente en el mercado libre. El Hotel Intourist, como todos los demás, disponía del Pub/Bar correspondiente en que sólo se aceptaban las así llamadas “hard currencies” o “divisas fuertes”; es decir, cualquier cosa (sobre todo, y por resumir, dólares USA y canadienses; marcos alemanes; francos franceses; esterlinas británicas) menos rublos. En estos comedores, y siempre en función de las existencias,

se puede comer caviar y beber espumoso. Natalje, que así se llamaba mi amiga, cenó lo que fuese, y yo debí de picar algo, algún canapé [y no de caviar precisamente, que no me hace gracia], y acaso algún sorbo de champagne soviético que tiende normalmente a pecar de dulzón.

Natalje era una joven hermosísima y proporcionada. Así de simple es el enunciado. Probablemente con Tania [la del Hotel Mozhaiskaya de 1978] y aquella otra, de nombre ido, acaso Olga, que pasó a comprar una botella de espumoso al Hotel National, en mi viaje de... 1976, una de las tres mejores y tal vez, ¿por que no? la mejor [Nina, por supuesto, siempre quedaba aparte, perteneciente a otra dimensión]. Su inglés, elemental como no cabía esperar de otra manera, era sin embargo abundantemente exacto y correcto. La elección de sus pensamientos se encofraba en los revestimientos adecuados de sus frases. Y además tampoco se trataba de discutir los fundamentos ontológicos del materialismo histórico. Como el lector puede ya imaginar, con una mujer como Natalje esmeré al máximo mi desentendimiento de las cuestiones materiales, pasé como bajo palio por el tema de la compensación, aunque la palabra *regalo*, aun en la más expedita de las expresiones y de los contextos, tuvo que aparecer. Se me quedó mirando, como auscultando el grado de entusiasmo que mi alma desplegase hacia ella, y ajustándolo a los baremos que en aquel momento estuvieran vigentes en las oficinas de su intimidad. Se me quedó mirando..., y más que pedir, mucho menos exigir, me preguntó si podía darla 70 dólares, setenta, para comprarse un artículo del que andaba encaprichada. ¿Setenta? Y setecientos si hubiera hecho falta, relampagueé por un instante el pensamiento mío.

Cogimos un taxi y nos fuimos a su piso. A standards soviéticos era, junto con el de Valentina y el de Magdalena, uno de los más apropiados de todos los que había yo visitado. Disponía de nevera y, además, me pareció que su lecho era de 1'80 metros formado seguramente por la unión de dos unidades de 0'90 centímetros, conjeturas en todo caso marginales e inútiles. El caso fue que, dentro

de lo sobrio, rayano en espartano, de la vivienda de Natalje, el detalle de la nevera, la amplitud inusitada de la cama, y la limpieza y orden que reinaba en su cuarto de aseo, escueto como todos, esos detalles recuerdo que me dispusieron todavía más a favor de aquella criatura tan maravillosamente providencial, tan miríficamente redentora.

Se ofreció a mí, nos ofrecimos el uno al otro mutuamente con el convencimiento de que había sido bueno habernos encontrado. Penetré en su intimidad dándome todo por entero, percatado de que Natalje me ofrecía su completa gracia con la más persuasiva y espontánea de las liberalidades. Sedada mi alma de aquel agolpamiento de urgencias y de dulcedumbres..., hice ademán como de recoger mis cosas y marcharme, pero Natalje insistió en que me quedara con ella, toda la noche, o la parte de noche que yo deseara. Acepté. No había razón para desglosarme tan pronto de la compañía de aquella preciosa mujer. Hice bien porque así tuve ocasión de charlar un poco. Ya en vena de confidencialidades sueltas, le dije a Natalje como mejor pude..., le conté el proceso de penitencia y de incertidumbre por el que pasó mi alma cuando la vi en el Intourist y pensé que por no haberla abordado a tiempo, y reparar en ella unos segundos después hablando con aquel otro turista..., pues que la había perdido. Me contó que aquel turista no la conocía de nada; que se había detenido un momento con ella en la escalera y que le había preguntado no sé qué sobre si iba a estar allí más tarde, porque no le había entendido bien. Le referí, sí, la amagura estrujante que había sentido yo al temer que la hubiera perdido por eso..., por cuestión de unos momentos, y la expansiva gratitud que experimentó todo el ser mío cuando se me reveló la seguridad de estar con ella. Me dijo Natalje en su elemental pero correcto inglés que lo bueno y lo malo del amor era eso: La consecución y/o la pérdida de la persona deseada. Recuerdo aquella lúcida y simple explicación de Natalje como uno de los asertos más apaciguadores, más incontestables y bellos de aquella velada. Me puse cómodo, tomé posesión de la mitad de la cama, me arrebujé un poco y me quedé pensando, quieto, callado, dando la espalda a Natalie.

Debieron de pasar cinco o seis horas. Eran las 07:00 de la mañana. Yo me encontraba milagrosamente descansado, para lo que en tales casos de extrañeza de lecho y hábitat suele ocurrir; y la realidad inevitablemente acuciante de que Natalje seguía allí, a medio metro de mi piel, separada pero al lado, que es la más meritoria cualidad de las camas rigurosamente dobles..., aquel factor tan imperiosamente decisivo supongo que sería el responsable de que mi identidad viril desplegara todas sus credenciales. Me hallaba plena, furiosa... y hasta doloridamente erecto. No sabía qué hacer. No me atrevía a perturbar la tranquilidad de Natalje con ninguna iniciativa de signo tan egoísta y al tiempo tan esperable. Pero ocurrió que aquella locura de mujer, como si hubiera estado aguardando el momento en que todas aquellas dudas y escrúpulos se concentraran en mí..., se volvió, debió decir algo que no entendí e hizo ademán de ofrecerse mediante un estiramiento como de pez de su cuerpo y un deslizarse de su slip. Corrí un momento al aseo, me enjuagué la boca a conciencia, oriné y regresé al lecho. No recuerdo un misterio amoroso rezado y celebrado con más armonía; no recuerdo por parte de mujer un agradecimiento más intuitivo y más pleno que el de Natalje, al ahondar en su ofertorio, como si no considerase bastante aquel abrirse y extenderse de su piel; aquel adentrarse ansioso y voluntariosamente consciente de su aliento en la impetuosidad posesiva del mío... ¡oh, sí, cómo, cuánto amé yo a Natalje; cómo a partir de ella pude yo contar con parámetros seguros, generosos y lúcidos cuando se tratara de encuentros espontáneos de este tipo!

La encarecí que se quedara durmiendo, pero no consintió que me marchara sin ofrecerme lo mejor de su nevera, un zumo de pera embotellado que me supo a gloria. Al salir, y sin que ella lo advirtiese, la dejé otros 20 dólares bajo el vaso en el que había tomado el zumo.

Llegué al Hotel Kosmos, me asecé a fondo, dispuesto a enfrentarme a las pocas horas más de permanencia en la URSS. Pasado el mediodía, después de comer, debíamos partir para el aeropuerto. Era proverbial que los empleados del hotel que fuese, ante

la despedida de algún grupo de turistas occidentales extremasen sus exteriorizaciones de quererles comprar, bueno, quiero decir... comprar, cambiar o simplemente adquirir de regalo..., lo que también fuese, sobre todo ropa femenina y los horribles e incómodos pantalones vaqueros que sin duda seguían causando furor entre aquellas pobres gentes. Pocas cosas como la que relato me han servido de mejor prueba para desconfiar de eso que de manera lata entendemos como “condición [ya que no naturaleza] humana”. Daba sencillamente pena constatar la presunta ilusión que producía en aquellos ciudadanos soviéticos la obtención de artículos característicos del uso y pretendido disfrute habitual de ciertos ciudadanos de la Europa occidental. Que una cosa tan tiránicamente incómoda como los pantalones vaqueros, cuya rigidez de lona aprieta y constriñe las partes más delicadas, por lo menos del varón..., que una cosa así guste hasta límites de histeria entraña la misma carencia de sentido que la moda gratuita y espontáneamente asumida e instrumentada por los ciudadanos libres de cualesquiera países, de taladrarse y horadarse parte de la carne de sus cuerpos. Me refiero a la capullada esa del “piercing”. Si algún régimen político totalitario, en la exacerbación de su iniquidad, promulgase la obligatoriedad de semejante medida, estoy seguro de que ello reclamaría un lugar preeminente en la Historia como cifra y compendio, como he dejado dicho, de siniestralidad y perversión químicamente puras. Bueno, pues algo parecido con la manía de aquellos camareros y empleados de los hoteles de la todavía URSS respecto de las prendas de vestir características de buena parte de la estupidez de la ciudadanía libre.

Así las cosas, cuando teníamos los equipajes reunidos en el Hall, antes de salir para el aeropuerto, y en tanto esperábamos al autobús, ocurrió un detalle tan inesperado como divertido. Y es que, en un raptó de actitud complaciente, hubo algunos de entre los de nuestro grupo que accedieron a abrir... quién una maleta, quién un bolso, y sacar algo para regalar, o cambiar por lo que fuera [ya he dicho que el filón del caviar había desaparecido] con los camareros, sobre todo, y empleados del Hotel Kosmos. Como parecía que el

autobús tardaba, se formó un pequeño mercadillo de ultimísima hora. Los pantalones vaqueros de repuesto que los hombres y mujeres llevasen en el equipaje era lo más codiciado. Es natural. Salíamos ya para España y el menos pudiente, es un decir, del grupo podía con todo rigor considerarse un verdadero potentado ante aquellos moscovitas. A punto de llegar cada cual a su casa en España, se suponía que un aligeramiento de la impedimenta era hasta estéticamente deseable. Se regalaron allí, en cosa de un cuarto de hora, cantidad de trapos, para regocijo, pasmo y agradecimiento de aquellos súbditos.

Pero he aquí que una camarera, envalentonada por el inesperado auge expansivo y rumboso que había tomado aquella feria de regalos tan improvisadamente montada... una camarera, digo, pareció prendarse irremediable, históricamente de los pantalones que llevaba *puestos* Pai, la mujer de Luis, el amigo con el que sufrí el chasco de echar sal al café. Era tánta y tan acuciante la ilusión que parecía hacerle a aquella pobre mujer la propiedad de los pantalones de Pai, que Luis, su marido, en un arranque tan hispánico, tan ascético, tan de desasimiento de las cosas terrenales, le dijo a Pai algo así como que por qué no se cambiaba de pantalones en un momento, donde fuera, en un aseo, aunque fuese allí mismo entre nosotros, que la formaríamos un corrillo... Llegado este punto de la sugerencia, Pai, graciosa y dicharachera, castiza ella –¡qué bien lo recuerdo!– pegó un respingo y entre quejosa y ufana de encontrar una respuesta que pusiera coto a la liberalidad de su marido a costa del pudor de ella..., gritó allí a todos nosotros: “¡Ay, hijo, Luis, que me vas a dejar en bragas!”..., a lo que siguió por nuestra parte una de las más rotundas y unánimes carcajadas que se hubieran proferido en todo el viaje.

Ya en el aeropuerto, la última baza que quedaba por jugar era comprobar si las autoridades aduaneras se irían a ensañar con mi caviar... ¡o qué! Esperamos allí a que la guía soviética, que nos había recogido los pasaportes, nos instruyera sobre el momento de verificar nuestra salida a través del mostrador de funcionarios dispuestos para

tales menesteres. Se hizo un momento de silencio apretado de curiosidad. La guía, en efecto, nos llama, pero en vez de sufrir la inspección de uno por uno y que nos preguntaran si llevábamos algo en nuestros equipajes de mano, con plena autorización en cualquier caso para intervenirlos y, si procediere, quedarse con ello..., en vez de todo eso, improbable pero posible, resulta que la guía nos dice que... pasemos; que no tenemos que hacer nada; que no nos miran ni nos registran ni nos preguntan nada. Parece que nuestro grupo ha merecido la calificación de VIP y todo esto que estoy diciendo es una de sus consecuencias naturales. Y así es. La guía nos acompaña hasta la sala de embarque, nos devuelve a cada uno su pasaporte y se despide de nosotros. Lo primero que oigo por algún lado del grupo es... “¡Tomás, bandido, qué suerte con el caviar!” Casi todos se desesperaron por haber perdido la gran ocasión, para mí definitivamente la última y como tal, cerrada regiamente, con broche de oro. Yo, ¿qué iba a decir?, intenté por todos los medios descargar relevancia y protagonismo al tema del caviar, subrayando la verdad pura y simplona, a saber: Que a mí no me gustaba y que lo llevaba para regalar a mi familia; y que mi familia a su vez regalaba más de la mitad a sus amistades. Uso y consumo más desinteresado no podía concebirse.

Llegamos a España y cada uno procedió a sus puntos de origen, o de residencia, o de interés. Yo me dirigí directamente a Alcalá de Henares, y de allí a Granada, a acometer el tercer trimestre del curso académico. De Nina jamás volví a saber. Durante nuestras conversaciones en Leningrado ella me habló de la posibilidad de que la enviasen de intérprete de español a Angola, como parte del apoyo logístico a la ayuda de Fidel Castro. No creo que aquello se materializase, dada la celeridad con que los acontecimientos tenían lugar en la escena socio-política. Angola fue resolviendo sus problemas de guerra civil, y al barbudo cubano supongo que se le irían quitando las ganas de enviar soldaditos a dar por el culo y a exportar revolución a países extraños, teniendo él su propia casa sin barrer y empantanada.

Con Natalia Nikitina me carteeé profusamente; bueno, quiero decir que fui cumplimentando, y lo hice con sumo gusto y ejemplar diligencia, sus peticiones sobre tales o cuales revistas. ¿Dije que Natalia *también* era modista ? Pues sí, lo era y ella misma se confeccionaba sus propios vestidos. De ahí el contenido de las siguientes tarjetas:

26/4/84 Leningrado

Acabo de recibir su carta y la *Burda*. Muchas gracias! Será estupendo si me pudieras encontrar unas más (la *Carina* también). Estoy sin novedades. ¿Cómo estás? ¿Si quieres algo desde Rusia? Un recuerdo cariñoso.

Natalia.

Ya digo que yo me debí de portar generosa y diligentemente respecto de todos sus encargos. He aquí su segunda postal, ésta de 14/6/83:

Querido Tomás:

Acabo de recibir la revista *Carina* y le agradezco muchísimo - es aquello che me gusta mucho (una realización del sueño!) Será estupendo si me podría mandar unas más de la edición *Burda*. Yo sigo sin novedades - estuve una semana al Mar Negro (para tomar el sol) ¡Mil besos!

Natalia.

Aquí hasta se le escapa algún término italiano: Natalia lo dominaba, así como también el francés. Tremenda mujer. Y eso es lo que más asusta de las mujeres tremendas, que pueden aplicar sus baremos superlativos en cualquier dirección, y tanto encumbrarle a uno a las cimas más señeras de la auto-estima y la dignificada complacencia, como sumirle en el pozo, en el lodazal de todas las desesperanzas. Ahora me mandaba “mil besos” y me hacía pensar en

lo turbio e impenetrable de los designios entre los que funciona y tiene que moverse la humanidad. Aquella mujer, Natalia, había sido absoluta, totalmente mía en Leningrado. Ella hubiera considerado un verdadero “sueño” el hecho de que yo la hubiera sugerido algo; no digamos el comienzo de un abordaje emocional en regla, propiciador de, y hasta conducente a un empapelamiento con rango de libertador. Una insensatez pensar en todo aquello. Olvidamos –o nos hacemos los olvidadizos, que para el caso es igual– que no hay negocio jurídico más social, menos personal; más zambullido en el asunto y ambiente de *lo otro*, de la alteridad, de lo que no somos nosotros mismos; no hay acuerdo menos privado que eso que se entiende por matrimonio. Como doctor en Derecho que soy, y por eso de la malformación profesional y por el prurito de apuntalar eruditamente las cualesquiera ideas que le bullen a uno en la cabeza, por lo que sea a fin de cuentas es por lo que redacté y a continuación publiqué en *Revista de Derecho Privado* mi trabajo “La formulación indagatoria *Cui prodest?* y el principio del abuso de Derecho como cotas conceptuales en la conformación jurídica del matrimonio” que, salvado su inevitable título extendido y pormenorizado, lo que viene a decir es que en el negocio jurídico matrimonial los que menos pintan, con mucho, son... los contrayentes. Aquel trabajo recuerdo que me costó unos cinco años, desde que lo visualicé mentalmente hasta que le dí los últimos remates expresivos en la biblioteca del Colegio Notarial de Granada.

Pues bien, no sé si todos estos recovecos jurídicos y frondosidades reflexivas me las propició Natalia, pero es el caso que su ejemplo, su persona ilustra todo lo que “de bueno”, al menos virtualmente, pudiera presuponerse respecto de una mujer. Y sin embargo, los agolpamientos de mi emocionalidad, las epifanías de mi química respondían a la realidad de Nina, y allí en Leningrado, en aquel momento, ni Natalia... ni la mismísima Papisa Juana hubieran podido desglosar, detraer una voluta, una sola vibración del interés que yo dedicaba en exclusiva a la maravillosa hembra que era la Bulájova. Pero, en fin, nos habíamos quedado en que Natalia había rematado ya su segunda tarjeta con los muy sugerentes “¡mil besos!”

Y a tenor de lo que debieron de seguir siendo mis envíos, hubo, que yo recuerde y conserve, una tercera tarjeta fechada asimismo en Leningrado, el 22/8/83:

¡Hola! Recibe un saludo cordial desde Leningrado. Gracias por tus atenciones - ¡las revistas son una maravilla! Mil besos -

Natalia.

Después de aquel despunte cortés de tuteo y de los segundos mil besos que junto con los primeros ya los hacían ascender a la no desdeñable cifra de dos mil..., después de aquella tarjeta, tercera y última, nunca volví a saber, directamente quiero decir, nada más de Natalia Nikitina...

Tuvo que ser siete, hasta ocho años más tarde cuando me enteré, por esas chiripas espontáneas, que a Elena Panteleeva, le habían concedido el Premio Ciudad de Jaén, patrocinado por la Caja General de Ahorros de Granada, en la modalidad de... de ¿narrativa? Me alegré de veras y desde Alcalá de Henares la llamé a su número de Barcelona. Funcionó hasta ahí. Pero los detalles que ella me facilitó los tengo confusos. Me aseguró, eso sí, que Natalia finalmente había salido de la URSS por el sistema del casorio de cáscara vacía, y que residía por el momento en Milán. Así pues, el afortunado mortal y príncipe liberador parece que tuvo que ser un italiano. ¡Bien por ella y mejor por él! –pensé. También me dio Elena su teléfono de Milán y yo hasta conservo en un trozo de papel un esquema de ciertos puntos que me hubiera gustado tratar, de haber podido celebrar la conversación que nunca celebramos. Aquel número parecía abandonado. Por los apuntes que tengo, parece que Nina –y esto me lo tuvo que decir necesariamente Elena– se encontró en Milán con Natalia; o sea, que a Nina la habían permitido salir en razón de la dosis de confianza y “lealtad al sistema” que ella parecía ofrecer; o bien porque la caída del Muro de Berlín y la “Perestroika” de Gorbachov se habían empezado a dejar sentir en la forma de aflojar el estrangulamiento de las “libertades” individuales de los soviéticos.

Pero ninguno de aquellos extremos que yo había anticipado tratar con Natalia por teléfono fueron nunca esclarecidos. En julio de 1991 estuve yo en Barcelona en calidad de Vocal de una de esas típicas romerías y/o charlotadas de provisión de plaza casera de profesor así llamado Titular desde que la malhadada Ley de Reforma Universitaria de 1984 de esa manera lo instituyó. Y muy probablemente diese un telefonazo a Elena. También conservo como uno de los puntos de mi prevista conversación con Natalia [conversación, repito, que nunca se realizó] el comentario que ésta me hubiese querido hacer sobre lo que, según Elena, había constituido un rotundo fracaso respecto de su “matrimonio”. Elena me había sugerido que el caso de Natalia no se distinguía de otros muchos, a saber: Que el valeroso novio salvador, con toda la razón y la legitimidad del mundo, esperaba recibir compensación a su favor prestada en forma de comportamiento amable, ya que no volcadamente amoroso. Cuando el novio, ya cónyuge, se tratase de alguien no especialmente dotado de atributos arrebatadoramente atractivos, o simplemente alguien que con toda justicia veía en aquel asunto una transacción de conveniencia y quería recibir su parte de contraprestación, probablemente se generase un formidable foco de disgustos. La Natalia viva, pero resignada; contestataria, pero negociadora, que yo conocí en Leningrado en 1983 acaso tuviera muy poco que ver con una criatura investida de todas las reivindicaciones, fantasmagóricas o no; de todos los derechos, supuestos o reales; enardecida por todas las demagogias, feministas o no, coherentes o panfletarias, de una sociedad tan típicamente de consumo como la italiana. Por testimonios parecidos al caso, las disensiones entre los “cónyuges” suelen erupcionar por las legítimas expectativas del varón de ir cobrándose “en carne” el crédito a su favor; y por la reticencia, cuando no abierta negativa, de la mujer, una vez observado que las virtualidades operativas para alguien preparado –y Natalia era una verdadera mina de conocimientos, habilidades y prestaciones– eran prácticamente inagotables. La humana condición es así de desagradecida. Y en aquel enredo de fechas y de comunicaciones frustradas se disolvieron mis ya

casi nulas conexiones con todo lo que tuviera que ver con la URSS; excepción hecha, claro, de mi contacto siempre vivo con “las rusas” Angelina y Larissa, de un lado; y Marina Babunova, de otro.

Como recuerdo acusatorio del daño que un sistema de rigidez general puede hacer a la imaginación y a la individualidad emprendedora, conservo el último, el definitivamente último y postrero intento de pasar una temporada aprendiendo algo de ruso en la URSS. A primeros de 1987 me encontré con unos programas para aprendizaje del ruso que mediante los correspondientes cursos ofertaba “Idiomas y Cultura, S.L.” Les escribí la siguiente carta:

Cartuja, GRANADA
17 de febrero, 1987
IDIOMAS Y CULTURA
c/ Hiedra nº3, El Soto
ALCOBENDAS, Madrid

Muy Señores míos:

Tengo en mi poder su atractivo folleto “Cursos de lengua rusa en la Unión Soviética”. Verano 1986, que recogí del Consulado en Madrid, c/ Carbonero y Sol, 34.

Mi consulta es: ¿Podría alguien interesado tomar un curso de lengua rusa que comprendiera, seguido, todo el verano, por ej., del 8 de julio al 29 de agosto, o fechas parecidas? De ser así, ¿cuánto costaría en *habitación individual*, bien en Moscú, bien en Leningrado, o una combinación de ambas ciudades? Obsérvese que solo habría, en dicho caso, un vuelo de ida y vuelta.

De antemano agradecido, y a la espera de su información les saluda,

Muy atentamente:
Tomás Ramos Orea
Doctor en Fía. y Letras

Doctor en Derecho

Su respuesta:



Idiomas y Cultura, s.l.

C/ de la Hiedra, nº 3 - El Soto - Alcobendas - Madrid - Telfs. (91) 650 26 11 - 650 14 97 - Telex 49634 ICU S E

Madrid, 19 de Febrero 1.987

D. Tomás Ramos Orea
UNIVERSIDAD DE GRANADA
Facultad de Letras.- Cartuja
GRANADA

Muy Sr. nuestro:

En contestación a su escrito de fecha 17 del actual sobre su deseo de realizar un curso de lengua rusa en la Unión Soviética, por el momento no le podemos dar información, pero nuestro folleto de los cursos está en preparación y tomamos nota para enviárselo próximamente.

Le podemos adelantar las fechas en que se efectuarán estos cursos, que son las siguientes:

- MOSCU.- 4 al 24 Julio
- LENINGRADO.- 8 al 28 Agosto

Como puede ver no se convinan las fechas de los 2 cursos en absoluto, por lo que tendría que elegir uno de los 2, ya que las fechas intermedias entre uno y otro son de muchos días, e incluso le saldría mejor de precio regresar a España y volver al siguiente curso.

Sin otro particular, aprovechamos la presente para saludarle muy atentamente.

ICU
1987 FEB 24
Helga W. S. TOR
DIRECTOR

O sea, que en el entero despliegue de sus posibilidades y capacidades no tenía cabida que alguien, entre curso y curso, pasara dos semanas en la URSS. Sin comentarios. No es extraño que ciertos pueblos hayan sufrido tanto y sigan sufriendo los disparates de sus conductores. La URSS o lo que se llama ahora y se vaya llamando en cada caso, seguro que ha agotado su repertorio de señuelos como para hacer que yo vuelva a poner pie en su territorio. La URSS, como parte del haza telúrica, o de la aldea global en que hemos convertido el planeta, ha dejado de interesarme. Si acaso, el gesto, la manera de su identidad quedó a través de Nina para siempre preservado en mi alma.

ÍNDICE

	Pg
- Gisela: Goethe Institut: Radolfzell (Alemania), noviembre-diciembre 1971. Granada (España) 1986.....	1
- Frau Zieske: Passau (Alemania); Gensel: Linz (Austria); María Pía: Lecce (Italia); prima de Cristina: Antibes (Francia), mayo-junio-julio 1972	46
- Camarera veneciana, verano 1974.....	150
- Helga Patzsch: Berlín (Alemania), verano 1975.....	174
- Angelina y Larissa Macarro; María; Valentina, Svetlana y Ana; Olga: Moscú (URSS), verano 1976.....	194
- Fahtma: El Cairo (Egipto); empleada de Camst Viaggi: Roma (Italia). Navidad-Noche Vieja, 1976.....	211
- Valentina y Ana: Moscu; Nina Bulájova: Leningrado (URSS), 1977.....	239
- Pilar: París (Francia); Brigitte, Robin, Raffi, Silvana: Goethe Institut: Berlín (Alemania), julio-agosto 1978.....	251
- Magdalena; Tania: Moscú (URSS) 1978	276
- Nina: Leningrado; Natalje: Moscú (Rusia, URSS) María José; Vicenta; Marisa Belilla. Excursión marzo 1983....	299

